

**Spiri
tus**



**Edición
hispanoamericana**

**Año 62/2 • N° 243
Junio de 2021**

*San José,
misionero de
lo cotidiano*

Revista de Misionología



Edición
hispanoamericana

La Palabra de Dios, la presencia de Cristo y la vida del Espíritu Santo se revelan y se hacen próximos en la fe viva y comunitaria de los cristianos. La experiencia y la praxis de las comunidades constituyen entonces el primer lugar teológico de una reflexión sobre la vida de la fe.

Lo mismo pasa con la reflexión misionera. A partir de la experiencia y de la acción concreta, del encuentro y del diálogo con los no-cristianos, del nacimiento y del crecimiento ininterrumpido de la Iglesia se va construyendo la teología de la misión.

Spiritus es una revista trimestral, fundada en 1959 y llevada por un grupo de institutos misioneros masculinos y femeninos en Francia. A partir de 1996, se amplía la revista y comienza a salir una edición hispanoamericana de la revista en Quito, Ecuador. Spiritus quiere, dentro de esta visión, identificar y profundizar en las cuestiones que hoy en día se le presentan a la experiencia misionera, esclarecer y fortalecer la misma vocación misionera, y poner de relieve las dimensiones del crecimiento y de la apertura que son la vocación de todos los cristianos.

Siendo un libre instrumento de investigación teológica al servicio de la misión, Spiritus no necesariamente se identifica con las opiniones y posturas expresadas por los autores.

Edición hispanoamericana
ISSN 1390-0382

Co-editan: Congregación de la Providencia, Congregación del Verbo Divino, Hermanas Misioneras Combonianas, Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús, Sociedad Salesiana en el Ecuador.

Director: Helmut Renard svd
Revisión de textos: Margarita Andrade R.
Diseño gráfico: Editorial Ecuador
Impresión: Editorial Ecuador/2528492
Registro SENACOM: SPI-98-001

Los textos de la Biblia se citan según la Biblia de América (Estella/Madrid: La Casa de la Biblia 1994).

© Excepto para legítimos propósitos de investigación, estudio privado, reseñas o críticas, toda reproducción, almacenamiento, distribución y transmisión total o parcial de los contenidos de esta revista necesitan el permiso escrito del Editor.

Cum permissu superiorum

Presentación	3
--------------	---

San José, misionero de lo cotidiano

Joseph Tanga-Koti	● San José en el Nuevo Testamento	9
Gustave Makaya	● San José en la tradición de la Iglesia	22
Nadi de Almeida / Joachim Andrade	● San José en América Latina: contemplación y reflexión	29
Solange Sahon Sia	● San José: para una espiritualidad africana de compromiso	38
Marie Célestine & Mireille	● Mujeres en misión en el mundo del trabajo	48
Jacques Gaillot	● Los misioneros de las sombras	62
Leticia Martínez Romero	● San José en la espiritualidad de las Hermanas de San José de Cluny	77
Raúl González	● Espiritualidad de la Congregación de los Josefinos de Murialdo	90

Parte aparte

Sidnei Marco Dornelas	● Sinodalidad: ¿Nuevo horizonte para la cooperación misionera?	105
Cardenal Óscar Rodríguez M.	● La sinodalidad necesita conversión	114
Roberto Duarte	● Readaptando rutinas, levantando miradas, impulsando la oración. Un breve comentario a la Carta apostólica "Patris corde"	124

Crónicas

Ameer Jajè	● La visita del Papa Francisco a Irak	133
André Fossion	● Por una catequesis al servicio de la evangelización	138

Presentación

José, el padre sin voz

La diversidad de escritos que tratan sobre san José señalan su silencio a lo largo de los Evangelios. Así, cuando Jesús se queda en Jerusalén, es María y no José que le reclama. ¡Algo sorprendente en una sociedad patriarcal! Frente a lo inesperado de Dios, José simplemente no tiene voz. Por otra parte, toda su vida será una contemplación de la obra de Dios, que él deja desplegarse y manifestarse en Jesús. Igualmente, permite a María vivir su misión.

Al proponernos para este año pastoral 2020-2021 de conmemorar a José, el padre de corazón, el Papa Francisco ha querido recordar que este hombre tan discreto es una figura extraordinaria en su manera de vivir y de servir de manera ordinaria, muchas veces rutinaria, incluso cansada. José nos hace redescubrir el Verbo de Dios, que se hizo realmente uno de nosotros.

A su vez, este número 243 de *Spiritus* quiere participar en esta conmemoración del “santo patrono de la Iglesia, el padre adop-

tivo de aquellas y aquellos que están ocultos en ‘segunda fila’ y que, sin embargo, es un ‘papel incomparable’ en la misión. Ellos nos invitan, discretamente, a dar “manos y corazón” al Evangelio.

Por eso, Joseph Tanga-Koti nos recuerda lo que el Nuevo Testamento dice en los evangelios de Lucas y Mateo, y también, aunque brevemente, en el evangelio de Juan. El autor anota que los evangelistas hablan de él siempre en relación con Jesús y María. La tradición de la Iglesia ha realzado características sobresalientes de José. Gustave Makaya nos apunta algunos: el hombre de los “sí permanentes al Señor”, el fiel administrador de los misterios de Dios.

Iluminándose del Nuevo Testamento, pero sobre todo de los evangelios apócrifos, Nadi María de Almeida y Joachim Andrade muestran el lugar que José ocupa al lado de la Virgen de Guadalupe, en la teología y en la espiritualidad latinoamericana de la liberación. José presta su voz a todas aquellas y todos aquellos que son reducidos al silencio: los pobres, las mujeres, los campesinos, los excluidos... Por su trabajo, él da valor al compromiso por un mundo “otro”. Solange Sahon Sia evoca también esta dinámica de entrega a la cual el carpintero invita a la espiritualidad africana, tanto como a un discernimiento y a una transformación de las relaciones hombres-mujeres, lejos de todo autoritarismo. Precisamente dos mujeres atraviesan a José en el camino de su vida profesional-cotidiano, en donde ellas participan en la transfiguración de la humanidad; Marie-Célestine y Mireille dan su testimonio al respecto.

Además, el silencio de José nos permite entender mejor los innumerables misioneros en la sombra. Ellos nos revelan lo humano que la ternura de Dios hace germinar en nosotros. Jacques Gaillot se hace eco de siete entre ellos. Lucía Martínez Romero nos hace comulgar en el camino de Anne-Marie Javouhey, fundadora de las hermanas de San José de Cluny, sostenidas y guiadas por el espíritu de José. Raúl González comparte los rasgos fundamentales de la espiritualidad de los Josefinos de Murialdo.

Sí, José tiene un corazón de padre. Este hombre sin voz habla a todas y todos, más allá de los continentes, las culturas, las situaciones socioeconómicas. Los discursos y los testimonios multiformes sobre él son la prueba. Ciertamente, pueden ser redundantes. Pero, ¿no es esto un signo que, en nuestras diversidades, compartimos la herencia común de nuestro padre José? Entonces, al unísono, y en comunión con el Papa Francisco, dirijámosle nuestra oración:

Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.

Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén (Papa Francisco – *Patris corde*)

En la sección Parte aparte presentamos unos aportes significativos acerca de la sinodalidad que ya nos van preparando para un nuevo *kairos* en la Iglesia, tomando en cuenta también la Asamblea Eclesial Latinoamericana y Caribeña. Próximamente, *Spiritus* dedicará dos números, específicamente, al tema de la sinodalidad.

Paulin Poucoute – París
Helmut Renard – Quito



*San José,
misionero de
lo cotidiano*

San José en el Nuevo Testamento

Joseph Tanga-Koti

De nacionalidad centroafricana, Joseph Tanga-Koti es sacerdote de la Sociedad de Misiones Africanas (SMA). Es licenciado en Ciencias bíblicas y doctor en Teología bíblica. Desde 2015 es secretario general de la Conferencia Episcopal Centroafricana (CECA) y profesor en el seminario mayor san Marcos de Bangui.

José es un nombre bíblico popular. Deriva del hebreo *yôsēp* que significa “que el Señor me añada otro hijo” (Gn 30, 24). En el Nuevo Testamento solamente los Evangelios hablan de José.¹ El kerigma, la catequesis y la predicación apostólica estaban en primer lugar y centradas sobre el ministerio de Jesús “desde el bautismo por Juan hasta la Resurrección”.² Cuando se hizo la pregunta acerca del origen de Jesús fueron escritos los relatos de la infancia en Mt 1-2 y Lc 1-2 donde se menciona a José.³ Más tarde será evocado brevemente en el cuarto Evangelio.

Generalmente, Mateo y Lucas presentan a José en estrecha unión con Jesús y María:

1 José, el esposo de María, aparece diecisiete veces en el Nuevo Testamento (Mt 1, 16.18.19.20.24; 2, 13.14.19.21; 13, 55; Lc 1, 27; 2, 4.11; 3, 23; 4, 22; Jn 1, 45; 6, 42). Sin embargo, seis otros personajes llevan este nombre: José de Arimatea; José, hijo de Jacob; José, hijo de Matatías y padre de Janay; José, hijo de Jonás y padre de Judá; José llamado Barsabás con el sobrenombre Justo; José, llamado Bernabé por los apóstolos.

2 Cf. Hch 1, 21-22; 2, 22-35; 10, 37-43; 13, 23-31.

3 Cf. Ortensio Da Spentoli, “I problema di Matteo 1-2 e Luca 1-2, Orientamenti e proposte”, en Aristide Serra / Alberto Valentini (dir.), *I Vangeli dell'infanzia*, vol 1, XXXI settimana biblica nazionale, Ricerche Storico Bibliche (RSB), Bologna, Centro Editoriale Dehoniano, 1992, pp 12-14.

1. El nacimiento de Jesús en Belén (Lc 2, 1-20).
2. La visita de los magos (Mt 2, 1-12).
3. La circuncisión y nombramiento de Jesús (Lc 2, 21).
4. La presentación de Jesús en el templo (Lc 2, 22-38).
5. La huida a Egipto (Mt 2, 13-15).
6. El regreso de Egipto (Mt 2, 19-23; Lc 2, 39-40).
7. La peregrinación a Jerusalén (Lc 2, 41-51).

¿Qué nos quieren revelar los evangelistas a través de sus relatos acerca de José?

José en el evangelio de Mateo

José, “esposo de María” (Mt 1, 1-17; Lc 3, 23-38)

Como intérprete cualificado, Mateo ha sabido utilizar las técnicas hermenéuticas judaicas para meditar sobre el nacimiento de Jesús y su misión en los designios de Dios y en la historia de salvación. Así comienza su evangelio por un relato que muestra como Jesús es “Hijo de David”, “Hijo de Abraham” (cf. Mt 1, 1-18). Esta genealogía evoca tres períodos que incluyen cada uno catorce generaciones (Mt 1, 1-17): el período de los patriarcas (1, 2-5); de los reyes hasta el exilio (1, 6-11) y el período posexilico (1, 12-16). No se trata de una simple evocación de acontecimientos históricos, sino de una enseñanza teológica sobre la fidelidad de Dios a sus promesas.

El versículo 1, 16 nos lleva al punto culminante. Mateo deja de escribir “un tal engendra a un tal”, expresión característica de las genealogías bíblicas. Cuando nombra a José, este puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, lo identifica simplemente como

“el esposo de María”, pero pone el acento sobre María al añadir: “... de la que fue engendrado Jesús, llamado el Mesías”. El verbo “fue engendrado” es un pasivo divino que evoca una novedad debida a la acción de Dios a través del Espíritu Santo (cf. Mt 1, 20); por consiguiente, Jesús no pertenece a la descendencia de Abraham ni de David a través del engendramiento masculino. En efecto, José el esposo de María no es el padre biológico de Jesús, más bien es su padre legal. Lo inserta en la descendencia de Abraham y de David, conforme al plan de Dios.

En la historia de salvación, las promesas que Dios hizo a Abraham y a David son fundamentales.⁴ Se realizaron en Jesucristo, que hace efectivas la unidad del género humano, la filiación divina y el reinado eterno.⁵ Jesús, en calidad de hijo de Abraham, es una figura histórica humana, un miembro del pueblo de Israel. Su génesis comienza con la historia de Israel. No obstante, Él no es cualquier hombre, sino el Hijo de David que realiza las grandes profecías mesiánicas del Antiguo Testamento, sobre todo 2 Sm 7, 4-17; Sal 89, 20-38; 132, 13-18.⁶ Jesús es el Mesías en quien Dios va a hablar a todas las naciones y suscitar una nueva creación.⁷

Al contrario de Mateo, Lucas comienza la genealogía de Jesús por José y la hace remontar hasta Adán y el mismo Dios (cf. Lc 3, 23). Extiende así las raíces de su persona al género humano. Jesús no es solamente vinculado a David y a Abraham, sino a toda la humanidad.⁸ Es el hermano de toda persona hasta el fin de los tiempos. José es aquel que acoge al Hijo de Dios en la gran familia humana (cf. Lc 3, 38).

4 Cf. Gn 12, 2-3; 17, 7; 18, 18; 2Sm 7, 12-14.

5 Cf. Gal 3, 27-29.

6 Mateo utiliza el título “Hijo de David” en diez ocasiones (Mt 1, 1.20; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30.31; 21, 9.15; 22, 42); Marcos tres veces (Mc 10, 47.48; 12, 35); Lucas cuatro veces (Lc 3, 31; 8, 38; 18, 39; 20, 41).

7 Claude Tassin, *L'évangile de Matthieu. Commentaires*, París, Centurion, 1991, pp 21-24.

8 Cf., 1Co 15, 20-22; Heb 4,15.

José, “hombre justo”, a la escucha de Dios (Mt 1, 18-25)

El texto de Mt 1, 18-25 tiene un alcance hermenéutico muy importante. Mateo explica en detalle el versículo 1, 16. En esta perícopa mezcla lo milagroso y lo ordinario, lo divino y lo humano. Pone de relieve las prerrogativas y la dignidad de Jesús.

En este relato de la anunciación, José, primeramente, es presentado como a quien María es otorgada en matrimonio (Mt 1, 18). Él tiene entonces derechos legales sobre ella. No obstante, mientras que son novios, y antes de la ceremonia del matrimonio que está seguido con el traslado de la esposa donde el esposo, ella está “encinta por obra del Espíritu Santo” (1, 18). La expresión “encinta por la obra del Espíritu Santo” no traduce la concepción pagana que una divinidad puede tener relaciones sexuales con una mujer. En el texto se subraya que la fuerza creadora de Dios está actuando para realizar su designio por medio de María.⁹ El evangelista retoma el término “génesis” para “mostrar en el nacimiento de Jesús un acto del Dios creador”.¹⁰

En el versículo 1, 19, Mateo llama a José “hombre justo”. La palabra justo es fundamental en la espiritualidad judía. Se puede comprender de tres maneras: aquel que obedece a la ley, aquel que es benevolente, aquel que adopta una actitud santa frente a la realización del plan salvífico de Dios. La primera interpretación es la más probable porque, para Mateo, el justo es quien adopta una actitud conforme a la ley. Según Pierre Grelot, la palabra “justo” evoca la rectitud moral, el apego sincero a la

9 Durante el ministerio de Jesús, la relación entre su filiación divina y el Espíritu Santo será expresada en dos momentos: su bautismo (3, 16-17) y su Resurrección (Rm 1, 4). En su evangelio, Lucas insiste en el papel del Espíritu Santo en los relatos de la natividad (Lc 1, 15.41.67; 2, 26). En el relato de la anunciación, el ángel dice a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el consagrado que nazca llevará el título de Hijo de Dios” (Lc 1, 35).

10 Claude Tassin, *L'évangile de Matthieu*, p 25.

práctica de la ley, “la afectividad religiosa girada totalmente hacia Dios”.¹¹

José, siendo justo, es honesto, piadoso, bueno, fiel a la Ley de Moisés. Se inspira en una interpretación correcta de la ley para entender y realizar la voluntad de Dios.¹² Antes de la intervención del ángel, rehúsa asumir la paternidad de un niño que no es de él y casarse con una mujer que sería culpable de adulterio. También tiene la capacidad de ir más allá de una interpretación legalista, fría, sin amor a la ley en Dt 22, 20-27 que preconiza la repudiación, incluso la lapidación de la esposa infiel.¹³ Incluso, si en un principio ignora la iniciativa divina en el estado de María, al ser misericordioso, generoso y magnánimo, José piensa repudiarla en secreto para evitar el exponerla a una deshonra pública.

El ángel aparece a José en “sueño” (1, 20). Ya en el Antiguo Testamento el patriarca José era “el hombre de los sueños” (Gn 37, 19). En nuestro relato, el ángel pronuncia una fórmula tranquilizadora, seguida de una revelación, para atraer la atención de José sobre un acontecimiento maravilloso y la misión que Dios le confía:

... no temas recibir a María como esposa tuya, pues la criatura que espera es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien llamarás Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados (1, 20b-21; cf. Lc 1, 31-33).

Se trata de instrucciones concretas y precisas dadas a José, solicitado como “hijo de David”. Es la única vez que Mateo atribuye este título mesiánico en otro personaje que no sea Jesús.

11 Pierre Grelot, “Saint Joseph”, en *Dictionnaire de spiritualité. Ascétique et mystique. Doctrine et histoire*, tomo VIII, París, Beauchesne, 1974, p 1298.

12 Cf. Mt 5, 6.10.20; 6, 1.33.

13 Cf. Jn 8, 3-11.

El Ángel del Señor certifica la inocencia de María. El primer gesto que Dios espera de José es que la acoja en su casa como esposa. El segundo acto es dar al Niño el nombre que Dios le ha destinado. Según la tradición judía, el padre da el nombre al niño. Dar el nombre significa determinar la naturaleza, el carácter, la vocación, el destino de la persona nombrada. En este relato, no le toca a José elegir el nombre, sino acoger aquel que le ha sido indicado por el Ángel del Señor. Este nombre revela la grandeza del Niño divino que viene a realizar las promesas de Dios. Israel esperaba del Mesías una liberación política nacional que consista, sobre todo, en la liberación de la ocupación romana. Pero el Mesías es enviado para liberar de los pecados (cf. Mt 26, 28).

La intervención del Espíritu manifiesta que la hora de la nueva creación ha llegado. José, adormecido, no formula ninguna objeción a las instrucciones del ángel. En cambio, el ángel utiliza una cita bíblica como signo: “Mira, la virgen está embarazada, dará a luz a un hijo que se llamará Emanuel, que significa: Dios con nosotros” (Mt 1, 23). Se trata de la profecía del Emanuel en Is 7, 14. Al término del Evangelio, Cristo mismo dirá a los apóstoles: “... Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20), para manifestar la realidad de la vida de la Iglesia por la que está presente en el mundo. Al despertarse, José no duda en ejecutar su misión que depende del orden de la gracia (cf. 1, 24-25).

José, protector de la Sagrada Familia (Mt 2, 13-15)

El relato de la huida a Egipto se ubica después de la visita de los magos en 2, 1-12.¹⁴ Hay una estructura tripartita: 1. José recibe

14 En Mt 2, 1-12 los magos, expertos en adivinación, medicina, astrología e interpretación de sueños, se pusieron en camino, dejándose guiar por la estrella anunciadora del advenimiento del Rey de los judíos y de la Escritura interpretada por los jefes de los sacerdotes y de los escribas. Llegaron a dar homenaje al Niño Jesús en Belén. A la inversa de los magos, Herodes tiene un proyecto homicida para el encuentro de Jesús porque lo considera como un rival político.

la orden del ángel (2, 13); 2. José ejecuta la orden recibida (2, 14-15^a); 3. Una cita de cumplimiento (2, 15b). Se evoca la historia de Moisés que tuvo que huir a Egipto y caminar por el desierto para escapar del macabro proyecto del Faraón en su encuentro (Ex 2, 15). En nuestro texto, mientras Herodes “busca al Niño para hacerle morir”, José es llamado para cuidar por Él y por su madre. Por segunda vez, el Ángel del Señor interviene en un sueño para decir a José lo que debe hacer para salvar la vida del Niño y de su madre: “Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que te avise...” (Mt 2, 13).

Según C. Tassin, “en la historia de Israel, Egipto simboliza la opresión. Es el punto de partida del éxodo, del camino de liberación hacia la Tierra prometida”.¹⁵ Ahora, Israel llega a ser hostil, mientras Egipto es tierra de refugio.¹⁶ José recibe entonces la orden del Ángel del Señor, indicándole la acción a llevar a cabo en favor del Niño y de su madre: retirarse con ellos a Egipto, fuera del campo de acción de Herodes. La huida se realiza de noche, inmediatamente después del anuncio y con toda rapidez.

Asistimos, por un lado, a una lucha entre el rey Herodes y sus secuaces; y, por otro lado, Dios y sus servidores. Mientras la realeza de Herodes se basa en la violencia, la de Jesús es de otro orden. Durante su ministerio público, Jesús mostrará que es un rey manso y humilde, un rey que sana, que carga las debilidades y las enfermedades del pueblo (cf. Mt 8, 16; 21,5).

La mención del cumplimiento en Os 11, 1: “Desde Egipto llamé a mi hijo” (Mt 2, 15), evoca al éxodo. Para esto, Mateo subraya la semejanza entre dos momentos de la historia de salvación, unidos a Israel y a Jesús que actualiza la experiencia espiritual no solamente de Moisés, sino también de todo el pueblo de Israel.

15 Claude Tassin, *L'Évangile de Matthieu*, p 33.

16 En la antigüedad, se consideraba a Egipto como un lugar de refugio para cualquiera que huía de Israel por persecución, venganza o marasmo económico.

José, educador de Jesús (Mt 2, 19-23)

Herodes el Grande reinó desde el año 37 a. C. hasta el año 4 a. C. A su muerte, la Sagrada Familia, como también otros refugiados, regresó para seguir en Palestina. El ángel interviene por tercera vez para indicar a José lo que debería hacer en favor del niño y de su madre: “Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a Israel, pues han muerto los que atentaban contra la vida del niño” (Mt 2, 20).¹⁷

Arquelao había sucedido a su padre Herodes como etnarca de Judea, desde el año 4 a. C. hasta el año 6 d. C. Se adhirió al proyecto cruel de su padre. A causa de su tiranía, luego de haber reinado durante diez años, el emperador Augusto puso fin a su poder por pedido de los judíos y de los samaritanos. Para escapar a su crueldad, al regresar de Egipto, José se instaló con su familia en Nazaret en la región de Galilea, el “cruce de las naciones” (Mt 4, 15), siempre en conformidad con el aviso que había recibido del ángel. Herodes Antipas, que reinaba como etnarca sobre Galilea desde el año 4 a. C. hasta 39 d. C., era más tolerante.

José es el instrumento de quien Dios se sirve para proteger al Niño y a su madre. Él ejecuta la orden de Dios con toda su complejidad. Se instala en Nazaret, pueblo de mala reputación por ser habitado, en su mayoría, por paganos. Es en Galilea donde Jesús comenzó su ministerio (cf 4, 12-16). Esta región ya subraya la universalidad del mensaje y del proyecto de Jesús.

La estancia de Jesús en Nazaret también es la realización de una cita de cumplimiento atribuida a los profetas en general: “Será llamado nazareno”. De hecho, no aparece en ningún libro profético, pero da a Jesús, por un juego de palabras, el título de “nazareno”. Este término deriva de la raíz hebraica *nasar* que significa “observar, custodiar, conservar”. Expresa la docilidad de Jesús a la

17 Tal vez se podría entrever en Mt 2, 20 un paralelo con la historia de Moisés a quien Dios dice en Ex 4, 19-20: “Vuelve a Egipto, que han muerto los que intentaban matarte”.

voluntad de Dios desde su infancia y en solidaridad con sus futuros discípulos que serán también designados como perteneciendo al “grupo de los nazarenos” (Hch 24, 5).¹⁸

José carpintero, padre de Jesús (Mt 13, 55; cf. Mc 6, 3)

En el comienzo de su ministerio público, los habitantes de Nazaret se preguntaban acerca de la identidad de Jesús en estos términos: “¿No es este el hijo del carpintero?”. (Mt 13, 55). El carpintero es aquel que trabaja la madera (*faber lignarius*). En sentido amplio, este término designa aquel quien se empeña en diferentes oficios de la construcción y de la madera (carpintero, asalariado, albañil, carretero). Viéndolo así, Jesús pertenece a la familia de un humilde trabajador de Nazaret.

Esta descripción limitada de la identidad de Jesús muestra que los habitantes de Nazaret no se detienen todavía en el secreto de su nacimiento. Ellos ignoran su origen celestial. Lucas, al relatar la misma escena, dice solamente: “¿No es este el hijo de José?” (Lc 4, 22). También en la genealogía de Jesús, el evangelista escribe: “Cuando Jesús empezó su ministerio tenía treinta años y pasaba por hijo de José...” (Lc 3, 23).

José en el evangelio de Lucas

El nacimiento de Jesús (Lc 2, 1-20)

Lucas cuenta del origen de Jesús después del nacimiento de Juan Bautista. Hace alusión al nacimiento del hijo de Zacarías en dos versículos (Lc 1, 57-58). Luego, se alarga en su circuncisión y nominación (1, 59-79). Referente a Jesús, el tercer evangelista habla en

18 Maria Luisa Rigato, “Sara chiamato Nazoreo” (Mt 2, 23), en A. Serra / A. Valentini, (dir.), *I Vangeli dell'infanzia*, pp 137-140

detalle los acontecimientos ligados a su nacimiento (2, 1-20), pero un solo versículo evoca su circuncisión y su nominación (2, 21).

Jesús nace en el contexto de un censo de la población del mundo habitado, un censo decretado por el emperador César Augusto. Este programa tenía como objetivo restablecer el orden romano. Para ser censado, había que estar “físicamente” en su pueblo originario (2, 3). José, “de la casa y de la descendencia de David”, y María, su prometida “encinta”, hicieron entonces juntos el viaje de Nazaret en Galilea a Belén en Judea. Lc 2, 4 señala Belén como la “ciudad (natal) de David”. Ella evoca los orígenes humildes del rey.¹⁹ Ella es ligada a la realización mesiánica de la alianza de Dios con el linaje davídico (cf. Miq 5, 1-5). Jesús nació, como cualquier otro niño, en la sencillez de un pesebre. Y, no obstante, Él es grande por su origen (cf. Lc 1, 35), su identidad (2, 11) y su misión (1, 32-33).

José está presente como jefe de familia, heredero del linaje real, testigo silencioso de los acontecimientos relacionados con el nacimiento de Jesús “primogénito”. Este nacimiento pone en acción, en plena noche, la entrada a escena de nuevos actores: ángeles, pastores y un ejército celestial (2, 8-20). Los pastores son los únicos beneficiarios de una triple manifestación celestial: el Ángel del Señor, la gloria del Señor que ilumina y el Ejército celestial. El nacimiento de Jesús es una buena nueva que el Ángel del Señor anuncia a los pastores al comunicarles la alegría destinada para todo el pueblo (2, 10). Ella inspira el canto de alabanza de la multitud celestial que invita a maravillarse delante del poderío de Dios.

La paz que suscita va más allá de la ausencia de guerra. Implica un orden social de bienestar, prosperidad, seguridad y armonía. Esta paz denota el advenimiento del tiempo mesiánico que coincide con la nueva presencia de Dios sobre la tierra (cf. Is 9, 5-6; 52,

19 Cf. 1Sm 16; 17, 12.58; 20, 6.

7). Dios extiende su favor a todo su pueblo por medio de Jesús, Salvador, Cristo, Señor (2, 11). Los pastores, primeros destinatarios de la Buena Nueva, prolongan la evangelización (2, 18) y la alabanza (2, 20) de los ángeles mientras que María medita sobre el alcance de los acontecimientos.²⁰

La circuncisión y la nominación de Jesús (Lc 2, 21)

Los padres de Jesús han procurado que su hijo reciba lo que está prescrito por la ley, especialmente la circuncisión y el nombre, al octavo día. Jesús es circuncidado y nominado, como ha sido Juan Bautista (cf. Lc 1, 57-66; 2, 1). El nombre permite al niño adquirir su personalidad, su existencia propia y definitiva, distinta de la de su madre. La circuncisión y la atribución del nombre confirman la incorporación de Jesús al pueblo de la alianza.

La presentación de Jesús en el templo (Lc 2, 22-35)

María y José, siempre fieles a las leyes judías, van al templo, cuarenta días después del nacimiento de Jesús, para el rito de la purificación de la madre (cf. Lv 12, 1-8). En esta ocasión, presentan a Jesús al Señor de acuerdo a la prescripción de Moisés referente a “todo primer nacido niño varón”.²¹

Al ser una familia humilde, José y María no han podido ofrecer un cordero para el sacrificio de alabanza y de purificación. Únicamente han ofrecido dos palomitas, una para el holocausto, otra para el sacrificio de pecado (Lv 12, 8).

La ida al templo les permite encontrarse con el anciano Simeón que esperaba la intervención de Dios en favor de Israel. Al tomar

20 Cf. René Lauretin, *Les Évangiles de l'Enfance du Christ. Vérité de Noël au-delà des mythes, Exégèse et sémiotique - histoire et théologie*, París, Desclée de Brouwer, 1982, pp 218-241.

21 Cf. Ex 13, 2; 22, 29; 1Sm 1, 28.

al Niño en sus brazos, Simeón alaba al Señor por el advenimiento de tiempos mesiánicos en Jesús, “luz para iluminar a los paganos y gloria de Israel” (Lc 2, 32).

Asimismo, los padres se encuentran con la profetisa Ana, “en edad avanzada”, que “daba gracias a Dios y hablaba del Niño a cuantos esperaban la liberación de Jerusalén” (Lc 2, 37-38; cf. Is 52, 9).

La peregrinación a Jerusalén (Lc 2, 41-52)

José y María eran judíos fervorosos. Cada año, conforme a la costumbre, acudían a Jerusalén por la fiesta de la Pascua (cf. Lc 2, 41). Cuando Jesús tenía doce años, se fueron juntos. Pero Jesús hace algo contrario a la costumbre e introduce una novedad. Mientras su padre y su madre se alejan de Jerusalén, Él se queda, sin que ellos lo sepan, quienes tomarán luego el camino de regreso.

Después de tres días de búsqueda, José y María encontraron a Jesús en el templo, discutiendo con los doctores de la ley. En esta ocasión, Jesús expresa su filiación divina: “¿No saben que yo debo estar en los asuntos de mi Padre?” (2, 49; cf. 23, 46).²²

Como Él tiene una relación particular con Dios, su presencia en el templo revela una necesidad divina.²³ No obstante, a pesar de su identidad de “servidor de Dios por excelencia”, Jesús no se queda en Jerusalén, regresa a Nazaret con José y María.

En adelante, Él estará sumiso a su padre y a su madre, y especialmente a José que asegura su educación espiritual, le inicia en los ritos del templo de Jerusalén y en los de la sinagoga de Nazaret, como también en la oración en familia. José le ha transmitido la enseñanza bíblica y la visión religiosa del mundo. Le ha permiti-

²² Jesús llama a Dios “mi Padre” en Lc 10, 22; 22, 29; 24, 49.

²³ En su evangelio, Lucas une muchas veces las actividades de Jesús a una necesidad divina (Lc 2, 49; 4, 43; 9, 22; 17, 25; 22, 37; 24, 7.26.44).

do crecer “en sabiduría, en estatura y en gracia”, en un ambiente sano delante de Dios y de los hombres (2, 52).

José en el cuarto Evangelio

El cuarto Evangelio subraya el origen humano de Jesús. Nataniel duda en la mesianidad de “Jesús, el hijo de José de Nazaret” (Jn 1, 45). Él pretende conocer a su padre y a su madre y a su pueblo, según la tradición común: el Cristo “cuando venga, nadie sabrá de dónde viene” (Jn 7, 27). La Escritura anuncia que: “¿No dice la escritura que el Mesías vendrá de la descendencia de David y de Belén, el pueblo de David?” (Jn 7, 42); y, “de Galilea no salen profetas” (Jn 7, 52). Asimismo, los judíos que escuchan a Jesús pronunciar el discurso sobre el pan de vida no dudan en decir: “¿No es este Jesús, el hijo de José? Nosotros conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo dice que ha bajado del cielo?” (Jn 6, 42).²⁴

Conclusión: José, un testigo fiel

Al obedecer a las cuatro órdenes recibidas del Ángel del Señor, José le da a Jesús una familia regular y se compromete en protegerlo como padre legal. Siempre está a la escucha de Dios y para las necesidades esenciales de su familia.

En efecto, José con María se asombra de lo que se decía de Jesús (Lc 2, 33). No comprendía del todo el misterio de este hijo y del proyecto de Dios (Lc 2, 40.50). No obstante, continuaba en progresar en la confianza. ¿José no es, por esta razón, el testigo siempre fiel a Dios para todos los cristianos?

Joseph Tanga-Koti

Traducido por José Rodríguez

²⁴ Joseph Trinquet, “Joseph, époux de Marie”, en Gérard Jacquemet (dir.), *Catholicisme hier et aujourd'hui*, tomo VI, París, Letouzey et Ané, 1967, p 971.

San José en la tradición de la Iglesia

Gustave Makaya

Gustave Makaya, de nacionalidad congoleña, sacerdote de la Arquidiócesis de Pointe-Noire, tiene un doctorado en Teología espiritual. Fue profesor de Espiritualidad y padre espiritual en los Seminarios Mayores de Filosofía y Teología de Brazzaville. Actualmente, es el delegado del arzobispo de Pointe-Noire en el hogar de acogida Monte Tabor en Liambou.

El 8 de diciembre de 1870, el Papa Pío IX otorgó a san José el título de Santo Patrono de la Iglesia universal. Con motivo del 150° aniversario de esta proclamación, el Papa Francisco hizo pública, el 8 de diciembre de 2020, la carta apostólica *Patris corde* (con un corazón de padre). Anunció la apertura de un “año de San José”. Nos invitó a visitar a esta discreta figura que vivió su misión como marido, “con un corazón de padre”.¹

Propongo, entonces, repasar brevemente algunas características de José señaladas en la tradición de la Iglesia. Así, el esposo de María se presenta como el “sí permanente” a los llamados de Dios, el guardián de los santos misterios divinos, el paradigma del amor y el compromiso fiel. En resumen, José, que pone la ley de Dios por encima de todo y que acoge su promesa en la confianza inquebrantable de su realización segura, ¿no se da cuenta “del sueño misionero”, que el Papa Francisco evocará?

1 Papa Francisco, *Patris corde*, 1.

El “sí permanente” a los llamados de Dios

La historia bíblica es un diálogo que se construye en el “sí” del ser humano a los llamados de Dios. Abraham, Moisés, los profetas y tantas otras figuras bíblicas testifican sobre este “sí” que trastorna sus vidas y la del pueblo.

La tradición de la Iglesia, confiando particularmente en el evangelio de Lucas, habla mucho del “sí” de María que anticipa el de su hijo. Este “sí” está en línea con el “sí” pronunciado en la antigua alianza. Con su adhesión, María retrata al pueblo de la nueva alianza, abierta al conjunto de la humanidad.

Pero el Nuevo Testamento también evoca el “sí” de José. Asociado de manera especial con el proyecto divino, junto a María, José es la figura de la adhesión permanente a la obra de Dios. Transfigura su vida y la historia de la humanidad. Es una obra donde lo definitivo se construye en lo provisional. José vivió esta adhesión en la profundidad de su corazón, respondiendo a las peticiones del Señor.²

Sobre María, Lucas dice que ella sabe escuchar la palabra, meditarla y ponerla en práctica. Lo mismo para José. Su cultura bíblica le permite descubrir y responder a la voluntad de Dios en los acontecimientos. La Torá está en el corazón de la vida judía, su práctica une a Israel. También está en el corazón de la existencia de José. Del linaje de David, habita la Torá que constituye su base existencial.

Es la Palabra de Dios la que da sustancia al desarrollo de la acción de José. Lo abre al cumplimiento de la promesa: el advenimiento del Hijo del hombre. Sigue siendo la fuente de su meditación y su acción. El Espíritu del Señor le da el don de entender plenamente las Escrituras y de adherirse a todas las peticiones divinas, de abrirse, como María, a lo inesperado de Dios.

2 Cf. Orígenes, *Homilía XIII sobre San Lucas*, 6, París, Cerf, 1962, pp 214-215.

José es, por lo tanto, el hombre que da la bienvenida a la palabra de su Dios. Una palabra que escucha en lo más profundo de su persona y que le abre a una misión que no se da a sí mismo. Él la recibe de Dios (Mt 1, 20-21). Impulsado por Él, participa en el misterio de la salvación de la humanidad: él será el gestor de los misterios de Dios.

El gestor de los misterios de Dios

La tradición también ha visto en José al gestor de los misterios de Dios, especialmente el de la encarnación. Así, para la liturgia, “A san José se le confió la custodia de los misterios de la salvación en los albores de los nuevos tiempos”.³

En cuanto al prefacio de la solemnidad de san José, especifica que “era el siervo fiel y prudente a quien Dios confió la Sagrada Familia para que cuide de ella como un padre a su Hijo Único”.⁴ En palabras de Bossuet, “José fue un ministro y compañero de la vida oculta (de Jesús)”.⁵

José nos recuerda así el ideal de la Alianza, el del hombre purificado y justo que pone su confianza solo en Dios. Se le coloca como testigo de su misterio, de su presencia, del advenimiento del Emmanuel. Como señala Ignacio de Antioquía:

Primero, para que por la genealogía de José se constate la de María, segundo para que María no fuera lapidada por los judíos como adúltera; finalmente, para que ella siendo una fugitiva en Egipto, tenga apoyo en la persona de José.⁶

3 Misal romano, *Solemnidad de San José*, esposo de la Virgen María.

4 Véase, *Ibid.*, *Prefacio de la solemnidad de San José*, esposo de la Virgen María.

5 Jacques-Bénigne Bossuet, *Sermons sur Saint Joseph*, Bouère, ed. D.M.M., 1997, p 40.

6 Ignacio de Antioquía, *Los padres apostólicos*, III, París, Librería Alphonse Picard et fils, 1910, p 281.

Además, las diversas “anunciaciones” en el sueño de José también lo despertaron a su misión. El Espíritu del Señor vino sobre él, en todo momento, sabiendo cómo responder rápidamente a la voluntad de Dios. José es el centinela que está obligado a preparar la recepción del Hijo de Dios. Su misión es cuidar sin debilitarse.⁷ Al igual que Ezequiel, es un vigilante, constantemente en alerta. Toma precauciones para preservar la tranquilidad de la Sagrada Familia.

Ciertamente, el mismo Dios cuida de ella. Él la vigila, la defiende y la protege del peligro. Sin embargo, Dios asocia a José con él, quien lleva a cabo esta misión con lealtad, rectitud y justicia inquebrantable.⁸ En él se revela así el vínculo especial que une a Dios con la humanidad. Él nos invita, como José y María, a participar en su misterio y su obra de salvación:

El mensaje va dirigido a José como esposo de María, quien, llegado el momento, tendrá que dar nombre al Hijo que nacerá de la Virgen de Nazaret que se casó con él. Por lo tanto, se dirigió a José confiándole los deberes de un padre terrenal hacia el Hijo de María... La tomó con todo el misterio de su maternidad; la tomó con el Hijo que vendría al mundo por medio del Espíritu Santo; manifestó así una disponibilidad de voluntad similar a la de María con respecto a lo que Dios le pidió por medio de su mensajero.⁹

En este sentido, José nos recuerda que el advenimiento del Hijo del hombre, del Verbo encarnado, no es obra de José; es radicalmente la de Dios:

El niño de Belén es de origen divino. Nace de la acción del Espíritu Santo. La virginidad de María habla de la intervención radi-

7 Cf. Jacques-Bénigne Bossuet, *Sermons sur Saint Joseph*, pp 11-12.

8 Cf. Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Mateo*, V, 3, P.G., 57, 60.

9 Papa Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*, 3.

cal de Dios en el nacimiento de Jesús. La salvación que ofrece a los hombres no es simplemente humana.¹⁰

El Siervo de Dios

Finalmente, José es un siervo de Dios. Como enseña la Torá, escuchar es fundamental. Es constitutivo de la fe de Israel; “Escucha, Israel”, lo repite todos los días para penetrar la voluntad de su creador (Dt 6, 4-9). José no solo escuchó y dio la bienvenida a la palabra de Dios, no solo escuchó, sino que, sobre todo, abrió su corazón para que lo habitara. Y, finalmente, él está al servicio de esta palabra.

De hecho, José tuvo un sorprendente viaje espiritual que lo hace pasar de la condición de laico piadoso, apegado a su fe, respetuoso de lo esencial de la Torá, a la de padre que protege al Hijo de Dios. Su existencia lleva la huella de esta fuerte experiencia. Su fidelidad inquebrantable a la Torá y a los profetas lo hizo fundamentalmente abrazar las costumbres de Dios.

Desde la “anunciación”, José ha aceptado dar la bienvenida a Dios en su hogar. A partir de entonces, siempre está “fuera” de sí mismo para dar la bienvenida a la alteridad.¹¹ Al igual que María, José es un siervo del Señor.

Al final de su diálogo con el ángel, María dijo: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia” (Lc 1, 38). Del mismo modo, José permanece en una postura permanente de servicio en su misión como esposo de María y padre adoptivo de Jesús.

10 Paulin Poucoute, *Nuevo y anciano. El Evangelio de Mateo en diez pasos*, Yaundé, PUCAC, 2004, p 36.

11 Papa Francisco, *Patris corde*, 3.

De hecho, en su misión de cubrir y proteger a María y de trabajar por el crecimiento del niño, José manifiesta así su fidelidad, su compromiso de servir a Dios y a la Sagrada Familia. Entonces, como san Juan Crisóstomo tan bien enseña: “Él (José) se puso al servicio de todo el propósito salvífico.”¹² Lo que el Papa Pablo VI retomará en su homilía sobre San José:

Hace de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la encarnación y a la misión redentora que está vinculada a ella, habiendo utilizado la autoridad legal que le pertenecía sobre la Sagrada Familia para hacerle el regalo total de sí mismo, de su vida, de su obra; de haber convertido su vocación humana al amor familiar en una oblación sobrenatural de sí mismo, de su corazón y toda su fuerza al amor puesto al servicio del Mesías que nació en su casa.¹³

El sueño misionero de José

Por lo tanto, al igual que las Escrituras, la tradición no habla mucho acerca de José. Pero lo poco que dice al respecto muestra en él lo justo, el testimonio de la apertura radical a la obra de Dios, a su voluntad. Él hizo todo lo posible para complacer no a los hombres, sino a Dios.

La iconografía a veces le da a José la imagen de una persona del pasado. De hecho, es el hombre de tradición, es decir, del pasado, del presente y del futuro. Indica el camino de la atención a lo que Dios logra en nosotros y a nuestro alrededor. Él nos ilumina con sus elecciones. Nos invita a leer los acontecimientos para entenderlos.

José permaneció fiel a la misión que recibió del Señor. Él da la bienvenida y acoge en casa al Hijo de Dios y a su madre. Él tiene

12 Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Mateo* V, 3, P. G. 57, 58. La cita fue retomada por el Papa Francisco, *Patris corde*, 1.

13 Papa Pablo VI, “Alocución del 19 de marzo de 1966”, en *Insegnamenti*, IV, 1966, p 110.

el carisma de entregarse a sí mismo en las manos de su Dios. José es, de hecho, el modelo de todos aquellos que están comprometidos a vivir lo que el Papa Francisco llama el “sueño misionero”: “No te dejes robar el sueño de una misión real, de una *sequela Christi* que implica el don total de uno mismo”.¹⁴

Gustave Makaya

Traducido por Soledad Oviedo C.

¹⁴ Papa Francisco, *Mensaje por el Día Mundial de las Misiones*, 2015.

San José en América Latina:

Contemplación y reflexión

Nadi Maria de Almeida y Joachim Andrade

Laica brasileña, Nadi Maria de Almeida trabajó en África, durante doce años. Ella está haciendo su doctorado en Teología, con especialización en Misionología, en la Pontificia Universidad Católica de Paraná-PUCPR. De su lado, religioso indio de la Sociedad del Verbo Divino, Joachim Andrade es profesor de teología en la misma universidad. Es misionero en Brasil desde 1992. Miembro del equipo interdisciplinario de la Conferencia de Religiosos de Brasil.

En este trabajo, presentamos a san José desde la perspectiva de las Sagradas Escrituras y de la literatura apócrifa. Ellas nos desvelan sus cualidades: carpintero honesto y justo que trabaja; esposo de María, madre de Jesús Cristo; presencia que pasa desapercibida, pero consciente de su misión: cuidar y proteger a María y al Hijo del Altísimo; presencia escondida que se revela sin palabras en el silencio activo.

Es a partir de la realidad latinoamericana que queremos contemplar y pensar en San José obrero, y mostrar la pertinencia de esta figura, fuente de inspiración para nuestro tiempo.

En memoria de san José

En las Sagradas Escrituras, recordamos a san José por su hijo Jesús y su esposa María, y no en razón de sus cualidades personales; por lo tanto, José es modelo de aquellos que acogen la paternidad

como don de Dios (Ef 3, 14-15). Esto confirma su fidelidad a la voluntad de su Señor (Mt 1, 24).

Además, en razón de su participación en el misterio de la Encarnación, su memoria se perpetuará a lo largo de la historia de la humanidad. El Verbo encarnado, Jesucristo, nos acerca a María y a José que eran su padre y su madre en esta tierra.

Para salvar la memoria de José es necesario recurrir a otras fuentes, principalmente a aquellas de la literatura apócrifa. En ella, José es presentado como un hombre que sigue fielmente la tradición judía:

Había un hombre llamado José, que venía de Belén, este pueblo judío que es la ciudad del rey David. Se distinguía por su sabiduría y su trabajo de carpintero. Este hombre, José, estaba unido por los lazos sagrados del matrimonio a una mujer que le ha dado hijos e hijas: cuatro varones y dos mujeres cuyos nombres eran Judas, José, Santiago y Simón. Sus hijas se llamaban Lisia y Lidia.¹

En la memoria de las comunidades, José era carpintero. Este trabajo consistía en fabricar arados y yugos para los pequeños agricultores de la región. Aunque nació en Belén en la tribu de Judá, su taller estaba en Nazaret, un pueblo donde había la posibilidad de obtener madera para su profesión.

Se encontraba pocos carpinteros de calidad. José era un profesional respetado. Los pedidos le llegaban desde fuera de Nazaret. Su primera esposa murió muy pronto, dejando solo a José con sus hijos, y Santiago era todavía muy joven.

Para esta piadosa tradición, María era de la tribu de Levi. Cuando ella tenía doce años, los sacerdotes del templo convocaron a todas las tribus de Judá para escoger doce hombres que representaran

1 Livros Apócrifos, *História de José, o carpinteiro*, ch. II. consultado el 23 de febrero de 2021.

las doce tribus de Israel, con el fin de encontrar esposo para María; entre ellos se encontraba José, un viudo, bueno y viejo. La suerte cae en este último.

Así, José lleva María a su casa, quien encuentra al pequeño Santiago en la triste condición de huérfano. Lo cubre de afecto y de cuidados. Por esta razón, María es llamada la madre de Santiago.

Las Escrituras, en cuanto a ellas, presentan a José como un hombre justo que acoge a María a pesar de su embarazo misterioso. En todo caso, esta figura extraordinaria y al mismo tiempo tan sencilla es fuente de inspiración y de reflexión para la vida, tanto en la esfera familiar como en el contexto profesional y social.

José, el santo carpintero

José es el santo carpintero, querido por los trabajadores y las familias de América Latina. No solo es un ejemplo de padre, de esposo, sino también da testimonio por su trabajo y su dedicación en la carpintería, por su compromiso y esfuerzo para asegurar honestamente la subsistencia de su familia. Este humilde carpintero es amado y escogido por Dios para una gran misión: ser el padre adoptivo de Jesús y esposo de María, elegida de Dios.

Constatamos que es la gente sencilla la que se une a la devoción de san José. Ellos se identifican con él y sienten que él les comprende en sus luchas para sobrevivir en lo cotidiano. Son las personas que comparten con los hambrientos, practican la ayuda mutua, abren sus manos para ir en ayuda de aquellas y aquellos que están necesitados.

No es fácil para las personas, totalmente privadas de sus derechos y de su dignidad, vivir en una sociedad que favorece al poder y al capital. Algunos viven honestamente, se ayudan entre ellos y

comparten los unos con los otros, y, por tanto, se arriesgan de ser confundidos por parias; pero, muchos sufren o mueren inocentemente, por el simple hecho de ser negros, pobres o inmigrantes.

José el carpintero está del lado del pueblo de Dios que vive o sobrevive en el silencio. Él está del lado de los trabajadores, de los pobres y de los humillados, de las mujeres que sufren abandono e incomprensión, de aquellos que son perseguidos y olvidados y que llevan una vida incierta, pero que tienen confianza y esperan días mejores.

José, el esposo de María

El evangelio de Mateo (Mt 1, 19-24) nos habla de la angustia que siente José cuando se entera del embarazo de María; en su silencio reflexiona y no quiere que ella sufra, rechaza “difamarla”. Considera “enviarla de vuelta a su familia en secreto”.

Pero, en sueños, recibe la luz para resolver su dilema. Al despertar, José toma su decisión. Acepta inmediatamente a María y supera el drama de su conciencia. Salva a María y a su Hijo. Es por eso que José es considerado como hombre justo, fiel y obediente a los planes de Dios.

En América Latina, numerosas mujeres buscan ser acogidas y comprendidas, encontrar un compañero como José, que las acoga, las ame, las proteja y les ayude a levantar y educar a sus hijos. Son las madres abandonadas que luchan solas en medio de discriminaciones y de prejuicios, mientras que los padres irresponsables continúan su vida de solteros.

José se presenta, así, como un ejemplo de responsabilidad, de comprensión, de respeto y de afecto hacia las mujeres. Es un hombre de fe, un ejemplo de honestidad y de obediencia a Dios.

Asume su responsabilidad de esposo, de padre, y trabajo. Luchó honestamente y con total abnegación por su familia.

José, presencia que pasa inadvertida

Muchos migrantes vienen a la ciudad en busca de una vida mejor, pero, en un sistema capitalista y competitivo, encuentran las puertas cerradas para sus sueños. José, el luchador sencillo y honesto, nos recuerda a toda la gente espontánea y pobre que lucha para ganar honestamente el pan diario, y que es discriminada por la sociedad capitalista y colonizadora, pues ve en los pobres solamente un medio de explotación. Los migrantes son personas que sienten en su piel lo que significa ser rechazados. Ellos miran cómo las puertas se cierran en sus narices, por lo que deben vivir en condiciones precarias e inhumanas en zonas contemporáneas. Ellos saben lo que significa ser una presencia que pasa inadvertida, escondida, ignorada y discriminada en la sociedad que privilegia el poder del capital.

José debió huir a Egipto para proteger la vida de Jesús. Allí, busca ayuda y acogida, pero no la encuentra. Hoy, las fronteras y las puertas están cerradas a los pobres, a los inmigrantes, a los analfabetos, a los negros, a las mujeres, a los indígenas, entre otras categorías que sufren de prejuicios y de discriminación en el seno de nuestra sociedad capitalista y discriminante. José puede haber pasado inadvertido en su época, pero en la devoción popular ocupa un lugar importante. En casi todas las familias de América Latina, hay un José o una María José. San José es considerado como el Patrono de la Buena Muerte, y muchas iglesias, escuelas, ciudades y calles le son dedicadas.

José, el padre del silencio

El silencio no es sinónimo de indiferencia o de ausencia de ruido y de comunicación porque cuando es fecundo, activo y eficaz, manifiesta toda su plenitud. San José es el padre del silencio, revelado en su abnegación afectuosa, sensible y tierna. Es algo que hace falta en la sociedad actual: el cuidado, la protección y la responsabilidad de unos por otros, por la naturaleza y por toda la creación.

El Sínodo de la Amazonia, por ejemplo, ha mostrado como hacer silencio para escuchar las voces que reclaman sus derechos, justicia, vida y libertad para vivir en paz en sus tierras. Son las voces de los pueblos de la Amazonia, de las aguas y de las selvas que son sofocadas y destruidas por la codicia de los poderosos. Es necesario callarse para tomar decisiones e iniciativas proféticas “para escuchar, anunciar y denunciar cada vez que la vida es amenazada”.

El silencio de José habla y provoca. Invita a comprender. Conduce a una acción de amor concreto, de aceptación y de contactos. Hoy, en el contexto de la pandemia de la Covid-19, estamos llamados a dar sentido a este estar solo, como un bien para sí y para los otros. Nos invita a reflexionar, a cuidar a nuestro vecino en el silencio de nuestras casas, pero en vínculo con los otros. A orar en la Iglesia doméstica, es decir en familia, experimentar el valor y la falta del abrazo, y aprender que el tiempo que pasamos con la gente es un regalo precioso.

José en el mundo actual

San José nos recuerda que todos aquellos que están aparentemente escondidos, o en el último lugar, tienen un rol sin par en la historia de la salvación (cf. *Patris corde*, 1). El ruido aflige a los espíritus y a los corazones porque para encontrar nuestro interior, para encontrarnos a nosotros mismos y a Dios, es necesario ca-

llarse. Observamos que, en nuestro interior, en lo más profundo de nuestro ser, hay un ir y venir incesante de signos y de sonidos, de visiones y de voces, que se reflejan con melodías increíbles. José, hombre del silencio, escuchó a Dios y actuó correctamente. Esta es nuestra misión en este mundo: escuchar, crear confianza y actuar correctamente, superando las dificultades con sabiduría. La adquirimos por el silencio, la escucha y la reflexión que conducen a actitudes y acciones concretas.

En el mundo de hoy, la figura paterna está en crisis. José es la imagen de un padre que educa, corrige, enseña y muestra el camino de la bondad, de la honestidad. Él muestra a los niños dónde deben ir y cuáles son los límites que no deben exceder. Él enseña el respeto, la moral, la justicia y el sentido del trabajo hecho con honestidad y amor. Inspira a los padres en sus relaciones con sus hijos para indicarles con amor y firmeza los caminos a seguir, y les enseña a lanzarse en el mundo del trabajo siendo responsables, justos, honestos y fraternos. El padre debe ser un puente entre el mundo de los hijos, hecho de afecto y de protección maternal, y el mundo externo a la realidad familiar. El padre debe ayudar al hijo a dejar el nido maternal para lanzarse en el mundo del trabajo y de las responsabilidades.

Vivimos en una sociedad que continúa discriminando a las mujeres, tratándolas como inferiores a los hombres en términos de salario, de valores y de capacidades. En este contexto, las mujeres continúan luchando por el reconocimiento y por la conquista de su espacio en la Iglesia y en la sociedad porque ellas tienen todavía mucho por hacer para obtener la paridad y la igualdad con los hombres. Las mujeres latinoamericanas constituyen la fuerza y el sostén de la familia. En numerosos casos, ellas trabajan fuera de la casa para contribuir a la economía doméstica. Asumen, al mismo tiempo, todos los trabajos del hogar y la educación de los hijos. Deben estar prestas a seguir los caprichos de sus esposos. Muchas

son abandonadas con sus hijos y son obligadas a salir adelante solas. Además, el número de violencia doméstica y de feminicidios aumenta en el continente.

En María, José reconoce el valor de las mujeres, las acoge, las cuida, las ama, las respeta. Toma sobre él toda la responsabilidad del cuidado de la familia y la protege de las leyes crueles de su tiempo que decretaban la lapidación para las mujeres que se embarazaban antes del matrimonio. Así, José es testigo y ejemplo para los hombres y los padres de familia, también para todos los miembros de una sociedad que reclama políticas y actores políticos justos y honestos.

El mundo tiene necesidad de dirigentes que reflexionen, que tomen el cuidado de su pueblo/nación con respeto y dignidad, practicando políticas públicas justas y solidarias en favor del bien común. Que escuchen el clamor de angustia de los pueblos originarios de América Latina, de la población negra, de las mujeres, de los migrantes y de toda la población necesitada de este continente. ¡Que José, hombre justo y honesto, hombre de escucha, sabio y obediente a Dios, sea el inspirador de la transformación y de la conversión de todos nuestros dirigentes sociopolíticos!

José y el contexto de la pandemia

El Documento de Aparecida presenta las características de José que lo hacen un verdadero modelo de espiritualidad, reconociendo que el pueblo latinoamericano alimenta una fuerte devoción y un aprecio particular por

San José, esposo de María, hombre justo, fiel y generoso, que sabe encontrarse a sí mismo en el misterio del Hijo. San José, el maestro silencioso, fascina, atrae y enseña, no con palabras, sino con el testimonio deslumbrante de sus virtudes y de su firme humildad (DA 274).

José fue un hombre de fe que cumplió plenamente su misión. Estaba consciente de su pequeñez delante del gran misterio de Dios. Releyendo su vida en el contexto de la pandemia, tomamos conciencia que la existencia humana es efímera y que toda persona es digna de respeto y de valor. En el camino escondido, abierto por san José, tenemos que escuchar progresivamente tres voces: la voz de la conciencia –en la dinámica de las relaciones familiares–; la voz de la tradición –de la Iglesia que crea relaciones de comunión con otras familias–; y la voz de la realidad presente –los acontecimientos, los signos a través de los cuales el Divino nos habla. Estas voces nos interpelan y llaman a convertirnos al amor, al respeto y al cuidado de la humanidad y de toda la creación.

Nadi Maria de Almeida y Joachim Andrade
Traducido por Norma Naula scc.

San José: para una espiritualidad africana de compromiso

Solange Sahon Sia

Teóloga marfileña, Solange Sahon Sia, religiosa de la Congregación Nuestra Señora del Calvario, es directora del Centro de protección de menores y de personas vulnerables en el Instituto Católico Misionero de Abijan (ICMA), donde enseña teología espiritual. Interviene también en el Instituto de Teología de la Compañía de Jesús (ITCJ) y en el Instituto CELAF.

Como en todas partes, en África, las comunidades cristianas católicas se reúnen alrededor de San José, el 19 de marzo y el 1 de mayo. La fiesta es más solemne en las parroquias que están bajo la protección de san José. En las quince diócesis de Costa de Marfil, desde donde partirá nuestro estudio, hay más de cincuenta.

Después de algunas aclaraciones sobre el enfoque de la espiritualidad africana, evocaremos la experiencia del grupo “los amigos de San José” que intenta hacer activa la figura de su santo patrono. A continuación, presentaremos las figuras de José inexploradas que podrían enriquecer la espiritualidad africana: la construcción de otro mundo, la autoridad benéfica y benévola, el discernimiento indispensable en un compromiso responsable y eficiente. Por su adhesión al proyecto de Dios, José ¿no es acaso un hombre universal?

Caminos de espiritualidad africana

La espiritualidad es una riqueza insospechada que preocupa a todas las tradiciones religiosas. Según C. André Bernard, en sentido amplio,

la vida espiritual define toda forma de vida, incluida la no cristiana, que se inspira en la búsqueda de los valores científicos, éticos, morales... Cuando se trata de la búsqueda de los valores religiosos, hablamos de espiritualidad cristiana, hindú, platónica...¹

Es por eso que toda la historia cristiana es una cuestión de espiritualidad. Ella se dice y se manifiesta de maneras muy variadas, según las preocupaciones de las Iglesias, según las culturas.

Para la teóloga camerunesa E. Mveng,² la espiritualidad es el conocimiento que una persona, hombre o mujer, tiene de Dios a través de su experiencia religiosa. En África tradicional, uno de los objetivos de la religión fue liberar al hombre de la muerte y conducirlo a la vida. Esto pasaba por la mediación de ritos, de oraciones, por la intercesión de los ancestros, etc.

El cristiano se siente llamado a un camino espiritual que va desde su liberación de la muerte y del pecado a la unión con Cristo por el don de la gracia divina. Para E. Myeng, una vez liberado, el cristiano debe acceder al reino de las bienaventuranzas que ofrece la Buena Nueva de salvación. Esta identificación con Cristo no es una aniquilación de sí mismo en el nirvana impersonal de la divinidad, sino una movilización para la edificación del Reino de Dios. Se trata de un combate por la justicia, por el amor, por una humanidad liberada y reconciliada.

1 Charles André Bernard, *Traité de théologie spirituelle*, Paris, Cerf, 1986, p 7.

2 Engelbert Mveng / B. L. Lipawing, *Théologie, libération et cultures africaines. Dialogue sur l'anthropologie négro-africaine*, Yaoundé/Paris, CLE/Présence africaine, 1996, p 23.

Esta aproximación a la espiritualidad africana conduce a los cristianos a una fe comprometida y enraizada en el vivir cotidiano de su tiempo, en todos los niveles y sectores de la vida. Lo que el teólogo marfileño, Goa Ibo llama espiritualidad encarnada.³ En otros términos, se trata de vivir la fe en el corazón de las realidades concretas y actuales de África en su espiritualidad, su diversidad y su complejidad. ¿San José nos permitirá entrar en tales pasos de fe?

“Los amigos de San José”

Para intentar responder a esta pregunta, proponemos la experiencia del grupo de oración “los amigos de San José”. Nacido por iniciativa del padre Boniface Ziri,⁴ el grupo fue reconocido en 2005 por el cardenal Agré. Implantado en casi todas las diócesis de Costa de Marfil, propone a sus miembros inspirarse en el esposo de María. ¿Pero de qué rasgos de José quieren inspirarse? ¿Será de lado de la devoción o de la búsqueda de un modelo de vida interior que compromete?

En efecto, “los amigos de San José” se plantean vivir la articulación entre experiencia espiritual devocional y una fe comprometida en la vida cotidiana. Es cierto, se inspiran en las virtudes de José como la discreción, la humildad, la sencillez, la paciencia en la fe y la búsqueda de la voluntad de Dios. Sin embargo, estas virtudes deben vivirse en la alegría del Espíritu Santo, tanto en el grupo como en la familia y en la sociedad.

Consagrados a san José, pretenden desarrollar el espíritu de oración y de contemplación de su santo patrono. Como él, se adhie-

3 Jean-Maurice Goa Ibo, *Spiritualité incarnée. Réflexions sur les quête de la santé*, París, L'Harmattan, 2015, p 11.

4 Sacerdote de la diócesis de Abidjan, el padre Boniface Ziri fue nombrado obispo de Abengourou (Costa de Marfil).

ren a las Escrituras. Toman el tiempo para informarse y formarse para vivirlas. En los retiros, aprenden a conocer, a hacer silencio como José y a fortalecerse espiritualmente.

Asimismo, como su santo patrono, los “amigos de San José” están atentos a quienes viven momentos de fragilidad en el grupo y fuera de él para apoyarlos. De ahí la importancia que ellos dan a la visita a los enfermos.

En la experiencia de las comunidades cristianas en África, san José es sobre todo percibido en su rol de padre y esposo. También, inspirados en José, el grupo se dedica a la transformación de la vida familiar; este es el principal lugar donde se manifiesta la dinámica de su espiritualidad.

Se trata de formar a los esposos para que asuman plenamente su rol, siendo verdaderos jefes de familia. En efecto, llamado a velar sobre el Redentor, “José hace lo que el ángel del Señor le encomienda; lleva a su casa a su esposa” (Mt 1, 24). De manera afectuosa cuidó a María y se consagró con alegría a la educación de Jesús. Los amigos de José, ¿no son llamados a actuar como él?

José donó a Jesús familia, patria, la herencia histórica de pertenecer a la raza de David; le dio casa, pan, idioma, educación, servicio de autoridad doméstica, trabajo y profesión, el rango social de artesano, la protección que Él necesitaba durante su infancia y su adolescencia. ¿No es esto lo que se espera de los jefes de familia hoy?

José, artesano de otro mundo

En la letanía que recitan regularmente “los amigos de San José” dan varios títulos a su santo patrono. Es a la vez: el jefe, el apoyo, la gloria de la vida de familia, el protector de la Santa Iglesia, de la

familia de Dios. Es igualmente: el justo, casto, prudente, valiente, obediente, descendiente del linaje davídico, fiel a la ley, modelo de los trabajadores. En otros términos, es una figura que convoca, reúne. La chica, el chico se reconocen en él, lo mismo que los consagrados, las parejas, las familias, los trabajadores, etc. Según la palabra del Papa León XIII:

Existen razones para que los hombres de toda condición y de todo país se recomienden y se confíen a la fe y al cuidado del bienaventurado José. Los padres de familia encuentran en José la más bella personificación de la vigilancia y solicitud paterna; los esposos, un perfecto ejemplo de amor, de acuerdo y de fidelidad conyugal; las vírgenes tienen en él, al mismo tiempo, el modelo, el protector de su integridad virginal.⁵

Pero la imagen de José presenta tantas facetas que algunos rasgos se podrían escapar, rasgos tan útiles para una espiritualidad holística que ayudarían en la construcción de nuestras sociedades africanas. Como, por ejemplo, la figura del artesano de otro mundo.

En efecto, José pasa su vida trabajando, y obtiene por su labor de artesano todo lo que es necesario para mantener su familia. Cumple con humildad y grandeza de alma su trabajo tan exigente. Participa en la Cruz de Jesús que se introduce en toda realidad y la atraviesa en vista de su transformación. En efecto, como lo afirma el teólogo congolés Léonard Santedi:

La Cruz de Cristo nos enseña que nuestra historia esta tejida de pruebas sucesivas. Este combate puede hundirnos en la angustia y la amargura, puede también empujarnos a caminar siempre más allá de nuestros límites e ir más allá de nosotros mismos y esperar.⁶

5 Papa León XIII, Encíclica *Quaerquam Pluries*, 15 de agosto 1889.

6 “Dieu n’est pas le commanditaire de la souffrance, mais le compagnon de l’épreuve” (la-croix.com), consultado el 26.03.2021.

Así la labor, el trabajo árido cumplido cada día con fidelidad, justicia y en un espíritu de servicio, es más próximo del Reino que los honores rendidos a Dios con los labios, pues el trabajo de aquellos que ayudan a la humanidad a vivir mejor constituye igualmente una oración permanente.

En este sentido, el 1 de mayo, los cristianos en África pueden celebrar a la vez el trabajo y a los trabajadores que se entregan cada día en la construcción de su país, cada uno según su tarea. Como primer artesano en la nueva alianza, José, el carpintero, es símbolo del advenimiento de otro mundo, renovado. El carpintero de Nazaret, ¿no nos recuerda la misión confiada conjuntamente al hombre y a la mujer, esa de transformar el mundo según el proyecto de Dios (Gn. 1, 28)? ¿No es la vocación de los cristianos, entonces, una tarea que “los amigos de San José” tienen que testimoniar de manera particular?

José: la autoridad benéfica y benevolente

Otra faceta de la figura de José a explorar es aquella de su autoridad benéfica y benévola. En efecto, en una sociedad africana que se volvió, por las circunstancias de la historia,⁷ patriarcal y falócrata, la figura de José urge a rever, a la luz del Evangelio, nuestra manera de encarnar un servicio de autoridad.

En efecto, en el seno de la Santa Familia, José representa la figura de una autoridad al servicio de un bien superior. Es un padre de familia al cual Jesús obedece de buen corazón. Abstracción hecha de la santidad del carpintero y de la de su Hijo, tal actitud fue facilitada por la mentalidad religiosa de la época, marcada por la devoción a los padres. Por tanto, ella no borra la humildad de

7 Cf. Cheikh Anta Diop, *L'unité culturelle de l'Afrique Noire. Domaines du patriarcat et du matriarcat dans l'antiquité classique*, París, Présence Africaine, 1982.

José, es esta autoridad benéfica y benévola que podemos aprender en la escuela del padre adoptivo de Jesús. Él que supo derrocar así todos los caminos de dominación patriarcal.

José nos invita igualmente a tener otra mirada sobre el autoritarismo que mina a veces nuestras instituciones. Es cierto que ellas tienen derecho al respeto porque están al servicio de un bien que trasciende a todos, pero ellas no están al servicio de un deseo individual o de un grupo, sino del bien común. En la dinámica que nos inspira José, la institución civil o religiosa es uno de los lugares donde se concretiza el amor que nos debemos unos a otros. Los cristianos, ¿cómo podemos testimoniar esta autoridad de José, benéfica y benevolente?

José y el discernimiento

El compromiso eficiente al servicio de la familia y de la sociedad exige el sentido y la práctica del discernimiento; entonces, la figura de José puede enriquecer la espiritualidad africana. En efecto, como lo recuerda el Papa Francisco: “San José representa un ícono ejemplar de acogida de los proyectos de Dios”, quien se dirige con delicadeza a nuestra interioridad, haciéndose íntimo a nosotros y hablándonos a través de nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Así, como lo hizo con san José en sueños, Él nos propone otros caminos.

El evangelista Mateo precede toda la acción de José por los sueños. Él es presentado como un hombre de sueños por cuatro ocasiones: un sueño para acoger en su casa a María, su esposa (Mt. 1, 18-25); un sueño para partir con el Niño y su madre a Egipto (Mt. 2, 13-15); un sueño para dejar Egipto y volver a la tierra de Israel (Mt. 2, 19-21); y, al final, un sueño para ir a vivir en Galilea porque Herodes Arquelao era tan sanguinario como su difunto

padre (Mt. 2, 22-23). Así, los sueños aparecen como aquellos, que cada vez, ponen a José en camino.

Según la lectura ignaciana del texto de Mateo, los sueños de san José pueden ser interpretados como el fruto de un discernimiento espiritual. En efecto, en la situación de José, los espíritus le interpellan desde fuera.⁸ En el primer sueño tenemos, de un lado, el mal espíritu (que el evangelista Mateo no menciona) que sostiene el proyecto de repudiar a María; y, de otro lado, el Ángel del Señor que lo anima a tomar a María por esposa. José analiza los dos caminos que le hablan y evalúa la situación. Cuando examinamos las características de las posibilidades que José tiene para escoger, los signos del mal espíritu se perciben fácilmente en el pensamiento contrario que habita a José. Desde el inicio, él vence el espíritu del mal, rechazando utilizar la manera más humillante y la más peligrosa: “públicamente difamar” a María. Él continúa evaluando la situación y su voluntad de repudiar a María de manera misericordiosa.

Esta vez, el mal espíritu se disfraza de ángel de luz y va en el sentido de José sosteniéndole en su resolución de repudiar a María “secretamente”. En efecto, el mal espíritu quiere llevar a José, poco a poco, en su propia dirección, en su propio fin: despreciar a María. En este acto que José podría escoger, varios signos del mal espíritu se revelan. Repudiar a María, en efecto, alejaría a José de su proyecto de matrimonio con María, lo que pondría, sin duda, en peligro la vida de María y del Niño que ella lleva. Además, el acto de repudiación se opone al plan de Dios para la salvación de la humanidad.

De cualquier manera, la decisión que tome José de repeler a María es obra del enemigo. Ella sería motivada por el respeto a la

8 Cf. Exercices spirituels n° 313-336. En realidad, el texto de Mt 1, 18-23 no hace mención de dos espíritus en el sueño de José, sino solamente del Ángel del Señor.

ley judía que, en tales circunstancias, no pide otra cosa que el repudio (cf. Dt. 22, 23-24; Lv. 20, 10). José no sabe que su proyecto de desposar a María está conforme a la voluntad de Dios. Frente al embarazo de María, incluso misterioso, hay que actuar conforme a Su voluntad, hay que obedecer la ley; por tanto, José, hombre justo y fiel, no puede transgredirla. Es propio de Satanás defender la ley y el derecho, denunciando sin misericordia las debilidades y los pecados. El enemigo de la naturaleza humana se sirve entonces de la ley para desorientar a José del plan de Dios.

El Ángel del Señor, en revancha, asegura a José, le anima a permanecer sin miedo, sereno, firme y constante en el proyecto que él inicialmente formó, el de desposar a María. En esta situación de desolación, donde el mal espíritu inquieta a José y le impulsa a cambiar de decisión, el Ángel del Señor le anima a atenerse a su proyecto inicial. El buen espíritu da a José fuerzas, consolaciones y serenidad, revelándole el plan y la voluntad de Dios en la situación que atraviesa. Mientras que el mal espíritu inquieta a José con el miedo a la ley y las miradas del entorno; el buen espíritu le hace ver la sobrevivencia, la protección de la persona más frágil (aquella que es amenazada, su futura esposa y el niño que va a nacer) y la voluntad de Dios. José no se deja llevar por nada que no sea del Señor: él es fiel y obediente. Después de entender el mensaje del Ángel, aunque los acontecimientos externos sean extremadamente perturbadores, él no se deja desviar de su intención profunda, que es esta fe, esta confianza en la voluntad de Dios. Él escoge obedecer la voz del Ángel del Señor. Se muestra así idóneo a la palabra de Dios.

El valor espiritual del sueño de san José es el de ser capaz de evaluar la situación, de acoger el misterio en lo que está pasando. Desde ahora en adelante, se abre el momento donde vive el más grande “dejar ir” y la desapropiación de sí mismo; es la más grandiosa característica de su itinerario espiritual. En estos sueños,

José se muestra siempre abierto al Ángel del Señor, pues los vive como una invitación a escuchar la Palabra de Dios. Sus sueños son el lugar privilegiado de la revelación de Dios en su vida. Acoge la Palabra, obedece y actúa en consecuencia.

En este análisis de los sueños de san José, podemos sacar lecciones para hoy: ser personas pacientes que saben discernir y buscar la voluntad de Dios en lo que les llega. En efecto, por su capacidad de evaluar las situaciones, de escuchar el mensaje del Ángel y de acoger el misterio de salvación, san José es obviamente un hombre de discernimiento. Él puede enseñarnos a discernir el sentido de nuestros sueños, de nuestros deseos y de nuestros proyectos, a fin de ajustarlos a Su voluntad.

José, el africano

Así, en este año consagrado a José, descubrimos este padre como una figura universal. Él puede así enriquecer la espiritualidad africana que es holística y comprometida. Como dice el Papa Francisco:

En razón de su rol en la historia de salvación, san José es un padre que siempre fue amado por el pueblo cristiano como lo demuestra el hecho que, en el mundo entero, numerosas iglesias le han sido dedicadas. Varios institutos religiosos, cofradías y grupos eclesíásticos se han inspirado en su espiritualidad y llevan su nombre, y diversas representaciones sagradas se desarrollan después de siglos en su honor.⁹

Solange Sahon Sia

Traducido por Norma Naula ssc

9 Cf. Papa Francisco, *Patris corde*, 1.

Mujeres en misión en el mundo del trabajo

Marie-Célestine y Mireille

Marie-Célestine y Mireille son dos mujeres miembros del Instituto secular Nuestra Señora del Trabajo. Célestine trabaja en el hospital de Lyon, en una unidad de cuidados a largo plazo. Mireille es funcionaria de un servicio que se ocupa de las adopciones de niños.

En varias ocasiones, después del Concilio Vaticano II, el Papa Juan Pablo II ha recordado que “el hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, un camino trazado por el propio Cristo” (*Redemptor Hominis*; *Centesimus Annus* 53).

Este camino tomó José a lo largo de su vida, como señala el Papa Francisco: “San José nos recuerda que todos aquellos que, aparentemente, están escondidos o en la ‘segunda línea’ juegan un papel sin precedentes en la historia de la salvación”.¹

Es en este espíritu que los miembros del instituto viven su compromiso a raíz de Cristo, en la vida cotidiana de su trabajo. Dos de ellas acordaron, con toda sencillez, compartir sus testimonios: Marie-Célestine y Mireille.

¹ Papa Francisco, *Patris corde*, 1.

El trabajo diario: Testimonio de Marie-Célestine

Participación en la obra continua de Dios

Fue durante una experiencia a la edad de doce años que sentí el llamado del Señor a consagrarle mi vida y a servirle por medio de mis hermanos y hermanas, como Él dijo: “Todo lo que hacen a uno de estos pequeños, me lo hacen a mí” (Mt 25, 40). Esta palabra de Cristo resonó y continúa resonando en mi vida. La profesión de la salud que he elegido me permite tocar el Cuerpo del Cristo sufriente y estar más cerca de Él.

Al igual que san José, personalmente, experimento la ofrenda de mi obra a Dios Padre como una participación en su obra creativa. Cuando Dios crea, Él trabaja y, al final de esta obra, está la satisfacción del deber cumplido. San José se dio cuenta de que la obra de sus manos era un proceso de acercamiento a Dios y a su obra. Es en el corazón de esta humanidad que sufre (los pacientes) que yo sirvo a Dios. En mi equipo, somos cuatro auxiliares de enfermería, dos enfermeras, un ejecutivo de salud y otros profesionales de la salud (logopedas, fisioterapeutas, facilitadores, etc.). Al igual que san José, hago un trabajo duro y delicado. Todos los días encomiendo mis manos y mi corazón al Señor para que sean gentiles y tiernos con el paciente que me ha confiado y que siempre me recuerda a Cristo desfigurado. Durante el tratamiento, intento estar atenta a su mirada y qué me dice su sufrimiento.

Al igual que san José, trato de ser confiada, delicada en mi escucha, en mis gestos y palabras. Lo que es difícil es el cuidado de algunos pacientes y sus familiares que no siempre reconocen nuestros esfuerzos y habilidades. Se requiere paciencia. Lo importante es crear un clima de entendimiento entre ellos y nosotros, por el bien de los pacientes.

Participación humilde y discreta

Al igual que José, nuestro trabajo sigue siendo humilde y discreto. Para nosotros, el amor se demuestra de muchas maneras: ternura, amistad, respeto y dignidad. Trato de vivir en armonía con mis colegas para hacer que el clima de trabajo sea agradable. Otros departamentos del hospital aprecian el ambiente que prevalece entre nosotros: la comprensión, la confianza, la calidad del trabajo y, sobre todo, nuestras risas. La satisfacción que me brinda mi trabajo es una fuente de alegría espiritual.

San José cambió sus planes porque escuchó el llamado del ángel para mantener a María en su casa y cuidarla, a dejar Belén para refugiarse en Egipto con el fin de salvar la vida de su hijo, y luego regresar a Nazaret. Descubrió su papel como esposo y padre. Compartió los primeros treinta años de la vida de Jesús. José asumió sus responsabilidades en la fe y la confianza en el Señor. Su testimonio ilumina mi vida profesional.

Ha habido momentos en que los pacientes y sus familias han expresado su deseo de reunirse con el capellán, y el capellán ha estado ausente. A petición de ellos, oré con ellos. Es importante para mí estar con ellos y con el Señor. Les da confianza. Después de la oración, sienten paz interior y un gran alivio que les ayuda a sobrellevar su larga enfermedad.

Así, estoy atenta al paciente, cuidando de su cuerpo y dando la bienvenida a su búsqueda de la oración. Esta es mi manera de cuidar a Dios, presente en él y su familia. Hoy en día, mi fe cristiana y mi consagración a Dios no pueden concebirse sin el servicio a los demás, especialmente a quienes sufren.

Fraternidad humana

Mi trabajo me hace así experimentar la fraternidad humana. Esto me lleva de nuevo a pensar en la Fraternidad de Nuestra Señora del Trabajo, que sitúa a las mujeres y a los hombres en el centro de todas las preocupaciones. Tiene la intención de participar en todos los esfuerzos de verdadera humanización porque Dios ama apasionadamente a la humanidad. El instituto insiste en la emancipación y la dignidad del ser humano, a la que sus miembros deben dar prioridad en su vida cristiana y en su trabajo.

Como consagrada, redescubrí en mi obra la importancia de la dignidad humana y del trabajo. Mi trabajo es una escuela de paciencia, pero también de apertura a lo invisible y a los misterios divinos. Recibo de mis colegas impulso del corazón y llama de amor por los pacientes. Esto fortalece mi confianza en ellos y en mi Señor, a quien doy gracias.

Trabajo y respeto por los demás: el testimonio de Mireille

Acogiendo su camino, su misión

Al contemplar a José, que fue a la vez discreto, humilde y tan presente para María y Jesús, me gusta enfatizar que a su manera estuvo totalmente presente para su esposa e hijo. Por su forma de ser, les permitió cumplir su propia misión porque José tenía fe en Dios, sin reservas. Estaba totalmente disponible a sus llamados.

Esto es profundamente lo que trato de experimentar en mi trabajo, con mis colegas, para estar unida todos los días al Señor, y estar atenta a Su voz. En este camino me apoya la Fraternidad de Nuestra Señora del Trabajo cuyo carisma es la verdadera humanización, en Cristo, de cada persona, en la persona integral, en las actividades humanas.

Soy funcionaria, trabajo más concretamente en un servicio que se ocupa de la adopción de niños —que se encuentran en otro país—, por personas, francesas o no, que viven en Francia. Esto suena bastante administrativo, pero, detrás de esta función, hay un proyecto de vida entera madurado por parejas o personas solteras que se comprometen con todo su ser, y sobre todo niños y niñas que necesitan una familia para crecer y desarrollarse. Por lo tanto, estamos al servicio de personas con sus profundas aspiraciones de acoger a un niño en sus hogares, de convertirse en padres y madres. Es el ser humano, en su forma más íntima, está siendo puesto a prueba por las dificultades encontradas durante el viaje hacia la adopción.

Dentro de un equipo de dieciséis personas, cuya tarea principal es verificar, en la medida de lo posible, que la adopción se llevó a cabo en buenas condiciones éticas y legales, yo juego un pequeño papel debido a mi discapacidad. De hecho, soy ciega y tengo problemas de audición.

Cuando llegué a este servicio, mi trabajo consistía esencialmente en responder a las cartas de intervención. La intervención se entiende como el proceso que requiere un “impulso” para avanzar con un procedimiento que ha sido bloqueado por una u otra razón. Las cartas escritas por los propios “padres adoptivos potenciales” son de gran profundidad y revelan su angustia, su sufrimiento.

La mayoría de las veces, la respuesta fue que, lamentablemente, no se podía hacer mucho, ya sea porque el procedimiento había comenzado mal o porque las autoridades del país de nacimiento del niño lo estaban bloqueando, y que no podíamos obligarlas a cambiar de posición.

A pesar de que hubiera preferido escribir más cartas con respuestas positivas, me gustó mucho este trabajo porque me permitió

escuchar el sufrimiento de aquellas personas que apasionadamente querían ser padres y que vieron sus esperanzas frustradas o socavadas.

Este sufrimiento habitó mi corazón y mi oración. Se unió al sufrimiento de María y José que habían perdido a su hijo de doce años, en la peregrinación a Jerusalén, porque Él tenía que estar en los asuntos de su Padre.

Respetar y dar la bienvenida al otro

Hoy en día, soy responsable particularmente de atender las solicitudes de las personas adoptadas que buscan reunirse con sus familias de nacimiento. Este es otro sufrimiento, que me resulta más difícil de entender y soportar en la oración. Sin embargo, intento ponerme al servicio de estas personas respondiendo a las peticiones de la mejor manera posible, con los medios que tenemos a nuestra disposición. El objetivo es que su expediente de adopción sea desarchivado y enviado al servicio de adopción de su departamento para que puedan consultarlo estando acompañados. Tarea bastante tediosa y repetitiva, que lleva mucho tiempo, aunque sea sencilla sobre el papel. Yo ayudo a los redactores que estudian las solicitudes de visado de adopción para estancias de larga duración, que tienen una gran carga de trabajo. Laboro con ellos cuando necesito información sobre un caso particular o la situación en un país determinado.

Actualmente, las personas que contactan con el servicio tienen una actitud más exigente que hace unos años. Este es el resultado de la evolución del enfoque que se le ha dado a la adopción internacional. Las personas adoptadas durante el *boom* de estas adopciones (años 80-90), ahora mayores, quieren recuperar su identidad original. Es más probable que destaquen (entrevistas en me-

dios de comunicación, libros o artículos, casos judicializados...) lo negativo de su adopción. Se menciona poco a las adopciones que han permitido al adoptado crecer en un ambiente familiar cálido y seguro. Que fue el caso cuando entré en este servicio.

Experimenté desplazamientos significativos en mí misma durante esta evolución: aprendí a ajustar mi relación con lo humano uniéndome primero a las preocupaciones de las personas. Tengo contacto con estas personas por escrito (después de su solicitud) y, a veces, por teléfono.

En mi respuesta, que se rige por normas administrativas y jurídicas, siempre intento anteponer a los seres humanos, darles mi aliento para que continúen sus esfuerzos o, incluso, dirigirlos hacia otras puertas. Algunos de mis colegas se sorprendieron de que yo fuera compasiva al brindar una respuesta administrativa, porque las cartas están cada vez más estandarizadas.

Pero, para mí, el respeto por la persona es inseparable de la recepción de la petición, aunque no la entienda, y del servicio a la persona y de Dios presente en ella. De hecho, la persona no podrá continuar su camino, ni crecer en la humanidad como adulto ni con su Creador, si no recibe respuestas sobre sus orígenes, incluso aunque puedan parecer negativas. Las personas que recibieron mi respuesta dijeron: "Gracias por escucharme".

Aunque gané el concurso de categoría A, ocupó un puesto liviano, adaptado a mi capacidad de trabajo. Es una escuela de humildad: me gustaría poder hacer más, tener un papel más importante. Pero el Señor me llama, como a José, a simplemente mantener mi lugar y a hacer lo que se me pide sin reticencias ni discusiones; este es el corazón de mi llamado y de mi sí a Dios, siguiendo al Cristo pobre, casto y obediente.

Permitir que otros cumplan su misión

En este trabajo, mi forma de llevar a cabo mis tareas está habitada por dos preocupaciones. Por un lado, al atender la solicitud que nos dirige una persona, se lo encomiendo al Señor para que crezca en humanidad y en verdad a través de las respuestas. Por otra parte, asociarme al trabajo de mis colegas para que ellos, a su vez, también puedan llevar a cabo la tarea que les corresponde. Estamos juntos, pero su tarea no me pertenece, como José, que hizo todo para que María y Jesús pudieran cumplir su misión. José estuvo presente, dijo sí al Señor, cumplió su misión en silencio y anonimato porque toda la atención estaba en María y en Jesús.

En el corazón de este trabajo descubro a mis colegas. Se trata de personas que están comprometidas en hacer su trabajo con eficiencia, y que el servicio funcione bien. Se preocupan por crear, entre nosotros, convivencia, alegría. Buscan vivir, en su trabajo y a su manera, los valores humanos que portan. Tenemos el deseo de trabajar en equipo, y esto nos ha ayudado para hacer frente a las dificultades. Me han revelado cualidades excepcionales, aunque, en este momento, con el desgaste debido al período de la Covid-19 y con el teletrabajo, es más difícil ajustarse a estos valores. Su presencia me ha apoyado mucho en el desempeño de mis funciones y para ocupar el lugar que me corresponde, con mis limitaciones, en este servicio.

Una asistente me ayuda a diario; ella se asegura de cumplir con las tareas que no puedo hacer sola (clasificación, diseño de documentos, digitalización de archivos, etc.). Llevamos casi ocho años trabajando juntas y nuestra colaboración se ha convertido casi en una simbiosis ya que nos comprendemos muy bien. Somos complementarias y nos apoyamos mutuamente: cada una permite a la otra desempeñar plenamente con sus trabajos.

Tengo la suerte de tener a mi lado a una persona extraordinaria que necesita flexibilidad en su horario para hacer frente a sus importantes limitaciones familiares. Me adapto a su indisponibilidad. Esto le permite gestionar más fácilmente los problemas de su vida extraprofesional.

Nuestro jefe de servicio ocupa una posición delicada. Vive tensiones entre las exigencias de su propia jerarquía y las expectativas de sus empleados. Desde el inicio de la crisis sanitaria, me ha “puesto en actividad parcial”: solo me permite venir a la oficina dos días a la semana y no puedo teletrabajar en casa por falta del equipo adecuado. Mantuvo su posición a pesar de la opinión contraria del médico del trabajo. Sufro mucho por eso y creo que es importante respetar su autoridad. Es una forma de experimentar la obediencia siguiendo a Cristo, el siervo que no aplasta la caña quebrada.

José respetó la autoridad de su Hijo que, a la edad de doce años, permaneció en Jerusalén, en el templo, en lugar de regresar con sus padres y otros peregrinos a Nazaret. Para mí, respetar la autoridad del otro es acoger su camino, su misión y servir al Espíritu de Dios que trabaja allí y me desafía. El jefe de servicio adjunto se unió a nosotros a principios de este año. Su principal tarea es finalizar la reorganización del servicio, en la que se han recortado tres puestos de trabajo.

Para ello pidió a tres personas, entre las que me incluyó, que formáramos un grupo de trabajo, cuya responsabilidad sería enumerar las tareas de todos los agentes del servicio, y hacer propuestas para reequilibrar la carga de trabajo entre los agentes.

Fue una experiencia muy positiva para todos. Nos reunimos, uno a uno, con todos nuestros colegas para escucharlos y consultar con ellos sobre las pistas en las que mi compañero editor que dirigía el grupo había pensado. Todos estuvieron disponibles y

abiertos a participar en las entrevistas. Esto permitió que las conversaciones se llevaran a cabo en un ambiente sereno, y descubrimos que todos estaban dispuestos a hacer su parte para que las cosas funcionaran mejor.

Al final, pudimos elaborar un informe y hacer propuestas sobre las que hubo consenso. Esto, creo, ha contribuido a reunificar el servicio cuya cohesión se vio muy dañada en estos tiempos de la Covid-19.

Me atrevo a decir que hemos sido, a nuestra manera, pacificadores. Veo la presencia del Espíritu Santo que ha iluminado nuestra obra con su luz. Esta experiencia con mi servicio, me ha permitido entender mi propio papel en él: ser la persona que está presente y hace su trabajo.

Esta es mi forma de participar en el equipo apoyando a los demás en su responsabilidad. San José es verdaderamente para mí un guía para ser como él: discreto, humilde y profesional al servicio de Dios. Él confía una misión propia a cada uno, como lo hizo con María, José y Jesús.

Déjate llevar por el Espíritu

A menudo invoco al Espíritu Santo cuando tengo una tarea que parece difícil de lograr. Hago un llamado a su luz y fuerza para que pueda darme cuenta de lo que se espera de mí. Y, a menudo, he podido experimentar cómo su apoyo me ha permitido hacer cosas que realmente no creía que pudiera. También he descubierto que mis colegas se han comportado de forma extraordinaria. ¿Soy una sierva inútil?

Una sierva entre otras, sin duda. En cierto modo, solo estoy cumpliendo con mi deber, y sigue siendo muy ligero en comparación

al de muchos de mis colegas del servicio, en particular con quienes trabajan en las direcciones generales políticas y cuyos días a veces terminan muy tarde. En cualquier caso, estoy tratando de hacerlo lo mejor que puedo. Doy gracias a Dios por la amabilidad de las personas que conozco en la oficina. Tienen gestos que me conmueven profundamente. Hay que tener la simplicidad de reconocer que mi discapacidad permite a otros mostrar lo que tienen de humano en ellos.

Todo esto, se lo ofrezco a Dios en la oración y en la Eucaristía en la que tengo la oportunidad de participar diariamente. Sin este tiempo entregado a Dios, mi vida dejaría de tener sentido. De ahí saco la fuerza para seguir sirviendo y caminar en medio de mis hermanos. Es esencial escuchar, como José, los llamados de Dios y recibir de Él la disponibilidad para responder a ellos, incluso si perturba nuestros proyectos bien establecidos.

Ser guiado por el Espíritu es para mí una lucha cotidiana. En estos tiempos complicados, es mucho más fácil dejarse llevar por la melancolía ambiental y el languidecimiento. Sin ese deseo de responder a la llamada del Señor, que habita en mí en todo momento, sin la Palabra de Dios y la Eucaristía, tal vez llegaría a dejarme llevar, ya que la vida es complicada para mí en ciertos momentos. Pero la Palabra de Dios está ahí, como una aguja que me estimula: “Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy tolerante y humilde de corazón” (Mt 11, 29).

Para mí, el yugo del que habla Cristo es el del servicio diario; en primer lugar, en el cumplimiento del deber de su opción de vida que puede tener de ingrato y tedioso, “levantarse por la mañana” como suelen decir. La fidelidad a Dios comienza allí, tanto para nosotros como para José. Y luego están los pequeños gestos de atención que recibimos o que podemos hacer hacia los demás cuando surge la oportunidad. Estoy firmemente convencida de que aquí es ante todo donde Cristo se deja encontrar. Concibo

mi consagración como un ir y venir entre la vida en el corazón del mundo y la vida espiritual. Dios nos envía al mundo y el mundo nos envía de vuelta a Dios para darle gracias, rogarle, ofrecerle nuestra experiencia y la de nuestros hermanos.

Momentos acogedores de gracia

Tengo pocos compromisos colectivos, mis fuerzas físicas y emocionales son limitadas, pero trato de evitar que sea un peso demasiado alto para quienes me rodean. Para mí, esto es parte del ejercicio de mi responsabilidad como mujer. Por ello me dirijo a diferentes asociaciones para obtener servicios de asistencia a domicilio, apoyo en mis desplazamientos, servicios de secretaría para la gestión de mis papeles, etc.

Para las personas remuneradas fue una elección participar a través de la asociación que las contrata; el hecho de que tengan un trabajo y un estatus legal como empleadas, no solo les permite ser parte del trabajo humano en nuestra sociedad, sino que son respetadas como actrices plenas en su dignidad. Para las voluntarias, me beneficio de su presencia y apoyo para asumir ciertas tareas. También promueven y enriquecen el vínculo social al no dejar fuera a personas como yo.

Los encuentros con las personas que me ayudan son una dimensión muy importante de mi vida. Me comprometo a darles la bienvenida lo mejor que pueda y mostrarles mi gratitud. A través de ellas, el Señor es quien, de alguna manera, viene a mi encuentro: “Les aseguro que lo que hayan hecho a uno solo de estos, mis hermanos menores, me lo hicieron a mí” (Mt 25, 40).

No siempre estoy emocionada de ser uno de esos pequeños que necesitan el servicio de los demás, pero ¿no nos dice la Escritura que son los favoritos de Dios, y que Dios se hace presente a través

de ellos a todos nosotros? Así que doy gracias. Mi discapacidad me ha dado y todavía me da la oportunidad de conocer gente excepcional y es una fuente de alegría, al igual que la visita de María a Isabel fue una fuente de alegría para ambas primas. Doy gracias por lo que Dios me da en estos encuentros.

El Evangelio no nos habla de ninguna palabra de José. Sabemos que Él escuchó y sirvió a Dios con discreta eficiencia y una fe incondicional. A través de su obra, permitió que María y su Hijo crecieran, cumplieran su misión. Aspiro profundamente a tener la misma actitud con mis colegas y con los ciudadanos. Trato todos los días de aportar, con mi grano de arena, en la construcción del Reino donde estoy, por supuesto con fracasos, pero también con momentos de gracia que iluminan mi camino.

Caminando con José

Hablando de José, el padre de las sombras, el Papa Francisco recuerda que toda su vida ha sido un regalo:

La felicidad de José no está en la lógica del autosacrificio, sino en la entrega. Uno nunca percibe en este hombre la frustración, sino solo la confianza. Su silencio persistente no contiene quejas, sino siempre gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza jefes, rechaza al que quiere usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rechaza a quienes confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda verdadera vocación nace del don del yo, que es la maduración del simple sacrificio.²

Simplemente hemos tratado de decir cómo vivimos este don de uno mismo en la medida en que es nuestro. Nuestros dos testi-

2 Papa Francisco, *Patris corde* 7.

monios están situados de diversas maneras. Yo, Marie-Célestine, describo un compromiso en un ambiente hospitalario, como un lugar de participación discreta en la creación continua de Dios. Mireille, por su parte, habla de su vida compartida con el equipo de su servicio: un trabajo humilde y de presencia para que otros cumplan su misión y crezcan en su humanidad.

Sin embargo, ambas tomamos, cada una a su manera, el camino del trabajo diario, con José. Ambas estamos habitadas por uno de los puntos esenciales de nuestro carisma: “Participamos donde vivimos en los esfuerzos individuales y colectivos por el desarrollo y la verdadera humanización”, en particular buscando “la atención constante a las personas, lo que conduce al respeto de su dignidad”. En un mundo que produce muchas exclusiones, tenemos que establecer comunicaciones reales (Estatutos de Nuestra Señora del Trabajo).

*Marie-Célestine y Mireille
Traducido por Soledad Oviedo C.*

Los misioneros de las sombras

Jacques Gaillot

El obispo de Partenia, Jacques Gaillot, da la palabra a los misioneros de las sombras.

¡Estraño destino el de José! Ninguna de sus palabras está registrada en los Evangelios. ¿Sería su silencio una palabra?

Después del episodio en el que Jesús se encuentra en el templo, José regresa a Nazaret con María y Jesús. Luego desaparece en el silencio y cae en el olvido, con una muerte probablemente temprana. ¿Puede un recorrido de este tipo ser una fuente de inspiración?

En el pueblo rural de Nazaret, no pensemos que la “Sagrada Familia” se redujo a José, María y Jesús. Era parte de un clan, un verdadero tejido social que protegía al individuo. Jesús fue parte de ese tejido.

Sin embargo, la Sagrada Familia sigue siendo original. Aprendemos que José no es el padre de Jesús. Es el padre adoptivo. María es la madre natural, pero se especifica que es virgen. El niño no es de José. Jesús, el hijo de María, nació fuera del matrimonio. Él no es un hijo natural. Viene de Dios. José está expuesto a este rumor. Jesús vive una forma de exclusión con esta etiqueta: “nacido fuera del matrimonio”. María guarda, como siempre, estas cosas en su corazón. Ella sabe que su hijo viene de Dios. Es un secreto que la llena.

La Sagrada Familia se basa en la adopción: una libre elección por amor. Rompe con todas las genealogías antiguas. José se convirtió en el padre adoptivo de Jesús al dar la bienvenida al niño con amor. El modelo de adopción recorre el Evangelio. Es extraordinariamente moderno. Ayuda a entender las evoluciones de la pareja y la familia hoy en día.

Aquí hay siete testigos que, en su diversidad, dan un rostro a estos “misioneros de las sombras”. Cuatro son semillas. Los otros tres, brotes de primavera. Los siete se sorprenderían de ser llamados “misioneros”. Buscaban ser ellos mismos y querían una vida más bella para sí mismos y para los demás, encendiendo una luz de esperanza en el proceso.

Semillas

Denise

Denise, jubilada, llegó como voluntaria a la asociación de inmigrantes indocumentados. Ella trabaja allí a tiempo completo y da todo su corazón en lo que hace. A veces la he visto dar la bienvenida a jóvenes inmigrantes. Les escucha con amabilidad, sabe cómo hablar con ellos y hacerlos sonreír. Su arduo trabajo es preparar los archivos. En las oficinas de la prefectura o del ministerio, no tiene miedo de defenderlos. ¿Su secreto?, su amor por los migrantes. Ella se siente en familia y muy contenta con ellos.

Denise está en todas las manifestaciones para exigir la regularización de los inmigrantes indocumentados. Cuando hemos dormido en edificaciones llenas de inmigrantes, la he visto pasar la noche en el suelo.

Se sometió a una cirugía de cadera. Fui a verla al hospital. Denise se encontraba radiante. Nunca se cansaba de elogiar al personal de enfermería. No se queja de nada y vive el momento presente

con humanidad y ternura. Por su forma de vivir y hacer el bien, ella es un símbolo. Sin discurso, su vida es reveladora.

Hay una fecundidad secreta de una vida animada por el amor. En la asociación, todos se han preparado para los ochenta años de Denise. La lucha llama a la celebración. El gran salón está decorado. Hay velas y regalos, música y canciones. En una mesa grande, el cuscús está listo.

Denise se conmueve al ver todo lo que hacemos por su cumpleaños. La sala está llena de inmigrantes, al punto que me veo obligado a subirme a una silla para hablar:

Si Denise nos abriera su corazón, veríamos que está poblado por los rostros de los inmigrantes indocumentados. Si Denise escribiera un libro sobre los indocumentados, tendría un título seguro: ¡me dieron tanta felicidad!

El amigo argelino

Tengo recuerdos vívidos de un evento lejano. Esto fue en 1958, durante la guerra de Argelia. Viajé en un jeep por las tierras altas de la región de Sétif. A mi lado estaba un *moghazni* (soldado argelino). De repente, en un giro en la carretera, tres hombres se levantaron y me indicaron que me detenga. ¿Una emboscada? No estaban armados. ¿Cómo sabían que tenía que pasar por este lugar desierto?

Me pidieron que lleve a un paciente al hospital; él no estaba muy lejos de allí. ¿Qué hacer? Me arriesgué a seguir a esos extraños. El *moghazni*, por otro lado, no se tranquilizó al verme partir. Lo dejé solo con el jeep y su metralleta, lo cual no es recomendable.

Caminamos en fila india por un camino estrecho, en silencio. Sin árboles, sin signos de habitación en el horizonte. “¿A dónde me

llevan? ¿Seré tomado como rehén?”. Finalmente, vi en el fondo de un valle, varias *mechtas* (casuchas) que se funden en el paisaje. Cuando entré en una de ellas, miré a un hombre acostado en una estera sobre la tierra. Era muy delgado y no podía hablar. No dejaba de observarme. Su mirada suplicante me hablaba. “¿Qué quiere decirme?”. Las mujeres estaban de pie, calladas y dignas. Me senté lleno de compasión por este paciente, de unos cuarenta años, que ocupa un lugar importante en los corazones de las personas. Rompí el silencio:

- Al que aman morirá.
- Pero si va al hospital, podremos curarlo.
- No soportará el viaje en jeep. El hospital está lejos.

La familia insistió. Quiere probarlo todo. Acepté esta insensata petición. Los hombres rápidamente hicieron una camilla y colocaron al paciente en ella. Subimos lentamente la colina. El paciente ocupó su lugar en los brazos de un hombre fuerte, en la parte trasera del jeep. Conduje evitando los baches de la ruta. Momentos después, el hombre al que llamo “el amigo argelino” da su último aliento. Su viaje llega a su fin.

Dimos la vuelta, dejamos el jeep al borde del camino con el *moghazni*, y partimos a entregar el muerto a los vivos. Todos estaban de pie delante de la *mechta*. Sus ojos estaban fijos en el hombre fuerte que lo llevaba en brazos, quien baja por la colina. El muerto volvió a estar entre los suyos, pero, ¿no había dejado ya a su familia? ¿No nos precede ante Dios? ¿No ha entrado ahora en la Vida? ¿No depende de nosotros unirnos a él algún día?

Pienso en la reflexión del rey David, cuando se le anunció que su hijo Absalón había muerto en batalla: “Ya no es él quien vendrá a mí, soy yo quien irá a él” (2 Sm 12,23).

Las mujeres me agradecieron con ternura por intentar lo imposible. Cuando empezó a caer la noche, tres hombres me acompañaron al jeep y se marcharon con estas palabras de despedida: “Tú eres nuestro hermano”.

En el camino de regreso, mis pensamientos estaban con el “amigo argelino” que murió en este jeep. Lo conocí únicamente por los demás: su familia y sus amigos. Para haber despertado tal apego y fervor, este hombre debió haber tenido un gran corazón, una hermosa humanidad y una generosidad a toda prueba. Es una semilla arrojada a la tierra que producirá frutos.

Bruno

Bruno murió con SIDA. Luchó hasta el final. Como joven activista del comité de personas sin hogar, todo el mundo lo amaba. Amábamos su irritación, su gran corazón y su pasión por la justicia. No dejó indiferente a nadie.

Bruno era cristiano y no trató de ocultarlo. Sentía admiración por Jesús, pero no le gustaba la institución de la Iglesia que la rechazó, empezando por su familia, con quien cortó relación.

Fui a ver a Bruno en el hospital. Con gran delgadez, sufría sin quejarse. La última vez que lo vi, lo tomé de la mano mientras se preparaba para ir hacia el otro lado. Sus ojos se cerraron a la luz de este mundo. Sé hablar con él, o más bien hablo con Dios sobre Bruno.

La Catedral de Nanterre estuvo repleta por la multitud de los “sin”: los indocumentados, los sin techo, los desempleados. Fueron a colocar su vela encendida cerca del ataúd.

Los testimonios han presentado a Bruno como “el hombre para los demás”, con este lema que ilumina su vida: “Renunciar a los demás es renunciar a uno mismo, para siempre”.

Luego vienen las bienaventuranzas, esas palabras de luz que proclamo lentamente, pensando que cierto número de personas en la asamblea las escucharán por primera vez: “Bienaventurados los hambrientos y los sedientos de justicia porque estarán satisfechos” (Mt 5, 6). ¿Quién no ha pensado en Bruno mientras escucha esta bienaventuranza?

Bajo el frío y la lluvia, la multitud se extendió durante un largo trecho para ir al cementerio y lanzar una rosa al que tanto luchó por el derecho de los demás.

Pierre

Pierre me escribió para compartir su terrible experiencia en pocas palabras: “Soy un hombre de color de las islas. Tengo 28 años y tengo SIDA. La enfermedad se encuentra en una etapa avanzada. Soy homosexual, conocí en París a un amigo con el que nos llevamos bien. Nos gustaría invitarte una noche a cenar para hablar”.

Esa noche, toqué el timbre de la puerta de un pequeño apartamento. Un joven me abrió, era Pierre, el hombre que viene de las islas. Lo vi cansado. Conocí a su amigo. Pierre me habló de su infancia en una familia numerosa y acomodada. Y, luego, de la repentina toma de conciencia de su homosexualidad, en la adolescencia:

No se lo conté a nadie, ni a mis hermanos ni a mi madre, a quien adoro. Mi padre ya estaba muerto. Me rechacé a mí mismo. Me sentía separado, anormal, culpable. En una palabra, tenía miedo y ese miedo me paralizaba.

Pierre llevaba una doble vida. Con todos ríe, pero internamente llora. Huyó. Llegó a París. El pretexto era fácil: el futuro abierto. Su madre no lo dejó ir sin preocupaciones. Pero, ¿podría sospe-

char la inmensa soledad de su desesperación? Él la tranquilizó. Él continuaba haciéndolo cada vez que le escribía, pero ya no es sostenible. Moriría pronto. Pierre vivía con su amigo. Él lo curaba y lo salvaba de la desesperación. Se amaban. Su compañero intervino:

– Te olvidas de decir que la Iglesia no ha ayudado en nada, ni a ti ni a mí. Fui expulsado directamente por la Iglesia cuando se descubrió que era gay. Con Pierre ya no asistimos a la parroquia. Nos dejó fuera. Una pareja rechazada, es grave.

– Así es. En mi país, mi familia es católica, religiosa y tradicional. La charla sobre el preservativo no ayudó. Me sentía culpable. El error de la Iglesia es condenar. No sé, ¿qué piensa?

– El papel de la Iglesia, digo, no es condenar, sino hacer que la gente viva, que esté viva. Cualquier persona que sepa que está infectada y no usa un preservativo corre el riesgo de dar muerte.

– La vida ahora adquiere una densidad increíble para mí porque mañana no estaré aquí. Si le he invitado esta noche es para que pueda estar a mi lado cuando yo esté en medio del dolor y la prueba. Lo necesitaré para reconciliarme con Dios. La religión es importante para mí.

Pierre regresó a su lejana isla para reconciliarse con su familia, especialmente con su madre. Era una necesidad profunda poder hablar con ella y decirle la verdad. La bienvenida fue maravillosa. Pierre fue escuchado, comprendido, amado. Regresó a París para morir. La parálisis se extendió gradualmente por todo su cuerpo. Fui a verlo al hospital. Me quedé a solas con él. Ya no pudo hablar ni moverse. Sus ojos permanecían cerrados. Nos comunicábamos por medio de la presión de la mano. Lo sentía feliz de escuchar palabras de perdón.

Para el sacramento de la unción de los enfermos, las enfermeras deseaban estar allí. Una de ellas lloró mientras trazo en las extremidades de Pedro la santa unción. Abrió nuevamente los ojos,

estrechó mi mano con un bosquejo de sonrisa. Reconciliado, se encontró a sí mismo.

El sentido de lo humano

Denise, Bruno y Pierre tienen un sentido de humanidad. Lo humano primero. Cuando amamos, nos volvemos humanos. Aman la vida, el encuentro, la amistad, la fiesta. Viven intensamente antes de la muerte. Para ellos, lo principal es amar y ser amados. Todos creen en Dios. Un Dios que nos hace hermanos, hermanos sin fronteras, pertenecientes a la misma familia humana.

Bruno y Pierre sufrieron de exclusión. Se enfrentaron a la dureza de sus familias y de la Iglesia, pero no se volcaron en el resentimiento. Querían reconciliarse. “El amigo argelino”, Bruno y Pierre se enfrentaron a la muerte. Acaso, ¿no es su mensaje el que nos entregó Eric-Emmanuel Schmitt (2000) en *El Evangelio según Pilatos*?: “*Lo único que la muerte nos enseña es que es urgente amar*”.

Volvamos a José: su existencia es también un llamado. ¿No está abierto a los demás, a todos los demás, al Espíritu? No hay cierre ni bloqueo en él. Se enfrenta a situaciones imprevistas: dar la bienvenida a María en su casa cuando se entera de que está embarazada, huir a Egipto con María y Jesús cuando se da cuenta del peligro que el rey Herodes representa para el niño. Su actitud de apertura, disponibilidad y confianza es una fuente de inspiración.

Brotes de primavera

Rudy

Rudy es un guadalupeño de unos cuarenta años, casado, padre de dos hijos. Una noche estalló un motín con disparos en un barrio de

Pointe-à-Pitre. Un sindicalista fue asesinado. La policía sospechaba que Rudy fue el autor de ese crimen. En prisión, Rudy seguía clamando su inocencia y se puso en huelga de hambre. Después de dos años en prisión, su juicio comenzó ante el Tribunal de Justicia de Pointe-à-Pitre. Muchas personas mostraron su apoyo en el tribunal. Después de una semana de proceso, Rudy salió libre, pero la fiscalía apeló y pidió que se celebrara un nuevo juicio ante el Tribunal de Justicia de París. Rudy se vio obligado a ir por primera vez a París, donde no conocía a nadie. Algunos sindicalistas, preocupados por su acogida, me preguntaron si podía quedarse en la Casa de los Espiritanos. Trasmito esta petición al jefe de la comunidad, que aceptó sin dudar, mostrando apertura y solidaridad.

A la salida del metro, di la bienvenida a Rudy, a quien no conocía, de la forma más natural del mundo, con alegría y sencillez. Le mostré a Rudy su habitación y en la mañana siguiente, después del desayuno, caminamos por el Boulevard Saint-Michel para estar a las nueve en punto en el Palacio de Justicia. Sentado en una silla, Rudy se enfrentó a sus jueces. Estaba muy solo. No conocía a nadie. Los abogados de Guadalupe se hicieron esperar. El ambiente estuvo pesado. Las preguntas fueron como dardos.

Después de dos horas en la corte, estuve feliz de hacer otras actividades. Para Rudy, el día fue agotador, pero durmió bien y se mantuvo firme.

Una mañana, en el desayuno, Rudy interactuaba con los demás, y lo admiré. Era muy atento, sonriente, relajado y un agradable compañero a pesar de que su vida haya dado un vuelco. No pude evitar decirle: “Rudy, ¿cuál es tu secreto para vivir así? Él me miró y dijo con convicción: ‘Estoy en manos del Padre. Pase lo que pase, Él no me abandonará’”.

Los días pasaron en el tribunal, y llegó el viernes, el último día del juicio. Los miembros del jurado se retiraron para deliberar. Eran

las 6 de la tarde. Pasaban las horas y esperábamos con ansiedad. ¿Qué estaba pasando? En el patio interior, una furgoneta estaba lista para recoger al condenado. ¡Mal presagio!

Rudy estaba tranquilo. Permanecía en silencio. A las 10 de la noche, el tribunal se instaló. Contra todo pronóstico, Rudy quedó libre. ¡Fue increíble! Más tarde, pregunté a Rudy:

- ¿Cómo experimentaste estas horas interminables?
- Pensé que mi vida iba a cambiar. Me puse en manos de Dios. Cuando escuché la noticia de mi liberación, mi primer pensamiento fue dar gracias a Dios. Luego llamé por teléfono a mis padres. Y luego notifiqué a mi esposa e hijos.

Pasaron dos años. Una mañana, vi a una pareja de cierta edad que estaba discretamente de pie en la parte del fondo de la capilla, y luego los encontré en la terraza. Me dirigí a ellos:

- Hola, ¿buscan a alguien?
- La mujer responde:
- ¿Está aquí el obispo Gaillot?
- Sí, está aquí, soy yo.
- Somos los padres de Rudy. Queríamos venir a esta casa que le ha acogido tan bien y darle las gracias.

Quería ofrecerles un café o un almuerzo, pero ellos desearon retirarse luego de conseguir lo que buscaban.

Annie

Annie, de diecinueve años, se asfixiaba en su familia. Decidió salir de su hogar porque anhelaba vivir. En París conoció a Brahim, un marroquí de veintinueve años que vivía a orillas del Sena bajo un puente. Él también estaba solo. Ambos vivieron una gran felicidad hasta el día de la tragedia. Durante el 1 de mayo, tres

skinheads –cráneos afeitados– descendieron a las orillas del Sena donde estaba Brahim, empujándolo al río, y se ahogó. Esto fue un gran dolor para Annie que estaba embarazada de Brahim: el fruto del amor.

Annie vino a conocerme para hablar conmigo:

- Estoy en la cuarta semana. No puedo mantener al niño. Mis padres quieren que aborte. Esta noche tengo que ir a la clínica. Me sobresalto.
- ¿Cómo? Después de que matan al padre, ¿quieren matar al niño?

Hicimos morir a Brahim, ¿y ahora queremos hacer morir a su hijo?

Sí... Sí.

Parece que Annie se resignó a esta perspectiva, convencida de que ya no era posible hacer otra cosa.

- Brahim, al que amas tanto, ¿no te diría que te quedes con su hijo, que también es tuyo, a quien él amaba? Es este niño quien llevará la memoria de su padre. Él siempre será el hijo del que amas.
- Pero no soy capaz de mantener a un niño. Soy estudiante. Mis padres me dicen: no eres madura, eres solo una niña.
- ¿Una niña? Pero si sabes darle la bienvenida, tu hijo te hará crecer, te hará madurar. Depende de ti, de nadie más. Tómate un tiempo para pensar.

Por la noche, recibí una llamada telefónica. De vuelta a casa, Annie no había ido a la clínica. Así que los padres querían verme lo antes posible. Estaban divorciados, y, por una vez, estaban de acuerdo. Los cité a ambos.

– Monseñor... Siento este llamado como una forma de poner distancia: métase en sus asuntos, no se entrometa en los nuestros. Es absolutamente necesario que nuestra hija aborte. Es una niña. Ella tendrá la oportunidad de reconstruir su vida. Usted sabe, no somos racistas, pero... no podemos criar a ese niño.

Última palabra. Prescindieron de la necesidad de elegir. Han matado la libertad. Annie finalmente tuvo un aborto. Quince días después, volvió a verme. Su rostro ya no era el mismo. Era el de una mujer marcada por las penurias. Ella me compartió lo que guardaba como secreto:

- Usted sabe... abortar es lo peor que se le puede hacer a una mujer. Ahora tengo que pasar página.
- La vida es fuerte. Volverás a amar y a encontrar la alegría de vivir. Avanza y serás libre.

Annie encontró un pequeño trabajo en un “restaurante del corazón”. Quería servir. La visité. Ella era muy amable con los pobres, les daba la bienvenida y los guiaba a su mesa. A la gente le caía bien. Volvió a la vida, poco a poco. Siempre que la miraba, estaba sirviendo, y me daba una pequeña sonrisa de connivencia. Sin embargo, un día, se fue como un pájaro tomando vuelo. No se supo a qué lugar. Annie tal vez volvió a nacer.

Morgan

El responsable de prensa que me trajo a Estrasburgo para la presentación de un libro me invitó a tomar un café en la terraza de la antigua fábrica de cerveza. La plaza de la catedral estaba salpicada de sol. En esa tarde de primavera, los turistas eran numerosos. De repente, un joven se deslizó entre los clientes y caminó hacia nosotros. Cuando llegó a nuestra mesa, flexionó su rodilla para llegar a mi altura. Su rostro reflejó felicidad:

—Monseñor, soy el más feliz de los hombres porque esta noche nació mi primer hijo. Su nombre es Morgan. Si pudiera venir y bendecirlo en casa, sería maravilloso.

Este hombre irradiaba alegría, y quería compartirla. Pero, ¿no le correspondería a él bendecirme, él que acababa de descubrir el impulso de la felicidad de ser padre? De repente, ha visto el mundo bajo una nueva luz para participar de la amabilidad creativa. Este hombre de rodillas frente a mí se convirtió de pronto en adulto. ¿Por qué me necesitaría a mí y a mi bendición? Recuerdo que una mañana, en el metro, estaba sentado mirando las caras serias y cerradas de mis vecinos. Todos y cada uno llevaban su secreto. Entonces, en una parada, un gran hombre negro se levantó y se dirigió hacia mí.

— ¡Dios lo bendiga!, me dijo, mientras se acercaba a mí antes de bajar. Algunas personas volvieron a la vida. Uno de ellos señaló:
— Confunda los papeles, ese. Dependería de usted bendecirlo.

Le respondí: “Creo que es genial que me haya bendecido”. De hecho, mi día lo pasé bajo el símbolo de esa bendición.

Pero aquí, soy yo quien está llamado a bendecir, a dar una nueva dimensión a su felicidad. Lo enriquezco de Dios, del Dios que abre las puertas de la vida. Sí, iré a su casa, bendeciré a su hijo y a su familia. Diré las palabras de esperanza y paz que marcarán su camino.

— ¿Vives lejos de aquí?
— A pie, diez minutos.

Dirijo mi mirada hacia el oficial de prensa que tiene todo el poder sobre el horario. Pero decide:

— ¡No! Es hora de ir a la conferencia.

Estoy buscando una solución a toda costa.

- Si esto no es posible ahora, ¿tal vez podría escaparme después de la conferencia?
- No. Solo tendrá tiempo para volver al tren.
- Al ver mi problema, el joven fue en mi ayuda:
- Si no puede venir a mi casa, escriba la bendición en un pedazo de papel. Su palabra será suficiente.

Cuando escucho estas palabras, me lleno de admiración. No conozco el nombre de este hombre, no sé nada de su vida, pero ¡qué confianza! ¡Qué fe! Su actitud me recuerda la de aquel oficial romano que fue a buscar a Jesús:

- Mi hijo está gravemente enfermo.
- Jesús le dijo:
- Iré a curarlo.

“No”, respondió el oficial, “no te molestes. No te molestes en venir a mi casa. Di una palabra y mi hijo será sanado”.

Y el niño fue sanado a tiempo, concluye el Evangelio. A este hombre le hubiese gustado que yo vaya su casa para poner mi mano sobre Morgan y escuchar mi bendición; pero, por el momento, tomé la hoja en blanco, que me trajo un camarero, y escribí rápidamente sin rebuscar palabras.

Las oraciones se suceden. Fue una profunda bendición que servirá a Morgan toda su vida y recaerá sobre su familia. Le entregué la hoja al padre de este niño a quien nunca conoceré. Él la agarró feliz y desapareció entre la multitud.

Las sorpresas de Dios

Rudy y Annie fueron puestos a prueba y la pasan sin ser aplastados por ella. La vida es dura. No desaparece, sino que va surgiendo como brotes de primavera. Ambos testifican que no hay vida

perdida cuando amas. Nadie sobrevive a la falta de amor. Annie y el padre de Morgan no hacen un llamado a la institución, recurren a alguien que creen que está fuera de los canales habituales.

José, como el padre de Morgan, estaba consciente de la importancia de la bendición. La Biblia testifica las bendiciones de Dios en la historia de su pueblo, desde Abraham, que estaba lleno de ellas, hasta María cantando su gratitud por el increíble don de Dios. Las promesas divinas siempre se cumplen, de una manera que sorprende, porque se cumplen mucho más allá de lo que podríamos haber concebido o imaginado.

La plenitud del amor

Durante los años de Nazaret, me gusta pensar que Jesús llevó a María y José a la plenitud del amor. Así, José puede consolar a los misioneros de las sombras para que vivan una auténtica presencia humana. Una presencia humana que revela la ternura del amor de Dios: “Fuimos creados para una plenitud que solo se alcanza en el amor” (*Fratelli tutti*, 92).

Jacques Gaillot

Traducido por Soledad Oviedo C.

San José en la espiritualidad de las hermanas de San José de Cluny

Leticia Martínez Romero

De nacionalidad española, Leticia Martínez Romero es religiosa de la Congregación de San José de Cluny. Fue formadora de estudiantes, jóvenes y novicias, responsable de comunidades y superiora provincial. Ella continúa sirviendo a la comunidad de Hermanas mayores en Madrid.

El Papa Francisco dedicó el año pastoral 2020-2021 a san José. Nos parece que es un momento oportuno para revisar la figura de “San José en la espiritualidad de las Hermanas de San José de Cluny”.

Los *Anales históricos de la Congregación* lo cuentan.¹ El 20 de agosto de 1806, nuestra fundadora, Anne-Marie Javouhey y sus tres hermanas, así como varias jóvenes que se habían unido a ellas porque querían participar en su aventura espiritual, se reunieron para un acto, en sí mismo muy sencillo, pero que tuvo grandes consecuencias. Fue la inauguración de una pequeña capilla en la casa donde vivían, en Chalon,² y la presencia de Jesús en su Eucaristía, por primera vez, en el pequeño tabernáculo, en el corazón de este lugar.

El sacerdote celebrante, antes de bendecir la capilla, le pregunta a la joven fundadora: “¿Bajo qué advocación quieres colocar esta

1 *Anales históricos de la Congregación de San José de Cluny*, tomo I, cap. VIII, Imprenta Saint-Pierre, 1890, p. 87 (edición española).

2 Se trata de Chalon-sur-Saône. Esta casa estaba ubicada en un lugar llamado la Ciudadela, cerca de la Parroquia Saint-Pierre.

capilla?”. Debido a sus recuerdos de la Trappe de Valsainte, Anne-Marie dijo sin dudarle: “Bajo la advocación de San Bernardo, el santo del día”. El sacerdote se detiene por un momento y le sugiere: “¿Y, por qué no de san José?”.

Anne-Marie siente algo fuerte en su corazón. Recuerda esta visión de Santa Teresa en Besanzón, en la que le prometió protección para su familia religiosa. Santa Teresa tenía una gran devoción por san José, a quien constantemente se encomendaba.³ Anne-Marie sintió una inspiración luminosa, como una *indicación especial* que venía del cielo. Con alegría, rápidamente asintió con la cabeza a la pregunta del sacerdote: “Sí, san José”.

José, nuestro santo patrono

Desde ese día, san José es nuestro santo patrono, nuestro padre y protector como le gustaba decir a Santa Teresa.⁴ Sabemos que tomó las riendas de nuestra familia religiosa. Nos guía, nos protege, nos ayuda en todas las dificultades. A menudo actúa como un banquero *providencial*. Su nombre se estaba difundiendo en nuestras comunidades. Su devoción y sus celebraciones han sido fijadas en nuestras Reglas de Vida desde el principio y repetidas en todos los documentos promulgados por los sucesivos Capítulos Generales de la Congregación.

Pero más profunda, y difícil de definir, es la influencia *espiritual* de san José en la Congregación y en cada una de nosotras. Desde nuestra madre fundadora, desde sus tres hermanas, una influencia espiritual, que proviene de san José, sigue marcando el espíritu y el estilo de nuestra vida. A veces discretamente, como san José, y en ocasiones, de una manera más notable, todas hemos recibido, desde nuestra entrada en la Congregación, una bendición

3 Santa Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*, cap. 6, 6-7.

4 *Ibíd.*, c. 33, 12.

especial de este gran santo que nos lleva de la mano a lo largo de nuestra vida.

¿Cómo podríamos definir su influencia luminosa en la espiritualidad de las hermanas de San José de Cluny? No hay nada mejor que repasar los pensamientos de nuestra bendita madre fundadora, sus cartas, la historia viva de la Congregación.

A lo largo de los años, la Congregación ha publicado obras que contienen sus pensamientos. Por lo general, se toman de sus cartas. Fue en 1954 cuando se publicó el primer libro.⁵ Naturalmente, el nombre de san José aparece a menudo:

Confío en san José, me siento feliz y tranquila.⁶ Imitemos las virtudes de nuestro buen padre san José: su humildad, su paciencia; son los más necesarios.⁷ A veces me encuentro involucrada en tantas dificultades que no sé cómo salir de ellas; apelo a mi buen padre san José, con firme confianza, y me viene un buen pensamiento que no había tenido, se abre una puerta y allí me salvo.⁸

Vemos que nuestra fundadora tenía una inmensa confianza en san José. Esto es algo que hemos recibido de ella y que es propio de la Congregación.

Además de la confianza, nuestra bendita madre también enfatiza las virtudes de la humildad y la paciencia, que de ninguna manera significan pasividad. De hecho, se necesita más fuerza para ser humilde y paciente que para enojarse. La paciencia y la humildad de san José son virtudes comprometidas que nos llevan a amar, perdonar, olvidar y devolver el bien por el mal. Nos ayudan a mantenernos en paz y a dar siempre el primer paso hacia quien nos puede ofender en cualquier cosa. Anne-Marie a menudo con-

5 Anne-Marie Javouhey, *Pensamientos para todos los días*, París, 1954.

6 Anne-Marie Javouhey, *carta* 946.

7 Anne-Marie Javouhey, *carta* 100.

8 Anne-Marie Javouhey, *carta* 1054.

templaba estas virtudes en san José. Vivió con una fuerza incansable. Sufrió una gran y triste persecución. Ella la vivió con santa paciencia, paciencia activa que sabe perdonar y bendecir.

En 1994, un segundo libro nos ofrece una nueva sorpresa.⁹ Recorremos sus páginas con un verdadero deseo filial de conocer e imitar a la única que Dios nos dio como madre:

Nuestro buen padre, san José, usa a sus buenos amigos para protegernos. Pongamos en él toda nuestra confianza; él será nuestro protector ante Dios, él nos librará de las trampas del maligno.¹⁰ Tengamos confianza, san José sabrá cómo encontrar los temas que la obra de Dios necesitará.¹¹ Les ruego que no vayan más rápido que la Providencia, que quiere ser secundada y no anticipada... Oren, oren mucho, pongan todo en las manos de María y José, y luego duerman en paz.¹²

En muchas ocasiones, encontramos las mismas palabras o ideas que en el primer libro. Sin embargo, hay algunos matices que deben tenerse en cuenta.

Así, una nueva idea refleja la forma de ser de nuestra fundadora. Sabía cómo *obtener ayuda* confiando en las personas que la rodeaban. Ella piensa que san José también tiene buenos *amigos* y que, como ella, él será capaz de animarlos para que la Congregación pueda avanzar a pesar de los obstáculos, dificultades y contratiempos. Es una orientación que nos ha sido legada para que podamos hacer lo que ella hace: dejarnos ayudar y confiar todo a san José.

Hoy en día, este es otro aspecto muy importante, al menos en el mundo occidental, en donde el declive de las vocaciones puede

9 *A lo largo de los días con Anne-Marie Javouhey*, París, 1994.

10 Anne-Marie Javouhey, *carta* 100.

11 Anne-Marie Javouhey, *carta* 1079.

12 Anne-Marie Javouhey, *carta* 501.

hacernos caer en el desánimo o la desconfianza. Nuestra fundadora nos da este consejo muy fuerte: “Confíen, nuestras obras necesitan hermanas. No tengan miedo, san José sabrá encontrar algunas, porque él protege esta obra de Dios. Confíemos en *él*”.

Con su buen humor, nos pide que pongamos nuestras preocupaciones en las manos de Jesús, María y José, y que durmamos tranquilamente. “No todo lo que nos perturba viene de Dios”, repetía Anne-Marie con confianza.

Nuestra fundadora era activa, valiente e intrépida. Ella iba hasta el final de lo que hacía cuando estaba convencida de que esa era la voluntad de Dios. Segura de la ayuda del cielo, nos repite muchas veces en sus cartas: “Con la ayuda de Dios, María y José, ¿qué no podríamos hacer?”.

Al final de una de sus cartas, en vísperas de un viaje a Guyana en diciembre de 1835, se despidió de sus hijas con esta recomendación: “Les dejo bajo la protección de nuestro buen padre san José y de la Santísima Virgen que les consolará en todas sus penas y ablandará toda su amargura”. Eso era lo que estaba viviendo en ese momento difícil de su viaje misionero.

Dos años antes de su muerte, Anne-Marie les dijo a todas las hermanas esta convicción que quería dejar grabada en la Congregación: “Puse mi confianza en san José. Estoy feliz y tranquila”. Unos meses más tarde, repitió:

Pónganse bajo la protección de san José; él nunca les fallará en sus necesidades y les revelará el fundamento de su esperanza: confiemos en nuestro buen padre san José; él defenderá nuestra causa ante su querido Jesús.

San José fue el padre adoptivo de Jesús. Lo protegió durante toda su infancia, de joven, de adulto. No solo lo protegió, sino que lo amó con todo su corazón, con toda su alma, con todo su ser.

Anne-Marie estaba segura de que Jesús no podía negar nada al inmenso amor de san José cuando le pedía algo.

Y esta inmensa confianza en san José debe habitarlos no solo en momentos de alegría y esperanza, sino especialmente en aquellos tiempos de persecución que, como una fuerte tormenta, amenazaban a nuestra familia religiosa y a la propia madre fundadora:

¿Qué les puedo decir? El diablo está en medio de una batalla contra nosotros, pero san José no le pierde de vista. Nuestro buen padre san José le dijo a María: ¿Dejaremos que nuestras hijas perezcan? ¿Quién cuidará de nuestros pobres negros? Vamos, confiemos este asunto a Jesús; y, en mi corazón, me dijo: Confía, confía, no temas a los hombres, son impotentes; trabaja para perfeccionar el trabajo que te encomendé cuando eras solo una niña. ¿Alguna vez te he dejado en la necesidad?¹³

José en las cartas de Anne-Marie Javouhey

Repasando las 1135 cartas publicadas en 1994,¹⁴ podemos entender cómo está grabada en el corazón de la Congregación la confianza en nuestro buen padre san José, expresión repetida varias veces en esta correspondencia. A lo largo de los doscientos años de historia de nuestra Congregación, esta confianza filial, constante y segura en san José, siempre ha sido la característica de la espiritualidad propia de nuestra familia religiosa.

Esta confianza es como la lluvia fina y constante que penetra profundamente en la tierra de la Congregación. Se expresa en todos sus aspectos: la misión, la vida espiritual de las hermanas, la promoción vocacional, pero también en aspectos materiales como la protección en los viajes, la salud e incluso las necesidades financieras.

¹³ Carta del 9 de junio de 1847.

¹⁴ Anne-Marie Javouhey, *Correspondencia*, París, Cerf, 1994.

No podremos mencionar todas las citas que surgen a este respecto. Sin embargo, podemos tomar algunos extractos de sus cartas debido a la importancia que tuvieron en los primeros días de la Congregación y hoy en día. Entre 1798 y junio de 1833, Anne-Marie Javouhey escribió:

Que nuestro buen padre san José nos apoye; lo necesitamos mucho.¹⁵ Adiós, querida hija mía, te dejo en las manos y bajo la protección de nuestro buen padre san José, y le insto a que te ayude en todas tus necesidades.¹⁶

Entre agosto de 1833 y mayo de 1843, escribió a una superiora: “Su carga es muy pesada, pero Dios está allí con nuestro buen padre san José para ayudarla”.¹⁷ En agosto de 1843 y mayo de 1848, cuando se le pidió más hermanas para las obras, dijo:

El Espíritu Santo lo iluminará y san José nos las dará.¹⁸ Querida hermana, has pedido cuatro (hermanas) y recibirás cinco porque san José vio tu angustia y vino en nuestra ayuda.¹⁹

A una superiora que sufría por una hermana enferma, le escribió:

Cálmese... Póngala bajo la protección de nuestro buen padre san José, haga una novena con ella y con las hermanas, y crea que él la sanará para su fiesta.²⁰ En todas partes tendremos el mismo espíritu... los miembros formarán una sola familia en la que san José será el padre y María la madre general.²¹ Si san José no viene en nuestra ayuda, el año 1850 será difícil. A pesar de todo, mi confianza vence el miedo.²²

15 Anne-Marie Javouhey, *carta* 89.

16 Anne-Marie Javouhey, *carta* 358.

17 Anne-Marie Javouhey, *carta* 495.

18 Anne-Marie Javouhey, *carta* 634.

19 Anne-Marie Javouhey, *carta* 662.

20 Anne-Marie Javouhey, *carta* 836.

21 Anne-Marie Javouhey, *carta* 941.

22 Anne-Marie Javouhey, *carta* 945.

Es fascinante leer sus cartas que cavan un pozo de inmensa esperanza, alegría, gratitud a Dios y fortalecen una devoción a san José que quizás aún no habíamos descubierto completamente hasta ahora. Pero todavía tenemos una parte que explorar.

Ya no se trata solo de profundizar la devoción a san José y la influencia que este buen padre tuvo sobre nosotras en los primeros años de la Congregación. Debemos mirar los nuevos tiempos, el futuro de nuestra familia religiosa, a la luz de los importantes documentos que han regido nuestras vidas desde el principio, a lo largo de los años —y siglos— que han pasado. En otras palabras, ¿san José continúa influyéndonos hoy en día? ¿Nos prepara para el futuro?

Como toda familia numerosa que busca un lema que resuma su ideal, en nuestra Congregación, aunque nunca se ha considerado importante, sino simplemente como *familia religiosa*, tenemos este ideal que sintetiza lo que queremos ser. Lo encontramos al final del capítulo I de las Constituciones de 1924 donde se puede leer:

Como resultado de su dedicación y consagración, el instituto adopta como emblema distintivo los Sagrados Corazones de Jesús y María, y la imagen de san José que tiene, por un lado, el Divino Niño, y, por el otro, un lirio con este lema: *Cor unum et anima una cum beato Joseph in cordibus Jesu y Mariae*.²³

El libro de las Constituciones concluye alentando a las hermanas a cumplir los deberes para con el instituto y con sus miembros. Así se hará realidad para todos sus miembros el lema de la Congregación: “Un solo corazón y una sola alma, con el beato José, en los corazones de Jesús y María”.²⁴

²³ *Constituciones*, 1924, p 10, No 4.

²⁴ *Ibid.*, p 138, No 294.

San José y el presente de la Congregación

La Congregación de San José de Cluny nació hace más de doscientos años. Ha recorrido un largo camino y se ha esforzado por ser fiel a nuestros orígenes, al Evangelio, a la Iglesia y al mundo de hoy. Cada día, cada año, cada etapa es *el hoy* que cada una de nosotras vive, somos hermanas de la Congregación. Pasamos ahora a las *Constituciones de hoy*. Fruto de sucesivos Capítulos Generales que se celebran cada seis años, nuestros textos evolucionan según la voluntad de Dios. Él siempre nos habla a través del Evangelio, la Iglesia, los gritos y los cambios de nuestro mundo. Esto nos desafía y espera que demos respuestas.

A lo largo de esta ruta, hay un espíritu que no cambia, un estilo de vida que mantiene la unidad en la diversidad en cada país, en cada situación humana, en las diferentes periferias de este mundo al que amamos y queremos servir. Este elemento que nos une, aunque lo expresemos de diversas maneras, es que somos hijas de nuestro “buen padre san José”. Lo miramos a él en nuestras necesidades. Confiamos en él y nos ponemos bajo su protección. Después de tantos años, seguimos leyendo:

San José es el santo patrono de la Congregación. Las hermanas aprenden a vivir en la intimidad de Jesús y María, a valorar la grandeza y el valor santificador del trabajo.²⁵

Y el texto de los *Mandamientos* nos lo recuerda:

En un espíritu de confianza y gratitud, honramos y celebramos las fiestas del Sagrado Corazón, de la Santísima Virgen, de san José y de la beata Ana María, uniéndonos con nuestras hermanas en el espíritu del “*Cor Unum*”.²⁶

25 *Constituciones*, 1983, p 15. Estas son las constituciones actuales.

26 Capítulo General, *Mandamientos*, 2018, p 3.

Es como una idea santa fija, es una luz que persiste y permanece durante siglos en la espiritualidad de la Congregación, ese deseo permanente de imitar a san José de una manera particular. Buscamos incansablemente unir la vida interior con la actividad apostólica y misionera. A medida que aprendemos de él, de María y Jesús, seguimos siendo “discípulos misioneros, con María y con José”.

En tiempos difíciles, que son frecuentes, buscamos la mejor manera de vivir la paciencia amable, humilde y alegre siempre, porque la confianza vence al miedo. San José continúa animándonos a ser como él: sencillas, buenas trabajadoras, disponibles para trabajar en cualquier lugar y en cualquier momento. Basta con que la obediencia nos lo muestre, después de un diálogo fraterno que aclara la decisión.

En el año 2000, una hermana de Saint-Joseph de Cluny termina su hermosa obra titulada *Un camino de santidad en la Iglesia* con este párrafo:

San José es, para Anne-Marie y sus hijas, lo que fue para María: presencia amorosa y reconfortante, eminentemente activa, pero tan discreta y oculta que es verdaderamente la sombra del Padre, sin jamás hacerle sombra.²⁷

Estos matices de presencia amorosa, activa, discreta y oculta, marcan verdaderamente la espiritualidad de las hermanas de la Congregación. Siempre tratan de estar cerca unas de otras, cerca de las personas y de los pueblos, una cercanía llena de sencillez y amor.

Activas y trabajadoras, sin hacer sonar la trompeta ni buscar aplausos, siempre aceptan lugares difíciles donde hay sufrimiento

27 Marie Suzel Gerard, *Un camino de santidad en la Iglesia. La espiritualidad de Anne-Marie Javouhey*.

y necesidad, donde hay dolor y límites de todo tipo. Esta obra discreta y silenciosa es a veces heroica. Al esforzarse por imitar la intimidad de san José con el Señor, las hermanas mantienen en la Congregación un celo ardiente al servicio de la misión.

San José, nuestro maestro espiritual

Llegamos a la Congregación por un llamado de Dios. Le decimos que sí. Caminamos con Él y nos entregamos a la misión por Él. No es posible que pensemos en Dios en todo momento, pero podemos, siempre con la ayuda de su gracia, amarlo en cualquier momento, viviendo y actuando por Él y sobre todo con Él.

San José es realmente un verdadero maestro en esta vida de presencia divina. Incluso antes de Belén, José contemplaba en silencio al Niño que iba a nacer. Sus ojos siempre estuvieron fijos en Jesús y en María. Su corazón, su afecto, su alegría siempre estuvieron en ellos. ¡Qué buen jefe tenemos! ¿Cómo no sentir su influencia?

Sin palabras, sin explicaciones doctrinales, sin discursos ni escritos, la vida interior de san José siempre ha sido para nosotras un verdadero espejo. La caridad y la humildad, junto a la fe y la esperanza, constituyen el trasfondo musical de su vida como san José. Nuestra madre Anne-Marie se enamoró de estas virtudes desde el momento en que ella lo llamó su conversión.

Anne-Marie vivió estas virtudes en un grado heroico y, siempre fiel a san José, dejó como herencia esta instrucción para todas las hermanas y para todos los tiempos. ¡La caridad y la humildad son las virtudes más necesarias! Un ideal espiritual que siempre se mantiene en la Congregación.

Asimismo, heredó de José la paciencia, una virtud fuerte y enérgica, una virtud para todas las ocasiones y para todos los

individuos y las comunidades; y esto ha conservado la Iglesia, en la oración de la misa de la fiesta litúrgica de Anne-Marie Javouhey:

Dios Todopoderoso, que otorgaste a la beata Anne-Marie la dedicación en todas las cosas para hacer tu voluntad y que forjaste su vigorosa alma de apóstol, concédenos el imitar su paciencia y caridad para trabajar con constancia a tu servicio.²⁸

Es por eso que una hermana de San José de Cluny, hija de san José, debe ser sencilla y amar el trabajo. Sencilla como una paloma, Jesús nos lo había dicho en el Evangelio, simple como san José. Es cierto que la sencillez no es fácil, requiere de un corazón claro, puro, sin resentimiento y sin amargura, que no tenga malos recuerdos. La verdadera simplicidad del alma se adquiere gradualmente: con el olvido de uno mismo, con la aceptación de los propios límites y de los demás. Sencillez en los pensamientos, palabras y actitudes. Es de esta simplicidad que Cristo habla cuando pide ser como los niños.

En la Congregación, si somos fieles a san José y a nuestra fundadora, la falsedad, el orgullo y la jactancia no se mantendrán sobre nosotras. No habrá pereza ni negligencia en el trabajo. San José era un obrero que trabajaba con las manos. Una hermana de san José debe ser devota, fuerte, firme y constante. Ella sabe cómo trabajar de manera sencilla, aceptando el peso y el calor del día. Nuestro santo patrono nos anima a seguir sus pasos, a aplicarnos en nuestra misión como él se dedicó con corazón a la suya.

San José y el futuro de la Congregación

En definitiva, estamos conscientes de que vivimos tiempos especiales. La tentación de la tristeza y el desánimo está llamando

²⁸ Ritual de la misa en la fiesta de la beata Anne-Marie Javouhey.

a nuestra puerta; pero, como hermanas, confiamos en nuestro buen padre José. Impulsadas por el viento del Espíritu que hace que todas las cosas sean nuevas, apoyadas por la Iglesia, especialmente por esta Carta Apostólica del Papa Francisco, miramos el presente y el futuro llenas de esperanza en Dios, quien guía la historia de nuestra Congregación.

Leticia Martínez Romero

Traducido por Soledad Oviedo C.

Espiritualidad de la Congregación de Josefinos de Murialdo

Raúl González Puebla

El P. Raúl González Puebla, ecuatoriano, licenciado en Psicología educativa en la PUCE / Quito y en Teología fundamental en la Universidad Gregoriana de Roma, doctor en Teología en la PUCE / Quito, es docente de filosofía y teología en la Universidad Politécnica Salesiana de Quito; actualmente es el superior provincial de la Congregación de los Padres Josefinos de Murialdo en Ecuador y Colombia.

El nombre oficial es *Congregación de San José*, pero nos llaman: *Josefinos*. En esta congregación religiosa, fundada por san Leonardo Murialdo, hacemos votos y promesas de vivir lo más cerca posible de Jesús pobre, casto y obediente, en una comunidad de hermanos y de sacerdotes, para ser testigos del amor misericordioso de Dios y del Evangelio en el mundo.

Por espiritualidad, en los términos más amplios, entendemos la orientación fundamental de la existencia que inspira, da sentido y mueve las convicciones profundas y las actitudes internas de la conducta.

¿Quiénes somos?

La Congregación de San José nació de la vida de fe y de amor al prójimo necesitado, de san Leonardo Murialdo (1828-1900), y fue fundada en Turín el 19 de marzo de 1873 en el Colegio de los Artesanitos en donde Murialdo era rector. Esta institución tenía

como finalidad asistir, educar cristianamente y preparar para el trabajo profesional a los jóvenes pobres, huérfanos y abandonados.

Murialdo, en este contexto educativo y animado por su anterior experiencia apostólica con los jóvenes de las periferias de Turín, luego de un largo discernimiento, da inicio a la congregación el 19 de marzo de 1873 con la finalidad específica, como dice la primera Regla, de dedicarse a la educación cristiana de los jóvenes pobres, huérfanos o abandonados.

Como titular, patrono y modelo de la congregación fue elegido *san José*, el humilde artesano de Nazaret, por ser el educador ejemplar de Jesús. De él la congregación aprende la pedagogía que encuentra su síntesis en la caridad evangélica y el estilo de vida, hecho de comportamientos y actitudes personales y comunitarias, que se compendian en las virtudes de humildad y caridad.

La congregación fue aprobada por la Sede Apostólica el 17 de junio de 1897 y las Constituciones el 1 de agosto de 1904.

Después de la muerte del fundador, el 30 de marzo de 1900, la congregación se abre a las misiones en el exterior: Libia, a los países de América Latina, a otros países europeos, Estados Unidos, África y Asia.

En su camino, la congregación profundizó algunos aspectos de su vida, en particular de su espiritualidad y de su pedagogía, teniendo como punto de referencia los escritos del fundador, especialmente su *Testamento espiritual*. En este documento, dejado expresamente a sus hijos espirituales, Murialdo exhorta a hacer del amor infinito, tierno y misericordioso de Dios la fuente de la propia vida espiritual y apostólica, y el objeto de su predicación.

Con las indicaciones del Concilio Vaticano II, la congregación, en el Capítulo Especial de 1969, reforma su legislación. Las nuevas Constituciones, enriquecidas por el espíritu de la tradición de

la congregación, fueron aprobadas por la Sede Apostólica el 8 de diciembre de 1983.

Hoy, la congregación se siente llamada a vivir y testimoniar el amor misericordioso de Dios en la Iglesia, dedicándose a la promoción humana y cristiana de los jóvenes pobres, abandonados y necesitados de formación moral, humana y social.

La actividad educativa se desarrolla a través de varias obras según las naciones en las que trabaja y las situaciones sociales y eclesiales en las que se encuentra, como las escuelas, los centros de formación profesional, las casas de familia, los oratorios, los colegios, las misiones. También las parroquias, no comprendidas en el proyecto inicial, han entrado a formar parte de la actividad apostólica por voluntad del Papa San Pío X (1909). Ellas, sin embargo, en cuanto parroquias josefinas, asumen un estilo específico por la importancia dada a la pastoral juvenil.

La congregación, que comprende cerca de 600 miembros, trabaja actualmente en cuatro continentes: en Europa (Italia, España, Albania y Rumania), en África (Sierra Leona, Guinea Bissau, Ghana, Nigeria y Benin), en América (Brasil, Ecuador —donde se encuentra también un vicariato apostólico en la misión del Napo—, Argentina, Chile, Estados Unidos, Colombia y México), y en Asia (India).

Con todas las otras realidades eclesiales que se inspiran en el carisma de la congregación y con los laicos que participan de él, las Hermanas murialdinas de San José, el instituto secular San Leonardo Murialdo, los laicos de Murialdo, los exalumnos, las madres apostólicas y otros, se han constituido en la *Familia de Murialdo*, en la cual los miembros, según su vocación específica, viven algunos aspectos espirituales y apostólicos del carisma de la congregación, en el espíritu de una eclesiología de comunión.

El logo de la congregación está formado por las letras iniciales de *Iesus, Maria, Ioseph –IMI–*, dentro de una línea oval circundada por rayos; este hace alusión a la unión íntima de la Sagrada Familia de Nazaret.

La sigla con la cual la congregación se identifica es: *CSJ (Congregatio Sante Joseph)*, a la cual se suele agregar la indicación: *Josefinos de Murialdo*.

El carisma josefino

El carisma configura un tipo particular de espiritualidad, vida, apostolado, tradiciones y contenidos que constituyen sus aspectos fundamentales, pero no exclusivos, y que indican el modo de vivir y el seguimiento de Cristo: votos y vida comunitaria, vida de oración. En el caso de los josefinos, en el caminar histórico de la Iglesia, ha nacido, como fruto del Espíritu, la Congregación de San José que tiene origen en el carisma de san Leonardo Murialdo, participado y vivido por los hermanos. Se concreta en un estilo de vida y de acción que en la Iglesia la distingue de otras familias religiosas que tienen la misma misión apostólica.

En la Regla de la Congregación de San José (*Origen y Carisma XXI*) encontramos que *el núcleo central del espíritu de la congregación está en vivir, en humildad y caridad, según el ejemplo de san José, la respuesta al amor actual, infinito, personal y misericordioso que Dios tiene para cada hombre*.

Los aspectos fundamentales del carisma josefino se resumen en los siguientes:

a. El amor misericordioso de Dios

Las Constituciones n.º 4 nos dicen: Fieles al carisma que el Espíritu ha otorgado a L. Murialdo, los hermanos viven su vocación con la

seguridad de que Dios los ama primero, de modo infinito, actual, personal y misericordioso, y que Él guía toda su existencia.

En sus reflexiones, especialmente en su *Testamento espiritual*, a la luz de la Sagrada Escritura, Murialdo considera que el amor de Dios es eterno, infinito, gratuito, personal; amor que toma una característica particular, la misericordia que se manifiesta en la ternura, semejante a la de una madre, con la paciencia y con la generosidad que no conoce límites. La misericordia es la *calidad* del amor de Dios.

Esta convicción, los josefinos la viven abandonándose con confianza en la Divina Providencia, en la búsqueda constante de la voluntad de Dios y en su pronta obediencia.

b. La respuesta al amor misericordioso de san Leonardo Murialdo

En el *Testamento espiritual*, Murialdo expresa: *Dios me ama. ¡Es verdad! ¡Qué consuelo! Él me ama con un amor tan grande, tan perfecto que es igual al Él, infinito, eterno... Y yo, ¿cómo debería amarlo? ¡Debería amarlo con un amor infinito! Pero yo no tengo un amor tan grande; entonces, te amaré, con todo mi ser.*

Sintiéndose amado por Dios, Murialdo trató de corresponder al amor de Dios con una vida de santidad, buscando y cumpliendo diariamente la voluntad del Padre, abandonándose confiadamente a su divina Providencia, que no conduce al desinterés o a una actitud meramente pasiva, sino que lleva a la acción que implica libertad y responsabilidad para vivir la fe, la esperanza y la caridad, en un compromiso personal serio y una participación activa a la gracia divina, con convicción y acogida generosa que le hace exclamar: *nuestro futuro está mejor en sus manos que en las nuestras.*

Murialdo fue sensible a la acción de la divina Providencia no solo en su vida personal, sino también la vida de la Iglesia, de la congregación y de la sociedad. Aceptando la historia como la realización del plan de Dios, Murialdo no se encerró en sí mismo, sino que actuó con firmeza y propuso varias iniciativas en la vida eclesial y social.

La vida de fe de san Leonardo Murialdo y su confianza en la divina Providencia se pueden compendiar en su expresión: *estamos en las manos de Dios y estamos en buenas manos*.

c. La correspondencia al amor de Dios de los josefinos

A través de la experiencia personal de la bondad y la misericordia de Dios, Murialdo intuyó y vivió con íntima adhesión personal la gran verdad de que Dios nos ama primero, personalmente, en cada instante, de modo infinito y misericordioso. Esta verdad de fe la transmitió a sus hijos espirituales. En efecto, en su *Testamento espiritual* ha dejado, como primer deseo, que la Congregación de San José difunda el conocimiento del amor infinito, actual y misericordioso, que Dios tiene para todos los hombres, especialmente por los fieles y más por sus elegidos: los religiosos y los sacerdotes.

El carisma espiritual de Murialdo debe ser vivido por los josefinos como dice la Regla de la congregación: *El carisma espiritual y apostólico de L. Murialdo, participado y vivido por los hermanos, configura la identidad de la congregación en la Iglesia. Dicho carisma se manifiesta en una forma de vida y de acción que, en la Iglesia, la distingue de otras familias religiosas que también tienen el mismo fin apostólico* (Origen y Carisma XIX).

Por vocación, los josefinos están llamados no solo a creer en el amor de Dios con sus características: eterno, infinito, gratuito,

personal, sobre todo misericordioso, sino a vivir y difundir el amor misericordioso de Dios como alma de la consagración josefina, según el testimonio y la enseñanza dejados por Murialdo.

d. Anunciar el amor de Dios

Murialdo dejó a sus hijos el compromiso no solo de vivir la vocación animados y sostenidos por la certeza de que Dios nos ama en cada instante con un amor infinito, personal y misericordioso, sino también la tarea de difundir el conocimiento del amor infinito, actual e individual que Dios tiene a todos los hombres (*Test.*, p. 78).

El anuncio será eficaz si las palabras nacen de la convicción, de una vida construida sobre el amor a Dios y a los demás.

Dar testimonio y difundir el amor misericordioso de Dios en la comunidad consiste, ante todo, en hacer de la comunidad una familia en la cual todas las actitudes sean gestos de bondad que expresen y manifiesten la misericordia del Señor.

Los josefinos, como parte de su carisma, están llamados a dar testimonio y difundir el amor misericordioso de Dios en medio de los jóvenes pobres, ayudándoles a crecer en la fe y en la alegría de que Dios los ama personalmente. En el modo de relacionarse con los jóvenes, Murialdo aconseja la dulzura, la familiaridad y la paciencia para testimoniar la bondad y la misericordia de Dios.

Además de los miembros de la comunidad y de los jóvenes, con todas las personas que encuentra en su apostolado, a través de la catequesis, la predicación y la educación, el josefino debe anunciar y testimoniar con alegría el amor misericordioso de Dios para comunicar serenidad, confianza y esperanza para ayudar a encontrar el sentido de la vida.

e. Los signos del amor de Dios

La certeza de que *Dios nos ama* es una verdad de fe y, por tanto, debe ser objeto de nuestra oración. Para reforzar y para vivir con intensidad el carisma del amor misericordioso de Dios, Murialdo y nuestra tradición nos han dejado algunas devociones particulares: la devoción a la Eucaristía, a la pasión del Señor, al Sagrado Corazón, que son expresiones del amor infinito y misericordioso de Dios.

f. La educación cristiana de los jóvenes pobres, educándoles el corazón con el corazón

En las *Constituciones* n.º 44, se lee: *Desde sus orígenes, la congregación de San José tuvo en la Iglesia la misión específica de dedicarse a los jóvenes pobres, abandonados y más necesitados de ayuda y de educación cristiana. Fieles a este carisma, los hermanos siguen haciendo presente en la Iglesia el misterio de Cristo que ama a los pobres y bendice a los niños, prestando a este fin toda su atención y sus fuerzas sin reserva alguna.*

La dedicación a los jóvenes pobres tiene como finalidad la educación cristiana, es decir, aquella de llevar a los jóvenes a encontrarse con el Señor para ser amados por Él y corresponder a su amor siendo *buenos cristianos y honestos ciudadanos*.

El amor de Dios anima el celo por la salvación de los jóvenes, como lo expresaba Murialdo en una circular de 1898, parafraseando las palabras de san Juan Crisóstomo: *ne perdantur* (que ninguno se pierda).

El amor misericordioso, tierno y paciente de Dios lleva a amar a los jóvenes pobres con un estilo específico, caracterizado por la dulzura, la familiaridad y la paciencia. Lo mejor que tienen los jóvenes es el corazón y por eso hay que educarlo, pero hay que hacerlo con el corazón.

San José, patrono y modelo de la congregación

San Leonardo Murialdo puso a la congregación bajo la protección de **san José** por la gran veneración que profesaba al jefe de la Sagrada Familia, convirtiéndose en el modelo en el cual los **josefinos** deberían inspirarse, sobre todo, para vivir su consagración:

- Obediencia pronta a la voluntad del Padre, con espíritu de fe.
- Opción evangélica por una vida pobre, escondida y laboriosa.
- Espíritu de familia, vivido en la humildad, en la caridad y en la acogida hacia todos, especialmente hacia los más desfavorecidos.
- Dedicación a la formación de los jóvenes, a imitación de san José, que educó a Jesús.

En los documentos de la congregación, san José es presentado como modelo de virtudes como la castidad, la mansedumbre, la pobreza, el amor a Jesús y a María, pero, sobre todo, se subrayan las virtudes de la vida del josefino como la obediencia, la laboriosidad, la misión de educar y la intimidad con Dios. San José es la *regla viviente* de la vida contemplativa y activa, es ejemplo y estímulo para que todos los hermanos hagan de su existencia una perenne liturgia, ofreciéndose a sí mismos a Dios en el trabajo cotidiano con una fe sencilla y generosa.

Todas estas virtudes han sido vividas por san José con espíritu de *humildad* y *caridad* que constituyen el estilo de vida para los miembros de la congregación de San José.

Virtudes características: humildad y caridad

San José, en la humildad y en el ofrecimiento total de sí mismo (caridad), educó y custodió al Hijo de Dios. Iluminados por la vida de san José, la humildad y la caridad constituyen las virtudes características de la congregación.

El art. 6 de las *Constituciones* de la congregación sintetiza el contenido de estas dos virtudes: *La humildad les llevará a encontrar la alegría en la vida pobre y escondida. La caridad les ayudará a convertir cada comunidad en una familia semejante a la de Nazaret; a entregarse con todas sus fuerzas a los jóvenes necesitados y a promover la paz y la unidad entre todos los que colaboran a la venida del Reino de Dios.*

Vivir la *humildad* conduce a cada josefino a la aceptación de sí mismo, con sus cualidades y limitaciones, sin vanagloriarse ni deprimirse; significa, además, aceptar a los hermanos, a los superiores y a la congregación con una actitud de comprensión, de servicio y de diálogo.

La humildad lleva a la confianza en la divina Providencia, la perseverancia en las dificultades, la paciencia en las contradicciones y, en cada circunstancia, el sentido de gratitud al Padre, cuyos designios providenciales son acogidos con prontitud y realizados con alegría.

La segunda característica de la Congregación de San José es la *caridad* que tiene su triple dimensión: comunitaria, apostólica y eclesial.

La caridad se manifiesta, en primer lugar, en el amor a los hermanos y a la congregación. La comunión de amistad y de caridad, vivida sobre el modelo de la sagrada Familia de Nazaret y de las primeras comunidades cristianas, garantizará un ambiente acogedor y respetuoso donde se podrá decir: *qué bueno y qué hermoso es vivir los hermanos juntos.*

En su dimensión apostólica, la caridad hace que los josefinos, entre los jóvenes, sean *amigos, hermanos y padres* para ayudarlos a realizar el plan que Dios tiene para cada uno de ellos.

En la dimensión eclesial, la congregación conserva cordiales y fraternas relaciones con las otras congregaciones y con el clero diocesano, buscando siempre la paz y la unión.

Conclusión

El estilo de vida de san Leonardo Murialdo es una propuesta actual porque sale al paso de la sed de Dios que tiene el hombre y la mujer de hoy, especialmente los jóvenes. Murialdo, con su intuición de las tres dimensiones esenciales del amor de Dios, logró captar los verdaderos términos de la relación amorosa con Dios, con el hombre y con el mundo. Por ello, es una riqueza para la Iglesia, puesto que su espiritualidad y su carisma, como dones de Dios, ayudan a las personas a realizarse en el amor y al crecimiento del Reino de Dios; el mismo que se construye en las Comunidades de los padres josefinos, de las Hermanas murialdinas y del Instituto secular Murialdo. Alrededor de ellas ha nacido toda una familia de laicos: maestros, alumnos y exalumnos, madres apostólicas, grupos juveniles, voluntarios y otros, que se han enamorado y viven este carisma que hemos heredado con pasión y gratitud de san Leonardo Murialdo.

Raúl González Puebla csj.

Bibliografía

Fossati Giuseppe. *L'umiltà e la carità, virtù caratteristiche della Congregazione*. Viterbo, 1983.

Fossati Giuseppe, *Fedelli al dono de lo Spirito. Riflessioni sul carisma giuseppino*, Roma, Ed FOR-PER, 1986.

Fossati Giuseppe, *San Giuseppe, patrono della Congregazione*, Roma, Ed. FOR – PER, 1979.

Marengo Aldo, *Spiritualità di Leonardo Murialdo*, Italia, Tipografia Giuseppini, Pinerolo, 1979.

Regla de la Congregación de San José, *Constituciones*, Directorio, 2007, Roma.

Vita Consecrata. Exhortación Apostólica de Juan Pablo II, sobre la Vida Consagrada 1996.



*Parte
aparte*

Sinodalidad: ¿Nuevo horizonte para la cooperación misionera?

P. Sidnei Marco Dornelas cs

Misionero scalabriniano, el P. Sidnei Dornelas fue asesor de la Comisión especial para la Misión Continental de la CNBB (Brasil) entre 2010 y 2015, y, actualmente, es director del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA), en Buenos Aires.

El Papa Francisco viene introduciendo la “sinodalidad” como una nueva forma de comprender la Iglesia, en cuanto dinamismo de participación del Pueblo de Dios, pero también como forma de relación entre las propias Iglesias locales como el único Pueblo de Dios. El Sínodo de la Amazonía fue una de las oportunidades para que esta dinámica se pusiera en práctica, a través de un amplio proceso de escucha en el territorio de misión, resultando en la Asamblea sinodal en octubre de 2019. En el documento final, en su última parte, el futuro de la misión parece perfilarse a partir de este nuevo horizonte: el de la “sinodalidad misionera”. Desde esta nueva perspectiva, ¿sería oportuno repensar la “cooperación misionera”?

Cooperación misionera en la corriente de la historia

El documento *Redemptoris Missio* (RMi), que retoma el último capítulo del decreto conciliar *Ad Gentes* (AG), busca actualizar el imperativo de la cooperación misionera como obligación de todo cristiano bautizado. Haciendo eco al AG, la insistencia en el

“deber” del Pueblo de Dios de cooperar con la tarea de “la obra misional entre los gentiles” (AG 35ss) se reafirma 25 años después de la realización del Concilio, recordando las diferentes formas de “cooperar” y, de modo particular, el de suscitar vocaciones para las misiones. Es bien conocida la necesidad manifestada en la RMi de subrayar la permanencia de la vigencia de la misión a “los gentiles”, de evangelizar a los pueblos que aún no conocen a Cristo y de ayudar a sostener las llamadas “Iglesias jóvenes”. De hecho, parece difícil desconectar la acentuación e insistencia del “deber” de cooperación con la necesidad de apoyar económica y humanamente la formación de cuadros de institutos misioneros y mantener las estructuras de las misiones.

Por otro lado, la RMi (37) también muestra una aguda conciencia de los rápidos cambios globales que afectan no solo a la tarea misionera, sino también a las mismas formas en que se podría desarrollar la “cooperación misionera”. Si el propio Concilio se desarrolló en medio de un contexto de descolonización de los países del llamado Tercer Mundo, y la Iglesia vino a conocer un arduo debate sobre cómo pensar la misión en los años siguientes, la RMi parece vislumbrar el nuevo contexto de la globalización y del mundo poscolonial. La “cooperación misionera” se sitúa ahora en un horizonte de amplia movilidad humana, intensos intercambios culturales, la industria turística y la amplia difusión de los medios de comunicación social (RMi 82).

Asimismo, desde entonces, los países y territorios considerados como las grandes fronteras de la misión también han sufrido transformaciones rápidas y profundas. Paralelamente al avance en la explotación económica de sus recursos naturales, los países de América Latina, África y Asia atravesaban un creciente éxodo rural y una urbanización desordenada, junto con enormes inestabilidades políticas, sociales, culturales y religiosas. Al mismo tiempo, si bien la necesidad de acompañar estas transformaciones

exigió más misioneros y una mayor creatividad para dar respuesta a las nuevas necesidades, y buscar caminos para una efectiva inculturación de la fe, desde entonces los institutos y los proyectos de cooperación misionera, en su finalidad de enviar misioneros a estas nuevas frentes misioneras, comenzaron a enfrentar los límites de su expansión.

En Brasil, la evangelización de grandes territorios, como la “Amazonia Legal”, estuvo encomendada durante décadas a diferentes institutos misioneros vinculados a grandes congregaciones y órdenes religiosas. A partir de la década de 1960, sus misioneros no solo siguieron el avance en la ocupación humana de nuevos territorios, sino que también presenciaron la intensificación de la explotación de sus recursos naturales y la situación de violencia contra las poblaciones locales y los pueblos originarios. En este contexto, en 1972 se crearon órganos como el *Conselho Indigenista Missionário* (CIMI) y la *Comissão Pastoral da Terra* (CPT). También en estos años, la *Conferencia Nacional dos Bispos do Brasil* (CNBB) creó el proyecto “*Igrejas Irmãs*” como una forma de organizar la cooperación misionera entre las Iglesias particulares en Brasil, con el fin de satisfacer las inmensas y crecientes necesidades de la misión en el territorio de la Amazonia. Entre las motivaciones estaban no solo la realidad de los pueblos originarios frente al avance del capital sobre el territorio, sino también las inmensas oleadas de migración interna movilizadas por proyectos de colonización apoyados y financiados por el régimen militar de la época.

El proyecto “*Igrejas Irmãs*” tuvo un gran impulso en la década de 1970, como articulación nacional coordinada por la CNBB, pero perdió fuerza en la segunda mitad de la década siguiente, manteniéndose la cooperación misionera solo por convenios puntuales creados entre diferentes Iglesias locales. Sin embargo, la necesidad de misioneros permaneció y las debilidades de las viejas es-

estructuras misioneras para abastecerlos se hicieron más claras, lo que generó preguntas sobre cómo sostener la cooperación entre las Iglesias frente a los enormes desafíos de la Amazonia. Por otro lado, los esfuerzos por crear y mantener vocaciones locales estuvieron marcados por numerosas dificultades. No obstante, en este contexto, como búsqueda de una respuesta a los nuevos desafíos de la Amazonia, surgieron nuevas instancias de diálogo entre las Iglesias de la Amazonia y nuevas ideas para organizar la cooperación mutua, como los encuentros de los obispos de la Amazonia y de las diócesis de las fronteras amazónicas y, a partir de la década de 2000, la creación de la Comisión especial para la Amazonia por parte de la CNBB y el surgimiento de la Red Eclesial Panamazónica (REPAM).

En el siglo XXI, con la aceleración de estas transformaciones y al considerar el escenario más complejo de la tarea misionera, en donde la propia relación entre las Iglesias y los cristianos de diferentes orígenes exigía una nueva postura, la realización del Sínodo de la Amazonía, y su proceso de construcción más de cincuenta años después del Concilio, llegó a traer una nueva propuesta para situar el “deber” de la cooperación misionera. En el contexto de un mundo poscolonial, la propuesta de la “sinodalidad”, como una nueva forma de percibir y vivir la eclesialidad, ha traído nueva luz para resituar lo que entendemos por cooperación misionera.

Los desafíos del Sínodo de la Amazonía cuestionando a toda la Iglesia

Uno de los temas más controvertidos y difíciles debatidos durante la asamblea del Sínodo de la Amazonía fue la demanda de la ordenación de los llamados “*virí probati*”. En el amplio proceso de escucha previsto por el itinerario preparatorio, en varios pun-

tos de la Panamazonía, surgió como uno de los problemas más urgentes la dificultad de proveer ministros que puedan celebrar y acompañar pastoralmente a las comunidades. La verdad es que pequeñas comunidades de pueblos originarios, ribereños y campesinos, aisladas en el interior del territorio, así como en muchas de las periferias urbanas, pasaban meses o años sin tener acceso a la Eucaristía, cuando no estaban absolutamente privados de cualquier servicio de celebración o acompañamiento.

En el *Instrumento Laboris* elaborado con los resultados del proceso de escucha de las comunidades, ante esta carencia, se presentaron las siguientes propuestas: “c) *Las comunidades tienen dificultad para celebrar frecuentemente la Eucaristía por la falta de sacerdotes. ‘La Iglesia vive de la Eucaristía’ y la Eucaristía edifica la Iglesia. Por ello se pide que, en vez de dejar a las comunidades sin Eucaristía, se cambien los criterios para seleccionar y preparar los ministros autorizados para celebrarla*” (IL, 126). Y también: “2. *Afirmando que el celibato es un don para la Iglesia, se pide que, para las zonas más remotas de la región, se estudie la posibilidad de la ordenación sacerdotal para personas ancianas, preferentemente indígenas, respetadas y aceptadas por su comunidad, aunque tengan ya una familia constituida y estable, con la finalidad de asegurar los Sacramentos que acompañen y sostengan la vida cristiana*”. (IL 129)

Los debates fueron intensos en torno a estos hallazgos y propuestas, con varias manifestaciones a favor y en contra, ya sea durante las sesiones en el aula sinodal o en las repercusiones que se hicieron eco en los medios de comunicación, y en otros ambientes, por personas y colectivos que siguieron los trabajos del sínodo. Entre los argumentos de quienes se oponían a la propuesta también estaba el que retomaba la función de la cooperación misionera en la convocatoria y preparación de ministros para trabajar en los frentes misioneros; en este caso, las comunidades más alejadas del territorio panamazónico.

De hecho, el problema de fondo, como han subrayado algunos participantes en el sínodo, es la insuficiencia e incluso el agotamiento de los modelos anteriores que cumplían esta función, a través de los institutos misioneros y la cooperación misionera, de abastecer a comunidades de ministros capacitados para garantizarles la realización de las celebraciones y de acceso a la Eucaristía. También surgieron nuevas realidades de interacción cultural y nuevas modalidades de inculturación de la fe que plantearon desafíos a los modelos anteriores de ministerio. Otro factor de preocupación fue la multiplicación de innumerables Iglesias evangélicas no católicas en todo el territorio panamazónico, con el hostigamiento de misioneros del exterior que avanzaban aprovechando la debilidad de estas pequeñas comunidades y pueblos originarios.

De hecho, este debate quedó inconcluso y el párrafo 111 del documento final (DF), a pesar de señalar ya una orientación, apenas esconde las vacilaciones sobre el tema. Con una visión más amplia, la exhortación Querida Amazonia (QA) busca situar el tema en la perspectiva de la inculturación, invitando a un diálogo eclesial más amplio, más allá del territorio, en el sentido de pensar en la “inculturación del ministerio” (86-87). De hecho, la insuficiencia de la cooperación misionera en su tradicional tarea de dar vocaciones a los territorios de la actual Amazonia, los límites de las Iglesias locales para asumir la formación de nuevos ministros, y la necesidad de discernir nuevas modalidades de ejercicio de la tarea ministerial, han llevado a la urgencia de poner en común estos problemas, en pie de igualdad, para buscar soluciones locales para los territorios de la Amazonia, pero también consensuadas y aprobadas por toda la Iglesia, respetando su catolicidad.

Más profundamente, lo que se quedó claro en el debate en torno a los “*virī probatī*” es que el tema de la ministerialidad y su inculturación debe seguir siendo tratado de manera sinodal, más allá

de los dilemas locales sobre las insuficiencias de los modelos anteriores de cooperación y formación del clero autóctono. Surgió como nueva exigencia la necesidad que las Iglesias en la frontera misionera, en la Panamazonía, insertadas en el territorio, sean capaces de formular y exponer ellas mismas sus problemas, y buscar formas de superarlos utilizando sus propios medios y recursos, en diálogo, cooperación y comunión con todas las Iglesias, “*cum Petrus et sub Petrus*”.

¿La sinodalidad como un nuevo camino para la cooperación misionera?

Los desafíos de la ministerialidad en la Amazonia fueron puestos en el último capítulo del DF, sobre la “conversión sinodal”, que se abrió a los temas sobre la continuidad del camino emprendido, luego del evento de la asamblea sinodal. En este sentido, el texto de este capítulo señalaba a lo que se ha denominado “sinodalidad misionera”. Desde esta perspectiva, junto con todos los temas que conciernen a la experiencia del ministerio en la Panamazonía, se enumeran las propuestas para la creación de nuevas estructuras para que la Iglesia continúe su camino sinodal. Entre estas propuestas había la constitución de organismos eclesiales pos-sinodales, que resultó en la fundación de la Conferencia Eclesial Panamazónica, vinculada al CELAM, pero también la organización de una universidad en la Amazonia, de estructuras de comunicación al servicio de las Iglesias panamazónicas, la formulación y reconocimiento de ritos inculturados de los pueblos originarios, la confirmación de REPAM, como instrumento de vinculación y articulación, trabajo en red y seguimiento de proyectos de las Iglesias de la región.

Sin embargo, quizás más importante para repensar el camino sinodal entre las Iglesias y su mutua cooperación, como “sinodali-

dad misionera”, es la reflexión realizada entre los párrafos 89 a 92 del DF. La memoria del acontecimiento del Concilio de Jerusalén (Hechos 15) como paradigma del proceso sinodal, marcado simultáneamente por conflictos, escucha mutua, discernimiento y decisión común, entre Iglesias que viven nuevos desafíos en la frontera de la misión (Antioquía) y la Iglesia madre, responsable de la unidad de fe y sede de la autoridad común (Jerusalén), apunta a una nueva concepción de la cooperación. Iglesias interpeladas en su fe, y que buscan creativamente nuevos caminos y nuevas posibilidades, van a Jerusalén para discernir en comunión con otras Iglesias y avanzar en los procesos de inculturación de la fe, a proponer nuevas formas de organización y servicio, bajo la luz del mismo Espíritu. Y, así, alcanzar consensos: *“Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros (Hch 15, 28). Toda la asamblea recibió la decisión y la hizo propia (Hch 15, 22); luego hizo lo mismo la comunidad de Antioquía (Hch 15, 30-31). Ser verdaderamente “sinodal” es avanzar en armonía bajo el impulso del Espíritu vivificador”* (DF 89).

La cooperación misionera, en el horizonte de la sinodalidad, significaría poder situar el “deber” que insiste la AG, y que es reafirmado por la RMi, desde una perspectiva de comunión que renueve el sentido de la propia catolicidad de la Iglesia. En esta perspectiva, el tema de la “inculturación de la fe” no se restringe y es aislado en los territorios de misión, no es un tema que solo concierne a los “otros”, sino que es compartido por todos los que siguen el mismo camino de la fe. La audacia evangélica (DF 91) del proceso sinodal significaría orientar el camino de toda la Iglesia por los desafíos de sus periferias, desde las fronteras de la misión:

“Las verdaderas soluciones nunca se alcanzan licuando la audacia, escondiéndose de las exigencias concretas o buscando culpas afuera. Al contrario, la salida se encuentra por ‘desborde’, trascendiendo la

dialéctica que limita la visión para poder reconocer así un don mayor que Dios está ofreciendo” (Querida Amazonia 105).

Este es nuestro desafío, reconocer la “dialéctica” que se expresa en la heterogeneidad y discontinuidades de los procesos, en sus discrepancias y desajustes, en cada lugar y entre diferentes lugares. Ya sea en el proceso de escucha de la Asamblea Eclesial latinoamericana o del camino al próximo sínodo, los temas más difíciles vividos en la misión diaria, en sus periferias, están llamados a componer la agenda de discernimiento de todas las Iglesias en un camino común. En este caminar juntos, como Iglesia, la cooperación con la misión, a partir de ahora, no puede entenderse fuera de la dinámica del proceso sinodal.

Sidnei Marco Dornelas

La sinodalidad necesita conversión¹

Cardenal Óscar Rodríguez Maradiaga

Óscar Rodríguez Maradiaga, cardenal hondureño y arzobispo de Tegucigalpa, religioso salesiano, es pastor, líder eclesial y un reconocido intelectual de la Iglesia latinoamericana. Es doctor en Teología y doctor Honoris Causa de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Posee estudios avanzados de psicología clínica, psicoterapia, música sacra y eclesiología, entre otras disciplinas. Además, domina cinco idiomas.

Fue ordenado presbítero en 1970 y obispo 1978. En 2001 fue creado cardenal por el Papa Juan Pablo II. Es el primer hondureño en obtener esa dignidad. Fue presidente de Cáritas (2007-2015) y del CELAM (1995-1999). Ha sido reconocido por su lucha contra el narcotráfico y la corrupción. También por su compromiso con los derechos humanos. En el Vaticano ha ocupado diversos cargos. Desde 2013, su creación, es coordinador del Consejo de Cardenales, más conocido como el “Grupo de los Siete”. Preside, además, el Consejo Directivo de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe. Su amplia trayectoria pastoral, lo hace ser un gran conocedor de la Iglesia latinoamericana y de la vida vaticana. Esto le permite opinar sobre el acontecer eclesial de un modo informado y profundo.

La Asamblea Eclesial

¿Cómo nace la idea de la Asamblea Eclesial?

El origen de la propuesta fue en la Asamblea ordinaria del CELAM, que se realizó en Tegucigalpa (Honduras), el año 2019. Entre las propuestas que hicieron los participantes estaba la reforma del CELAM y la necesidad de hacer la Sexta Conferencia

1 Se publica esta entrevista del *Boletín Amerindia*, No 275, con autorización de Amerindia (14/06/2021).

General del Episcopado Latinoamericano, pues se había pensado que cada diez años se la haría. La nueva directiva del CELAM hizo esta propuesta al Papa quien la negó de inmediato porque aún no estaban maduros los tiempos y porque había muchas asignaturas pendientes desde Aparecida.

Por su cercanía con el Papa, ¿usted sabe qué estaba pensando Francisco?

Él estaba pensando que las propuestas básicas de Aparecida, la Iglesia misionera y la Misión continental, no se habían implementado lo suficiente. En realidad, ha sido así casi siempre. Estos documentos tan importantes de la Iglesia, muchas veces, quedan solo como material de biblioteca. De hecho, el año pasado se hizo un estudio y Aparecida ya no estaba en las librerías. Además, muchos de los nuevos obispos nombrados, desde el 2007 hasta este año, llegaron sin conocer para nada sobre las conclusiones de ese encuentro. Y por eso el Papa dijo: “piensen otra cosa”. En eso salió lo de la Asamblea Eclesial, precisamente inspirada en la reforma que se está haciendo del CELAM. También surgió el tema de la sinodalidad, que es una de las líneas de fuerza del pontificado del Papa Francisco.

Actualización eclesiológica

¿A qué modelo eclesiológico responden esas líneas?

Es siempre la eclesiología del Vaticano II, el Pueblo de Dios, que no es simplemente la jerarquía, sino que esta es parte del Pueblo de Dios. Si vemos *Lumen Gentium*, el primer capítulo es el misterio de la Iglesia y el segundo no es la jerarquía, sino el Pueblo de Dios. Ya no es solo una conferencia de obispos, sino es una Asamblea Eclesial, o sea entran obispos, sacerdotes, religiosos y

religiosas, laicas y laicos. Es primera vez que se hace algo como esto. Y ciertamente es algo inédito, pero está dentro de la eclesiología del Vaticano II.

En ese sentido, ¿el Sínodo de la Amazonía fue una experiencia piloto?

Claro que sí. Este encuentro abrió los ojos a muchos hermanos obispos que decían: “caramba, nos hemos estado privando”. Bueno, uno de los puntos fue el enorme sondeo que se hizo. La escucha fue verdaderamente importante porque nunca, en ningún sínodo, hubo una escucha tan grande como la que hubo en este. Fue el resultado del gran trabajo de los laicos. De tal manera que ahora, para la Asamblea que se está preparando, estamos trabajando fuertemente en lo que respecta a la escucha.

Sinodalidad

Me parece ver más acción sinodal y esperanza en el laicado que en los obispos. Los obispos no prenden suficientemente con esta idea.

Bueno, es que se necesita una conversión para la sinodalidad. Eso es una de las asignaturas que se está ejecutando. Y como usted muy bien dice, muchos obispos y muchos sacerdotes no entran en la sinodalidad porque es más cómodo decir: aquí yo mando y dispongo. Pero si estamos en medio de ustedes, tengo que escucharlos a ustedes, adoptar decisiones que sean de comunión y no, simplemente, aquí mando yo y yo decido. Ese punto es un paso adelante que les cuesta a algunos. Otros, en cambio, están muy entusiastas. Reitero, la sinodalidad necesita conversión.

En su experiencia personal sobre la sinodalidad, ¿qué es lo que más le ha costado?

Pues, a mí no me ha costado (risas) porque, desde que empecé mi trabajo pastoral, yo me encontré en una iglesia con muy pocos sacerdotes y con gran participación de los laicos. De hecho, en algunas comunidades no había sacerdote, pero había una presencia laical enorme.

Después de Vaticano II, se instituyó, sin que fuera oficial, un servicio de los delegados de la Palabra de Dios, que son precisamente laicos y laicas, que dirigen las comunidades.

Incluso, en muchas de las aldeas y pueblos remotos no hay misa los domingos porque no hay sacerdote, pero hay celebración de la Palabra de Dios, hay predicación, hay catequesis y hay comunión porque gran parte de estos delegados y delegadas son ministros extraordinarios de la comunión. De modo que a mí no me ha costado convertirme a la sinodalidad.

Pero a los curas más jóvenes les cuesta más...

Sí. A los sacerdotes jóvenes les cuesta la sinodalidad porque muchos llegan al sacerdocio creyendo lograr un estatus. Vienen, tal vez, de comunidades sumamente pobres, y el llegar al ministerio presbiteral parece que les da un estatus y una posición social. Además, tenemos en nuestros genes el *caciquismo* de nuestros aborígenes. Y, entonces, hay curas que les encanta ser mandones.

Entonces, ¿está fallando la formación sacerdotal?

A veces sí. Muchos creen que la formación es llenar la cabeza de ideas. Y lo que pasa es que, hoy en día, después de las reformas que se han hecho, y de la actualización del documento sobre la

formación que hizo la congregación para el clero, es necesario trabajar fuertemente en la conversión.

La novedad

Volviendo a la eclesiología del Vaticano II, esta Asamblea que se está preparando, ¿es un punto de partida o es un punto de llegada en la vida de la Iglesia latinoamericana?

Para nosotros es un punto de partida porque es algo totalmente nuevo que, sin duda, se irá replicando poco a poco. Es un trabajo interesante.

Uno de los puntos inéditos, también, es que la pandemia y el aislamiento no han impedido que se trabaje en este campo para que se lleva adelante esa Asamblea. Parece una utopía porque será de manera virtual, pero funcionará. De tal manera que trabajaremos en torno a la eclesiología del Vaticano II, dándole más énfasis a la teología del pueblo de Dios.

Las mujeres en la Iglesia

En cuanto a las mujeres, pareciera que la Iglesia va atrasada en relación a su empoderamiento en la sociedad, ¿cómo se potencia la participación y protagonismo de las mujeres en la Iglesia?

El Papa nos ha dado ejemplos en la Curia vaticana. Era casi un mito que alguna mujer pudiese tener un rol directivo, pues ya lo tiene. Por ejemplo, en la economía, el Papa quería como prefecto a una mujer, y no se pudo porque la candidata, de una calificación maravillosa, tenía sus aspiraciones de cierto salario que la Santa Sede era incapaz de pagar.

El número de mujeres ha ido creciendo. El pasado 6 de mayo, en una reunión del Consejo, yo preguntaba cómo están las dos

economistas que el Papa nombró. La respuesta fue que son profesionales altamente calificadas. Una de las quejas existentes era que el grupo de diez cardenales que se mantenían como consejeros de economía no tenían preparación en esta rama. El Santo Padre ha cambiado completamente eso y el personal que tiene es personal altamente cualificado.

El paso siguiente es que haya más mujeres en las curias diocesanas y en las organizaciones parroquiales. Aquí, como le digo, no hemos tenido mayor dificultad porque más bien ha sido que los hombres participen. Aquí, antes del Concilio, la Iglesia estaba llena de mujeres. Ahora, en cambio, hay mujeres y hombres, y las mujeres tienen puestos de alta responsabilidad.

Muchas veces, la discusión entra por otros criterios, entra por el poder. Y eso, pues, es una lucha que hay que seguir afrontando, empezando por nosotros, los cardenales, los obispos y los presbíteros. Dentro de la Iglesia, no podemos razonar con los criterios del mundo. Y tener un puesto o un servicio directivo no es poder, es servir y es servicio. Eso requiere de una conversión bastante profunda. El Papa Francisco ha sido muy claro en esto: quien está en una función directiva en la Iglesia es para servir, no para mandar.

Ahora, la equidad de género es un poco equívoca porque, en nuestro mundo, no hay tal, por más que queramos. Mire usted, en cualquiera de las encuestas modernas constataremos que, en las empresas, en los trabajos, en los gobiernos, siempre hay más prevalencia de varones que de mujeres. En algunos países, hasta han legislado que, por ejemplo, entre los diputados debería haber un 30% de mujeres. ¿Por qué?, si son más competentes, tendría que haber más mujeres que hombres. Pero eso de la equidad todavía es un discurso que tiene que hacer camino. Y dentro de la Iglesia no diría yo que vamos atrasados. En fin, ha sido un proceso lento, es verdad, pero en el cual, yo creo, se va avanzando bien.

Metodología pastoral

A propósito de la lectura de la realidad que usted señalaba, que fue un gran problema en Puebla y Santo Domingo, ¿qué aporta el ver-juzgar-actuar en la realidad actual de América Latina?

Yo creo que nunca deberíamos desconectarnos de la realidad social, de la justicia, de los derechos humanos; es decir, debemos tener los pies sobre la tierra. Si nosotros hacemos reflexiones, no son reflexiones filosóficas o teológicas asépticas. No. Es una reflexión sobre la vida real de nuestra gente, con los problemas de nuestra gente, con el tiempo de nuestra gente. Y ese es el ver, que ahora llamamos el escuchar, porque yo puedo ver desde un balcón, pero no puedo escuchar desde un balcón; tengo que estar cerca de la gente para poder escucharla. Entonces, escuchamos e iluminamos. El juzgar es más bien iluminar. Iluminar con la Palabra de Dios, con la teología. Iluminar eso que yo estoy escuchando. ¿Para qué?, para que haya una acción. El actuar siempre está en esa óptica.

Reformas

Ha trascendido que el 29 de junio próximo, quizás, para San Pedro y San Pablo, tengamos novedades respecto de la reforma en la Curia. Usted que participa en el Consejo de los 7 Cardenales, ¿es así?

Yo le voy a decir, con fundamento, que no será el 29 de junio, lamentablemente. Pero creo que va a ser dentro de este año.

¿Y qué novedades vienen en la reforma de la Iglesia?

Cuando el Papa, al ser elegido, decidió no quedarse a vivir en el Palacio apostólico, fue la primera gran reforma. Y mucha gente

piensa, ¿pero qué reforma va a ser esa? Es enorme porque, cuando el Papa vivía en el Palacio apostólico, el único que decía quién entra y quién no, era el prefecto de la Casa pontificia. Siempre, la Casa pontificia era la que mandaba. Luego ideó otras reformas, como la misa diaria en la Casa Santa Marta y con el pueblo de Dios. A los primeros que invitó a misa fueron a los jardineros quienes nunca habían visto al Papa. Y una de las cosas que nos tocó a nosotros fue reformar la Constitución de la Curia vaticana.

La reforma es, en el fondo, un cambio total de mentalidad. Antigamente, la Curia vaticana se ha concebido como una ayuda al Papa. Ahora, está al servicio del Papa y de las conferencias episcopales. Eso es lo que se ha resistido. Se ha resistido el cambio. ¿Por qué? Mire la pirámide. El Papa aquí, y, aquí en medio, estaba la Curia, y aquí abajo estábamos todos los obispos de las conferencias episcopales. Hoy, ya no es ese esquema. Aquí está el Papa, aquí estamos los obispos y aquí está la Curia. O sea, ya no es un intermedio de poder, entre los obispos y el Papa; es un servicio al mismo nivel. Y eso ha provocado llanto y crujir de dientes. Otro punto, simplemente con el nombre, la Constitución se llamará *Predicad el Evangelio*. La otra se llamaba *Pastor Bueno, Buen Pastor*. Esto no es solo una cuestión de nombre. Hasta en el orden de los dicasterios hay cambios. El primero que se pone es el del Evangelio.

¿Y la congregación de la Doctrina de la Fe?

¿De dónde viene? De la gente que ha recibido el Evangelio.

Pero eso son más de quinientos años...

Sí. Sí. Y cuando se lea la Constitución, más de alguien dirá: “aquí no hay mayor novedad”. Claro que la hay. Ya en los

preliminares se van a encontrar otros criterios; por ejemplo, la inclusión de las conferencias episcopales. Luego, la unión de varios dicasterios para agilizar la gestión y permitir un mayor contacto con el Papa. Se ha potenciado que haya menos burocracia. Y, entonces, ¿quiénes trabajan en esos dicasterios?, expertos. Y son los dicasterios mucho más ágiles, como una ayuda para el gobierno de la Iglesia. Pero la reforma no está circunscrita a esa Constitución. Ya hemos pedido la reforma de gran cantidad de cánones del Código de Derecho Canónico, y el Papa lo ha hecho. Entonces, ahora, se necesita una reforma completa del Código. Así que el trabajo continúa, no estamos aburridos.

Impacto en América Latina

Señor cardenal, usted que es parte del Grupo de los 7 Cardenales, y además es latinoamericano, que conoce muy bien nuestro continente, ¿cómo baja todo esto a la Iglesia donde estamos nosotros? Donde participamos y podemos ser parte, ¿cómo se piensa esa bajada? ¿Usted cree que va a tomar mucho tiempo? ¿Hay un cambio cultural?

Mire, en primer lugar, lo que debemos hacer es que sea aceptado en el Vaticano (risas). Empezando por ahí. Pero yo creo que será más fácil en nuestras estructuras (de Latinoamérica), a través de esta Asamblea Eclesial que vamos a tener. Yo creo que eso va a colaborar enormemente para que nos demos cuenta de que la jerarquía tiene un servicio, y de que la Iglesia es mayoritariamente el Pueblo de Dios. Entonces, estamos al servicio del Pueblo de Dios, no estamos al servicio de una estructura. La estructura está para servir.

Es decir, ¿podría suceder como en la Amazonia, que se conformara una “Conferencia Eclesial de América Latina y el Caribe” de modo permanente y con participación de todos los integrantes del Pueblo de Dios?

Sí, sí. En la Amazonia ya está, y el Papa quiso que entrara en el CELAM. O sea, no es el CELAM, pero está en el CELAM. El proyecto del Papa es muy claro. Él quiere una Iglesia servidora y una Iglesia que es comunión, *Fratelli Tutti*. Y por ahí es en donde tenemos que seguir.

Entrevista periodística: Aníbal Pastor / Edición: Claudio Jorquera /
Kairos News

Readaptando rutinas, levantando miradas, impulsando la oración.

Un breve comentario a la Carta apostólica “*Patris corde*”

Roberto Duarte

Religioso de los Misioneros del Verbo Divino, Roberto Duarte, argentino, desempeña su tarea misionera desde 1995 en el Ecuador. Ha sido formador de postulantes; actualmente, sigue como facilitador en el área de formación inicial de la CER. Es coordinador del área de JUPIC de los Misioneros del Verbo Divino en el Ecuador. Es miembro de la Red de Terapeutas del Ecuador. Está haciendo una Maestría Internacional de Psicología Holística.

A finales del año 2020, tiempo marcado por diferentes pandemias que azotan nuestro entorno planetario, el Papa Francisco nos sorprende con una llamativa y cuestionante Carta apostólica *Patris corde*, a propósito del 150 Aniversario de la declaración de San José como Patrono de la Iglesia universal. En la querida e inspiradora figura de san José, Francisco nos ofrece una refrescante fuente de fe y compromiso para nuestros aciagos tiempos, en donde en ocasiones, se nos nubla la esperanza, y el horizonte de la humanidad se nos pinta de confusiones y temores, ciertamente fundados en datos y sucesos que se desmoronan diariamente.

En la introducción de la Carta, nuestro pastor, al presentar rasgos de la realidad que nos toca experimentar en este tiempo, nos anima a “enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración”. Me valdré de estos ejes,

a la sombra de san José para tratar de vislumbrar algunas pistas que puedan ser para nosotros, orientación y animación a la vez, en época de reinversiones personales, sociales y eclesiales.

Readaptando rutinas

“Ya nada será igual, todo debe ser mejor”, es una lúcida afirmación sostenida como proyección de nuestras vidas, en el contexto de una “nueva normalidad” pospandémica. Un inesperado virus o tal vez, ya suficientemente alertado por la comunidad científica, ha sacado a la luz nuestra humana finitud y nuestra impotencia operativa social ante un hecho de que un microscópico ser, perteneciente a la comunidad de vida, altere totalmente nuestra cotidianidad. De tal manera que estamos llegando a un punto en donde nos percibimos diferentes, fragilizados y con una profunda invitación, en el mejor de los casos, a ubicarnos de manera nueva en el espacio y tiempo que nos toca habitar. Nos hemos desconectado y ubicado por encima de la sagrada red de la vida, de la cual surgimos y pertenecemos; esa especie de desarraigo y traición a lo que realmente somos, y estamos llamados a ser, la estamos pagando caro y con mucho sufrimiento.

¿Continuaremos transitando la aventura de la vida, encandilados por los impulsos de poder y tener, alimentados por un sistema que nos está llevando a un límite suicida? La humanidad y misión de san José nos ofrecen una fuerza iluminadora que nos puede sostener e inspirar en este tiempo:

Custodiar la sagrada y frágil vida: “... cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son 'el Niño' que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los

pobres, los moribundos” (PC 5). En nuestro contexto, tal vez hemos redescubierto crudamente los rostros del “Niño” quebrado y, sin poder respirar, sin adecuada atención, a “María” clamando un espacio en las puertas de hospitales, sin representar número o un lugar en las noticias. Miles de corazones y manos, al igual que san José, han sido y son expresión del corazón amoroso de un Dios que cuida y ama la vida.

Esta custodia amorosa de la vida, de manera irrenunciable, debe extenderse a toda la comunidad viviente: los seres vivos en su totalidad somos necesarios y sagrados, pues manamos de una fuente común, misteriosa y divina. Detener el ecocidio es un llamado urgente hoy, desde una profunda conversión ecológica, que nos lleve de nuevo a religarnos con la Vida y el Cosmos, saliendo al encuentro de la vida y de Dios, o dejarnos encontrar por Él, en la vida que languidece, en las miradas desnutridas, en los ríos que en otros tiempos fueron y que hoy son cloacas o venas reseca que surcan la Tierra, en la biodiversidad cada vez menos diversa.

“Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado” (PC 5).

Levantando miradas

Creo que dos de los mayores signos de los tiempos más impactantes de hoy son la crisis climática y la liberación de la mujer. A estos gritos-clamores de alta importancia, hay un signo no menos relevante y que, a la luz de la Carta apostólica que nos convoca, cobra mayor sentido, si así lo asumimos: la generación y aco-

gida de una nueva masculinidad. Estamos invitados a repensar nuestra masculinidad como oportunidad de emprender el viaje hacia lo genuino, hacia quien queremos realmente ser más allá de lo aprendido, de lo normativo, de lo mecánico. En un bosque nativo hay nutrición y medicina para diversas dolencias, porque las plantas son diversas, así somos los varones en libertad. Urge desarmar el monocultivo de la mente, encontrar nuestra singularidad, nuestro deseo profundo, nuestra medicina y ofrendarla a este mundo roto.

San José ha roto con las expectativas sobre lo que se esperaba de un varón israelita de su época; es el padre, esposo, habitante de su tiempo, el ser humano “justo” que, en medio de temores e incertidumbres, encuentra vías para acoger y vislumbrar un proyecto mayor que desea propiciar y alimentar. “La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio” (PC 4).

La oración final de la Carta nos presenta a José como la persona con quien “Cristo se forjó como hombre” y que llega a ser un hombre admirado, seguido, incluyente y subversivo de los valores y cánones socioreligiosos de su cultura. Ciertamente habrá formado su ser personal y su misión evangelizadora en su fuente familiar y ancestral, en donde José representa “el padre tierno” y de la “valentía creativa”.

La masculinidad que, en general, hoy conocemos se construye hacia afuera: demostrando, ostentando, teniendo, controlando, explicando, todo sin contactar con nuestros más íntimos anhelos, yendo a toda velocidad por la vida. San José representa para nosotros, un signo para atravesar nuestra vida, conectado con el

silencio y con los sueños profundos que nos habitan, en donde asoma discretamente la voz de Dios que, a la par de nuestras búsquedas, va diseñando un futuro pintado de humanización plena, susurrándonos siempre: “No temas”.

Impulsando la oración

Al iniciar su pontificado, el Papa Francisco llegó a Roma con una imagen muy significativa para él, la de san José durmiente, bajo la cual, dicen, el Papa coloca por escrito sus más sentidas intenciones.

¿Qué representa hoy la oración en un tiempo atravesado de muertes, corrupciones y destrucción del entorno que nos da vida? ¿Dónde está Dios en esta pandemia?

En tiempos de derrumbes y reconstrucciones, el pueblo creyente está reafirmando su fe en el Padre-Madre creador, que no castiga, que es bueno y misericordioso, que está siempre con nosotros, es el Emmanuel; creemos y confiamos en Jesús de Nazaret que viene a darnos vida en abundancia y se compadece de los que sufren; creemos y confiamos en un Espíritu vivificante, Señor y dador de vida. Y esta fe no es una conquista, es un don del Espíritu del Señor, que nos llega a través de la Palabra en la comunidad eclesial y en el testimonio y entrega de los médicos y sanitarios, en todos los que, en estos días, colaboran y ayudan para solucionar problemas. Está en los que rezan por los demás, en los que difunden esperanza sin ruidos, “custodiando la vida”.

San José supo encontrar y relacionarse con Dios en situaciones adversas de exilio, rechazo y confusiones internas, creyendo en Él como verdad que crece en medio de las convulsiones de la historia y colaboró con un aporte original. “Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra

primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia” (PC 4).

“La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge. Solo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo” (PC 4).

Quizás nuestra pandemia nos ayude a encontrar a Dios donde no lo esperábamos y, como san José, redireccionar nuestra relación y comunicación con un Dios presente en la dimensión más honda de la realidad y de toda persona, siempre compasivo y amante de la Vida.

¡Que san José nos conceda “gracia, misericordia y valentía” para acoger y comprometernos con la profunda significancia de este tiempo, vientre de los sueños de Dios!

Roberto Duarte SVD



Crónicas

La visita del Papa Francisco a Irak: Mensaje de paz y unidad

Ameer Jajè

Dominico iraquí, Ameer Jajé es doctor en Estudios orientales, consultor en el Consejo pontificio para el diálogo interreligioso y miembro fundador del Consejo iraquí para el diálogo interreligioso. Enseña en Bagdad, en París y en la Universidad dominica en línea (DOMUNI). Hace parte del Consejo de redacción de la revista Spiritus.

El Papa Francisco efectuó por primera vez, entre el 5 y el 8 de marzo de 2021, la visita de un soberano pontífice a Irak. Este fue su primer viaje después del inicio de la pandemia. Este viaje fue un gesto de solidaridad, de fraternidad y de diálogo, en un período particularmente difícil. Los iraquíes descubrieron en el Papa un mensajero de paz cuyo soporte ha sido esencial en lo concreto de su vida cotidiana. Esperaban que él pida a los dirigentes políticos y religiosos tomar partido contra el sectarismo religioso que ha destruido el país estos últimos años.

Esta visita del Papa a Irak tenía objetivos a la vez pastorales, políticos e interreligiosos. Este artículo examinará sobre todo los efectos de este viaje en la convivencia y el diálogo interreligioso. Dos etapas importantes se cruzaron en este dominio que tienen por hitos la visita de Najaf y la d'Ur.

El Papa en casa del Ayatola Ali Sistani à Najaf

La primera etapa fue la visita del Papa Francisco al gran ayatola Ali Sistani à Najaf, el día 6 de marzo. Este encuentro, oficialmente calificado de “*visita de cortesía*” por los organizadores, tuvo lugar a puerta cerrada. Su importancia simbólica es mayor en ese país donde el ayatola, de 90 años, es uno de los hombres más influyentes, que excede las fronteras de Irak.

En el encuentro con Sistani, el Papa continúa implacablemente el diálogo iniciado con el mundo musulmán desde el comienzo de su pontificado, después de la declaración de Abu Dhabi sobre la “fraternidad humana”, firmada con el imán de la mezquita de al-Azhar (Egipto) Ahmend al-Tayeb, gran autoridad sumita, quien hoy dirige el mundo chiita. Siguiendo el ejemplo de san Francisco de Asís que visitó al sultán Al-Kamil Muhammad al-Ayyubi hace ochocientos años, el Papa se encontró con los representantes de las dos ramas más importantes del islam.

En Irak, esta entrevista entre el Papa y el Ayatola, dos altas personalidades espirituales, ha sido considerada como histórica y de importantes repercusiones en las relaciones islam-cristiana, como también para la “convivencia” de los diferentes componentes del pueblo.

Este encuentro es el primero entre el jefe de la Iglesia católica y una de las figuras chiitas más importantes, la más prestigiosa, en todo caso, en la sociedad iraquí tanto en el plano religioso como político desde 2003, año de la caída del régimen de Saddam Hussein.

El ayatola Sistani jugó un rol fundamental durante la guerra civil como hombre de paz. Cuando las Iglesias cristianas fueron atacadas en 2004, él hizo inmediatamente una declaración condenando estas agresiones por una *fatwa* prohibiendo derramar la sangre de cualquier persona, sea quien sea.

Se trata de un líder que defiende la soberanía del país y anima a la gente a vivir como iraquíes. Rechaza que se involucre la política con la religión. No se presenta como un líder político, sino como un jefe espiritual.

Esta entrevista será de vital importancia para el futuro de la coexistencia pacífica en Irak. En efecto, estas dos personalidades siempre han llamado a renunciar a la violencia, a instaurar la seguridad, la paz y la estabilidad en toda la región del Oriente Medio.

El encuentro ha dado impulso y aliento al diálogo interreligioso. Es un importante apoyo entregado a todas las personas que trabajan en el campo de las relaciones entre los fieles de diversas religiones, en Irak. Al final de la entrevista, un comunicado de la *Al Marja'iyya*¹ de Nadjaf fue publicado en el cual el gran Ayatola recuerda:

El rol que los grandes responsables religiosos y espirituales deberían influir para detener estas tragedias, exhortando las partes implicadas –en particular las grandes potencias– a dar la prioridad a la razón y a la sabiduría y a rechazar el lenguaje de la guerra.

De su lado, el santo Padre subrayó la importancia de la colaboración y de la amistad entre las comunidades religiosas, a fin de que cultivando la reciprocidad y el diálogo podamos construir el bien de Irak, de la región y de la humanidad entera. El Vaticano en un comunicado declaró:

El encuentro fue la ocasión para que el Papa agradezca al gran Ayatola el haber tomado la defensa de los pueblos frágiles y perseguidos, con la comunidad chiita, frente a las violencias y a las grandes dificultades de los últimos años, y por consolidar la

1 *Al Marja'iyya* es la más alta instancia religiosa en el chiismo duodecimano (los chiitas que creen en la existencia de doce imanes-guías sucesores en el linaje de Alí).

sacralidad de la vida humana y la importancia de la unidad del pueblo iraquí.

Los dos hombres comparten tres convicciones fundamentales: la sacralidad de la vida humana, la fraternidad como único horizonte posible y la condenación de aquellos que matan en el nombre de Dios.

El Papa en Ur, la ciudad natal de Abraham

La segunda etapa esencial fue la de Ur en Nasiriyah, la ciudad natal de Abraham. El Papa se encontró con los jefes religiosos chiitas, sunitas, cristianos, sabeos-mandeos, yazidi, shabak, zoroastrianos y baha'is. Esta manifestación rediseñó el magnífico cuadro de la diversidad religiosa, cultural y lingüística de los iraquíes, mosaico bien visible durante el encuentro. El mensaje más importante fue el llamado a la fraternidad humana universal. El Papa afirmó: "Somos todos hermanos en la humanidad y en nuestra filiación a Abraham, sea cual sea nuestra religión".

El Papa Francisco recordó al clero, sin importar su filiación, la necesidad de ser un factor de paz y de armonía en la sociedad y de jugar su verdadero rol en la construcción de la paz social, llamando a rechazar los discursos de odio y de violencia en beneficio de una palabra de moderación y de defensa del ser humano. En este lugar donde Abraham, el patriarca de tres religiones monoteístas, elevó un día los ojos hacia el Cielo para recibir el llamado de Dios, el Papa dijo: "Dios es misericordia, y la ofensa más blasfema es aquella de profanar su nombre odiando al hermano".

En este sentido, el Papa subrayó que el primer deber de la religión es defender la justicia social y la dignidad humana; para él, "no podemos guardar silencio cuando el terrorismo ofende la religión, es nuestro deber eliminar el malentendido".

En Ur, el Papa no dudó en defender la libertad religiosa y el respeto al derecho a ejercer libremente su fe. Pidió se garantice la libertad de conciencia y de creencia. Aún más, subrayó la necesidad de trabajar en el diálogo interreligioso. Según él, no tenemos otro camino que el del diálogo; a pesar de las dificultades y de los peligros que conlleva este, hay que dar al otro el derecho de ser diferente en su creencia y en su pensamiento. Cada religión es una vía que lleva a Dios y llama al respeto de la vida y la dignidad humana.

La oración de los hijos de Abraham

El encuentro interreligioso de Ur, en medio del desierto, pareció ser un paso adicional para superar las divisiones en un país minado por el sectarismo. La oración de “los hijos de Abraham”, leída juntos, fue la afirmación que las religiones no pueden servir de aval a las violencias que atraviesan el Medio Oriente después de tantos años:

Hostilidad, extremismo y violencia no nacen de un alma religiosa; son traiciones a la religión. Y nosotros, creyentes, no podemos callarnos cuando el terrorismo abusa de la religión.

Ameer Jajè

Traducido por Norma Naula ssc.

Por una catequesis al servicio de la evangelización.

Lectura del nuevo Directorio para la catequesis

El nexo estrecho entre evangelización y catequesis es la particularidad de este Directorio.¹

André Fossion

De nacionalidad belga, André Fossion es sacerdote jesuita, doctor en Teología. Ha sido profesor en el Centro internacional de Catequesis y de Pastoral Lumen Vitae y director de este centro de 1992 a 2002. Ha sido presidente del Equipo Europeo de Catequesis (EEC) de 1998 a 2006.

Desde el Concilio Vaticano II, numerosos documentos han sido destinados específicamente a la catequesis. Así, en 1971, se publicó el *Directorio catequético general*, respondiendo al deseo del decreto conciliar *Christus Dominus*, con la finalidad de redactar un documento de orientación para la catequesis. De acuerdo al deseo del mismo decreto fue promulgado, en 1972, el *Ritual para la Iniciación Cristiana de Adultos* (RICA), con el objetivo de restaurar el catecumenado en las jóvenes Iglesias como también de aquellas de antigua tradición. A continuación del sínodo sobre la catequesis en 1977, es publicado en 1979 la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* de Juan Pablo II. En 1992, aparece el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que responde al deseo expresado por el sínodo de 1985: “que sea elaborado un catecismo o un compendio de toda la doctrina católica sobre la fe y la

1 Mons. Rino Fisichella, presidente del Consejo pontificio para la Nueva evangelización; “Presentación”, en el *Directorio general para la catequesis*, Librería Editrice Vaticana, 2020, p 15.

moral que servirán como punto de referencia para los catecismos nacionales”.

El catecismo es una orientación doctrinal. Era necesario que la Iglesia considere también la actividad catequética en su complejidad; no únicamente su contenido, sino también su naturaleza, sus tareas, sus agentes, su pedagogía, sus métodos y su organización. Este fue precisamente el objetivo del *Directorio general para la catequesis* de 1997.

El 23 de marzo de 2020, el Papa Francisco aprobó un nuevo *Directorio para la catequesis*. Es el tercero de este género desde el Concilio Vaticano II. Está destinado a dar los principales fundamentos teológicos y pastorales de la acción catequética en el mundo actual. El documento que contiene trescientas páginas recoge por una parte el plan y la presentación del capítulo del directorio precedente. Se compone de tres partes en lugar de cinco: la catequesis en la misión evangelizadora, el proceso de la catequesis, la catequesis en las Iglesias particulares.²

La primera parte es fundamental, está centrada en la identidad y la finalidad de la catequesis.

La segunda parte, más práctica, trata de la pedagogía de la catequesis, de su metodología como también de sus diversos destinatarios. La tercera parte toma en cuenta las realidades locales y pide la catequesis a una inculturación renovada frente a los desafíos del mundo por venir. La característica principal de este directorio es: “profundizar el rol de la catequesis en la dinámica de la evangelización” (5).

2 Entre las fuentes inmediatas del nuevo directorio, señalamos la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco publicada en 2013, en particular sus numerales 163 a 168. Habría otros documentos que podrían ser mencionados, aunque no tengan la catequesis como objetivo específico. En particular el decreto conciliar *Ad Gentes*, la constitución conciliar *Gaudium et Spes, Evangelii Nuntiandi* (1975) de Pablo VI, *Redemptoris Missio* (1990) de Juan Pablo II, *Fides per doctrinam* (2013) de Benedicto XVI.

En este artículo quiero dar importancia y precisar la orientación del directorio con miras al papel misionero de la catequesis. ¿Qué caminos abre esta mirada?

Por el catecumenado inspirador de toda catequesis misionera

Después de una clara reflexión de teología fundamental sobre la revelación y su transmisión, el directorio aborda la cuestión de la evangelización colocando en relieve la dinámica misionera del catecumenado, “que conduce al adulto convertido a la profesión de fe bautismal en la vigilia pascual”.³ El directorio invita a dejarse instruir por el catecumenado para comprender y poner en práctica esta dinámica misionera en el centro de la catequesis en general.

Una primera enseñanza del catecumenado es que el anuncio del Evangelio, a aquellos y aquellas que no profesan la fe cristiana y no son bautizados, se enraíza, como toda evangelización, en la benevolencia mutua entre los interlocutores presentes. El directorio habla, en este aspecto, de la preeminencia de las gracias (33a): la gracia de Dios en el corazón de la humanidad y las relaciones gratuitas, que inspira entre los mismos seres humanos.

Estas relaciones de benevolencia entre los seres humanos son un valor en sí, y constituyen una ventaja en el campo donde se puede desenvolver la evangelización. Esta, en la dinámica *catecumenal*, puede descomponerse en tres fases: la predisposición a la escucha del Evangelio en aquellos y aquellas que no lo conocen o todavía no se adhieren a él; el anuncio del Evangelio por sus testimonios en el momento oportuno y dentro de una conversación amigable y respetuosa (33a); luego, en ellas y ellos que se dejan tocar por este anuncio, el despertar de una simpatía (33b) por Jesús del

3 Cf. *Mensaje del sínodo al pueblo de Dios sobre la catequesis de 1977* (8); *Directorio general para la Catequesis* (59).

Evangelio, por su mensaje y su testimonio. Esta simpatía inicial puede aumentarse en el diálogo con cristianos y conducir a la conversión a Cristo, al inicio del catecumenado y a la petición del bautismo.

La dinámica *catecumenal* se inscribe en esta benevolencia mutua y en esta “inclinación a la fe”, con el objetivo de transformar el primer interés por el Evangelio en una elección consciente (33c). Por etapas, ella conduce el catecúmeno hasta la profesión de fe y a los sacramentos de iniciación. La catequesis mistagógica (35) que continúa viene a ampliar el sentido y la puesta en práctica en la vida cristiana en la Iglesia.

Colocar de esta manera en relieve la evangelización, según el modelo *catecumenal*, no solamente es promover la institución del catecumenado en el interior de comunidades cristianas, sino también promover un espíritu: una manera de ser Iglesia en estado de misión permanente (40), “en salida” (49), bajo el signo de la benevolencia y de la misericordia (51-52) con un estilo de diálogo (53-54). Ahí se encuentra el pedestal de toda catequesis misionera.

¿Cuáles son las vías propuestas por el directorio para extender este espíritu misionero al conjunto de la actividad catequética, a fin que esté totalmente al servicio de una evangelización renovada? Es la convergencia de estas diferentes vías que ahora vamos a explorar y que hacen la catequesis verdaderamente misionera.

Por una catequesis *kerigmática*

Un primer camino consiste en centrar la catequesis en el kerigma. Una catequesis *kerigmática* encuentra su impulso y se desarrolla a partir del anuncio conmovedor de la muerte y de la Resurrección de Jesucristo. El típico ejemplo del kerigma es la predicación de

Pedro en Pentecostés quien invita a sus auditores a la fe en Cristo, muerto y resucitado, elevado a la derecha del Padre como Salvador. No existe fe, no existe conversión a Cristo sin un previo anuncio que lo preceda. De ahí se deriva lógicamente el siguiente proceso lineal: primer anuncio, conversión a la fe, catequesis de profundización.

Este esquema lineal, señala el directorio, se considera muy corto: “El anuncio no puede ser considerado como la primera etapa de la fe, antes de la catequesis, sino sobre todo como la dimensión constitutiva de cada momento de la catequesis” (57). El primer anuncio, ciertamente, condiciona el acceso a la fe; ella es primera en el tiempo, pero también es “primera en sentido cualitativo porque es el anuncio principal que se debe escuchar siempre” (68). Acompaña la vida de fe y la renueva en todos estos momentos y etapas”.⁴

En efecto, la fe, sobre todo en el mundo cultural contemporáneo, no se la adquiere una vez por todas. Se constata períodos de distanciamiento, de desencanto o de abandono. El directorio señala, por otra parte, que una atención particular debe ser acordada para las “personas bautizadas quienes no tienen una pertenencia de corazón a la Iglesia y no hacen más la experiencia del consuelo de la fe” (41c). A estas personas se debería proponer, amigablemente, una catequesis *kerigmática* e inventiva que les permita buscar, descubrir, probar de manera nueva la grandeza, la credibilidad y la belleza de la Buena Nueva.

Eso es igualmente verdad para el crecimiento en la fe de las personas y de las comunidades cristianas. El objetivo de tal catequesis *kerigmática* es, para el pueblo cristiano, permanecer siempre, y de nuevo, a la escucha del Evangelio. “La Iglesia existe para evange-

4 El movimiento catequístico habla a veces de “segundo anuncio”. El nuevo directorio no utiliza esta expresión. No habla de “iniciantes”, término que, a menudo, es utilizado en el movimiento catequístico para designar a bautizados que están en situación casi *catecumenal*.

lizar” (28). Pero para esto, ella debe ser siempre la primera a ser evangelizada.

Por una catequesis inicial

El directorio, en su preocupación misionera, propone enseguida una catequesis inicial. El término “iniciación” incluye la idea de inicio y de camino. La idea de camino y de integración es característica de la dinámica inicial. La iniciación hace “entrar en”: “incluye al creyente en la experiencia viviente de la comunidad cristiana, verdadero lugar de vida de la fe” (2). La catequesis de iniciación, vista más arriba, se cumple de manera ejemplar en el catecumenado por la profesión de fe y por los sacramentos de iniciación. Pero ella también puede ponerse en práctica en la catequesis inicial de las jóvenes generaciones desde la infancia.

La catequesis inicial les propone un caminar en la fe comenzado personalmente y en grupos, por etapas, en el marco y con el apoyo de la comunidad cristiana. Se esfuerza por adquirir, a través de la catequesis, una inteligencia de la fe cristiana⁵ que sea “esencial, orgánica, sistemática e integral” (71). Sin embargo, no se aparta en la teoría y en la abstracción, pues una de las características de la catequesis inicial es que invite a hacer experiencias –litúrgicas, comunitarias, de oración, de compromisos, etc.– y sacar enseñanzas. Aquí, es la práctica quien enseña. Esta manera de aprendizaje se denomina “mistagógica”; es el aprendizaje “de una experiencia siempre más profunda de los misterios de la fe y de la inserción en la vida de la comunidad” (63).

La mistagógica “siempre tiene un carácter experiencial, sin descuidar por lo tanto la inteligencia de la fe” (97). Esta dinámica catequética integra así al creyente en el cuerpo de la Iglesia y con-

5 El *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) puede contribuir a la inteligencia de la fe. Pero el nuevo directorio no le concede más que un modesto lugar.

tribuye a formar su identidad personal y social, su manera de ser y sus compromisos en referencia al Evangelio. La catequesis inicial permite formar testigos que luego serán evangelizadores.

Por una catequesis comunitaria

Esta tercera orientación para una catequesis misionera puede ser comprendida en varios sentidos; puede corresponder a la catequesis *de, en, por y para* la comunidad. Todos estos aspectos estarán incluidos en el capítulo 9 del directorio intitulado: “La comunidad cristiana, sujeto de la catequesis”. Ya se ha notado más arriba que la catequesis inicial se integra en la comunidad y requiere su apoyo fraternal. El directorio de 1971 ya señaló que la catequesis “conduce a la madurez de la fe de las comunidades y de las personas cristianas” (21).

El directorio de 1997 insistía, en cuanto a él, en el hecho de que “la catequesis atañe la comunidad, pero no descuida a los fieles individualmente” (31). Estas perspectivas son retomadas y profundizadas en el nuevo directorio. Señala que la pastoral ordinaria que se realiza en las comunidades cristianas tiene un efecto catequético; asegura por diversos medios y según las circunstancias su crecimiento en la fe (41a).

La comunidad está edificada por la catequesis en su seno. Era ya así, recuerda el directorio, en tiempos de los Padres de la Iglesia, cuyas instrucciones se dirigían a los nuevos bautizados, pero también al conjunto de la comunidad (291). Catequizadas las comunidades se vuelven ellas mismas catequizantes por su manera de ser y por sus prácticas. Incluso si ella tiene necesidad de catequistas acreditados y formados,⁶ es, en realidad, la comunidad que catequiza; ella es como un libro abierto que se le puede

6 El Papa Francisco ha instituido el ministerio de catequista por el *Motu proprio*: “Antiquum ministerium”, publicado el 11 de mayo de 2021.

recorrer para descubrir la fe tal como se la vive y celebra en comunidad. Ella deberá favorecer como un don precioso “el diálogo intergeneracional entre las personas mayores y los jóvenes” (268). La evangelización, hoy en día, pasa por la existencia en el tejido social de estas comunidades vivas. La catequesis comunitaria, que apoya estas comunidades, tiene pues una relación inmediata y un impacto directo sobre la evangelización.

Por una catequesis comprometida

Una catequesis misionera se debe comprometer frente a los desafíos y lo retos del mundo contemporáneo, en palabras y en hechos. El directorio lo subraya: “Es urgente atestiguar la igualdad de todos los seres humanos delante de Dios... y comprometerse en favor de la defensa de la vida y de su dignidad frente a las diferentes expresiones de la cultura de la muerte...” (379). La catequesis tiene un rol esencial por jugar en este sentido, esclareciendo la conciencia y velando por la responsabilidad de los fieles a la luz de la enseñanza social de la Iglesia. La catequesis deberá educar a la pobreza evangélica y a un estilo de vida sobrio (388):

La maduración de una visión social y política vigilante a la eliminación de las injusticias, a la construcción de la paz y a la salvaguardia de la creación, a la promoción de diversas formas de solidaridad y de subsidiaridad, que hace parte del recorrido de profundización de la fe (389).

La catequesis, a este respecto, no puede estar separada de la misión diaconal de la Iglesia; en su mismo ejercicio, la catequesis deberá mostrarse solidaria y atenta a las personas frágiles. Por esto deberá tener un cuidado particular a la catequesis de las personas mayores, a las personas discapacitadas, a los migrantes, a los inmigrantes y a las personas marginadas y en la cárcel. La catequesis

comprometida, con hechos y con palabras, en conformidad con la misión de la Iglesia de servir al mundo, la convierte inmediatamente en evangelizadora.

Por una catequesis recientemente inculturizada

Esta exigencia de la inculturación de la catequesis no es novedad. Pero el directorio da prueba de innovación considerando los nuevos desafíos que encuentra la catequesis “frente a los escenarios culturales contemporáneos”, en especial frente al desenvolvimiento de la era digital y a las cuestiones ligadas a la globalización del mundo.

Lo digital no es solamente una tecnología, “se impone como una nueva cultura modificando todo, en primer lugar, el lenguaje, alterando la mentalidad y elaborando nuevas jerarquías de valores” (359). La era digital enriquece a la humanidad (360), presentando un conjunto de derivaciones nefastas y posibles (361). La catequesis está llamada a entrar en este mundo digital, especialmente en los medios sociales para que surjan modalidades nuevas de evangelización. El directorio lo subraya: “El desafío de la evangelización pasa por la inculturación en el continente numérico” (372).

El directorio considera también las repercusiones de la globalización (45, 320) que afecta a todas las culturas locales. La globalización, en efecto, al multiplicar las interconexiones, vuelve al mundo infinitamente más complejo para cada individuo que debe encontrar su camino en contextos cambiantes a nivel cultural y religioso.

El directorio propone a la catequesis diversas orientaciones, sobre todo aquellas de descubrir y de valorar, en tanto que sea posible, el patrimonio cultural cristiano en las orientaciones de la verdad,

del bien y de lo bello: “textos literarios y científicos, composiciones musicales, obras de la arquitectura y de la pintura” (184), que constituyen un patrimonio intelectual, moral y estético, cuya fecundidad inspiradora atraviese las edades. Pero es, sobre todo, en el plano de las actitudes y de las aptitudes que el directorio prevé el trabajo de inculturación de la fe: aquellas de la escucha y del diálogo. Es decir que el anuncio del Evangelio en la compleja cultura de hoy día pasa por el ejercicio riguroso y asiduo del encuentro. Es una exigencia al interior de la misma Iglesia.

Hacer alianza

Caminar juntos, discernir escuchando y dialogando, define el estilo sinodal al cual las comunidades cristianas aspiran para ser activas y creíbles a los ojos del mundo: “Una forma concreta en el camino de la evangelización es la práctica sinodal” (289).

En este mundo incierto frente a los grandes desafíos antropológicos y planetarios, el nuevo directorio compromete decididamente a la catequesis a hacer alianza, con humildad y con respeto, con todos los buscadores de humanidad a la ocasión “de los sínodos de la existencia y de los areópagos modernos” (324).

André Fossion

Traducido por Teresa Egüez ssc



Edición
hispanoamericana

Próximo número

Misión en un mundo frágil

Dirección de Spiritus - Edición Hispanoamericana:

Teléfono: (+593-2) 2908 521

e-mail: spiritus.ec@gmail.com

www.spiritus.com.ec

<https://www.facebook.com/spiritus.ec/>

Spiritus forma parte de la Federación de la Prensa Misionera
Latinoamericana (Premla)



San José, misionero de lo cotidiano



Presentación

Joseph Tanga-Koti
Gustave Makaya
Nadi de Almeida /
Joachim Andrade

Solange Sahon Sia

Marie Célestine &
Mireille
Jacques Gaillot
Leticia Martínez
Romero

Raúl González

- San José en el Nuevo Testamento
- San José en la tradición de la Iglesia
- San José en América Latina: contemplación y reflexión
- San José: para una espiritualidad africana de compromiso
- Mujeres en misión en el mundo del trabajo
- Los misioneros de las sombras
- San José en la espiritualidad de las Hermanas de San José de Cluny
- Espiritualidad de la Congregación de los Josefinos de Murialdo

Parte aparte

Sidnei Marco
Dornelas

Cardenal Óscar
Rodríguez M.
Roberto Duarte

- Sinodalidad: ¿Nuevo horizonte para la cooperación misionera?
- La sinodalidad necesita conversión
- Readaptando rutinas, levantando miradas, impulsando la oración.
Un breve comentario a la Carta apostólica “Patris corde”

Crónicas

Ameer Jajè
André Fossion

- La visita del Papa Francisco a Irak
- Por una catequesis al servicio de la evangelización



Edición
hispanoamericana
Quito, Ecuador